

PUEBLERINA



NEREA PEREGIL

Pueblerina

Nerea Peregil

Para mis abuelos,
Venancio, Carmen, Rosa y Victoriano,
cuyas historias han sido la fuente de
inspiración detrás de estas páginas.

Índice

- [1. Me voy](#)
- [2. Te vas](#)
- [3. Nos vamos](#)
- [4. Misión secreta](#)
- [5. Descubriendo Madrid](#)
- [6. Odiando Madrid](#)
- [7. Rebuscando en el pasado](#)
- [8. Recuerdos](#)
- [9. Sueños](#)
- [10. Preguntas](#)
- [11. Visita sorpresa](#)
- [12. El baile](#)
- [13. Primera cita](#)
- [14. Excursión](#)
- [15. La fiesta](#)
- [16. Miedo](#)
- [17. Esperanza](#)
- [18. Cambios](#)
- [19. Tentaciones](#)
- [20. Planes](#)
- [21. Sorpresas](#)
- [22. Oscuridad](#)
- [23. Encuentros](#)
- [24. Culpa](#)
- [25. Enredos](#)
- [26. Despedidas](#)
- [27. Comienzos](#)

1

Me voy

Mi madre es una persona sencilla y trabajadora, feliz por llevar una vida monótona y sin sorpresas en Madrid. Está acostumbrada a lo previsible, a coger el coche a las 08:10 para ir a trabajar, a seguir su calendario de comidas colocado en la nevera y a que yo cumpla su rutina estipulada día tras día. Por ello, todo pequeño atasco que entorpezca su camino al trabajo o cualquier imprevisto que altere su agenda, la enfada y la pone de mal humor para el resto del día.

Levantarme a las siete y media, cenar a las nueve y media o acostarme no más tarde de las doce de la noche entre semana son tan solo tres de las normas no escritas que tengo que seguir todos los días para no ponerla nerviosa o de mala leche en casa. Por todo esto, está siendo inmensamente difícil soltar la frase que llevo guardando en mi interior tanto tiempo y que cada vez, me golpea más fuerte.

Tengo la constante necesidad de gritarlo a los cuatro vientos, pero en vez de ello, me guardo el impulso entre el corazón y los pulmones, ahogándome cada vez que mi madre me habla de los planes del verano o me presiona, para que encuentre, de una vez por todas, ese ansiado puesto de trabajo que todo el mundo espera que consiga ahora que he terminado mis estudios.

La verdad es que ya he dejado de buscar y de echar currículums a cualquier sitio y a pesar de lo que mi madre está planeando en su cabeza, tengo claro que no vamos a pasar el próximo verano en Torrevieja porque en realidad, escondo un billete de avión para dentro de dos semanas.

Tengo que soltar la bomba pronto o de lo contrario, el golpe va a ser muy duro... Cada vez falta menos para que salga mi avión y todavía no he sido capaz de soltar la terrible frase que guardo entre mis pulmones: *Me voy a Australia.*

Siempre he sido una de esas personas que se contentan con llevar una vida sencilla y de seguir los mismos pasos que la sociedad nos inculca desde que somos pequeños o concretamente, acabar haciendo lo que mi madre decía.

Estudiar, tener un trabajo, comprar un coche, casarse, hipotecarse y crear una familia. ¿Quién no ha intentado seguir este manual en algún momento de su vida? Parece ser que, solo siguiendo estos pasos, lograremos la felicidad a la que todo el mundo aspira, pero en mi caso, en mi último año de Universidad, empecé a darme cuenta de que quizás, todo eso no era lo que yo quería hacer con mi vida.

Por primera vez, empecé a preguntarme si tal vez, habría algún otro camino distinto que seguir u otras posibilidades que había estado ignorando por completo hasta ahora. Además, también estaba presente un factor muy importante que me hacía dudar de todos los parámetros que seguía: La decepción conmigo misma. Decepción por no llegar ni a alcanza el segundo escalón de mi lista: *Tener un trabajo*.

En plena crisis económica, todavía no he logrado conseguir ese ansiado “puesto de trabajo” por el que llevo cuatro años estudiando en la Universidad. Todo porque me han prometido desde pequeña que, si estudiaba muy duro, podría trabajar de lo que yo quisiera en el futuro. Qué gran mentira...

Desengañada y completamente desorientada por encontrar aquel puesto de trabajo que la sociedad me había prometido, me planteaba entonces, qué hacer con mi vida. ¿Un máster de 12.000 euros que ni siquiera me aseguraba poder encontrar trabajo alguno? No, gracias. Necesitaba algo diferente, algo que me ayudase a descubrirme a mí misma y a reescribir los parámetros de mi vida de ahora en adelante.

Había hecho falta un año de terapia a escondidas de mi madre para darme cuenta de que había algo que estaba haciendo mal con mi vida y que necesitaba cambiar, y otro año más para atreverme a dar el gran paso que estaba a punto de tomar. Sin embargo, todavía sigo sin estar

preparada para explicarle mi decisión. ¿Cómo defender una decisión que, realmente, no sabes muy bien por qué has tomado?

Un buen día, de manera casi aleatoria, sonó en mi cabeza la palabra Australia. Así, sin más. Aquel país tan alejado que nadie suele pensar en él, pero una opción que, sin duda, me ofrecería el cambio que tanto necesitaba pero también, posiblemente, se trataba de la opción más arriesgada. Y yo, María García, no he hecho nada arriesgado en toda mi vida.

Nunca he salido de España más allá de un pequeño viajecito a Italia o a Francia. ¿Cómo irme sola al otro lado del mundo? Así que, decidí hacer una lista de los pros y los contras acerca de irme a Australia y por goleada, todo parecía indicar que no debía irme y que aquella aventura, me venía demasiado grande. Sin embargo, había algo, no sé muy bien cómo explicarlo, por lo que no podía olvidarme de ese plan tan disparatado.

Pasaban semanas y yo seguía pensando en Australia. Soñaba, imaginaba y planeaba en mi cabeza cómo sería comenzar una nueva vida en la otra parte del mundo, aunque solo fuese por uno o dos años. Así es cómo empecé a investigar sobre ello y a informarme sobre las posibilidades reales de acabar pidiendo un visado para Australia. Algo que finalmente, en contra de toda sensatez típica en mí, acabé solicitando.

Australia me estaba llamando. En sueños, en clase, mientras comía, conducía, salía con mis amigos o impartía clases de apoyo a los hijos de mis vecinos. Ya no había forma de ignorarlo. Solicité el visado, organicé un plan de estudios para aprovechar a mejorar mi inglés una vez allí y compré el ansiado billete de avión sin retorno. No quería poner una fecha de caducidad a una experiencia que todavía no había empezado.

Tampoco puse una fecha límite para contarle todo esto a mi madre, un gran error por mi parte. Desde que tomé la decisión, no he dejado de poner excusas para atrasar el momento, pero ya no hay más excusas. Finalmente, ha llegado el día de acercarme a mi madre y contarle que, en dos semanas, me voy a Australia.

—¡María! ¡A comer! —me llama mi madre desde el comedor.

—¡Ya voy! —respondo, echándome un último vistazo en el espejo de mi cuarto.

Estoy bien, presentable. Nada de mechones de pelo sueltos. Mi vestuario también está bien. Nada que a simple vista se pueda criticar.

—Mmm, ¡qué bien huele mamá!

—¿Qué te has hecho en el pelo? —me pregunta nada más sentarme en la mesa.

—No mucho. He ido a la peluquería a cortarme las puntas y a echarme un baño de color para que brille un poco.

—No me habías contado que ibas a ir a la peluquería —añade con su típico tono de regañina mientras me inspecciona.

—Lo decidí esta mañana al levantarme. Estaba cansada de verme siempre con el mismo tono castaño aburrido que la naturaleza me ha dado. ¿Me queda mal? —pregunto un poco insegura mientras empiezo a comer paella—. ¡Qué buena te ha quedado!

—¿Y te gastas el dinero en esa tontería que ni siquiera se nota apenas?

Ya empezamos. Así es ella, aunque tampoco me sorprende su comentario. Decido callar y seguir comiendo hasta que llegue el postre. Entonces soltaré la bomba y saldré corriendo. Es una opción cobarde, lo sé, pero es lo que hay.

Físicamente, mi madre es todo lo contrario a mí. Rubia con ojos azules, despampanante y con un físico envidiable para su edad. Yo solo he conseguido estar tan delgada cuando me he visto obligada a seguir su dieta porque “empezaba a tener barriga” y con tal de no escuchar sus críticas, era capaz de alimentarme a base de ensaladas y verduras una temporada hasta que le diera por dejarme tranquila.

Supongo que habré salido a mi padre. Aunque no me acuerdo mucho de él, por las fotografías que hay por toda la casa, diría que nos parecemos bastante. Cabello castaño, ojos

marrones y de complexión normal. Quizás él también me hubiese entendido mejor que mi madre a lo largo de estos últimos diez años.

—Estás muy callada —me dice mi madre al acabarnos el plato e ir a la nevera a sacar algo de fruta.

—Sí... Es que tengo que decirte algo.

Venga María, tú puedes.

—¿Te ha molestado? Lo sabía. Perdona, cielo. A veces olvido lo sensible que eres —me dice con una mirada compasiva.

—No, no es eso...

¿Sensible? Si fuese sensible no habría aguantado vivir con ella hasta los veintidós años.

—Entonces, ¿qué pasa? No me digas que tienes novio... —Sonríe de repente, de manera divertida.

—Me temo que tampoco.

Me entran ganas de reírme por la ironía de su último comentario. Llevo ya casi un año sin salir con nadie, pero en su cabeza, debe imaginarse que escondo algún amor secreto.

Tengo que ponerme seria, tengo que decirle que...

—Me voy a Australia.

Ya está. Así, sin más. Premio al mejor discurso del año. María, no digas nada más. Ahora deja el resto de la manzana en la mesa y huye disimuladamente.

—¿Cómo? —pregunta extrañada.

—Que me voy a Australia...

—¡Qué tonterías dices, María! Anda, ayúdame a limpiar la mesa.

—Mamá, no es ninguna tontería... Me voy en dos semanas.

—Y yo a las Bahamas. Toma la bayeta.

Me quedo en silencio un buen rato e inmóvil sin saber qué hacer o cómo responder ahora. Una parte de mí quiere seguirle la corriente y fingir que todo es parte de una broma. Podría pasar del tema y hacer como si nada, pero en vez de eso, saco mi móvil del bolsillo y se lo enseño.

—¿Qué es esto?

—Mi billete de avión.

A continuación, observo cómo en cuestión de segundos, su cara cambia por completo, pasando del desconcierto a la ira en los diez segundos más largos y terroríficos de mi vida.

—¿Te has vuelto loca? —grita de repente, haciéndome dar un pequeño salto para atrás por el cambio repentino de su voz—. ¿Esto es de verdad?

—Déjame explicártelo...

—Sí, explícamelo porque no entiendo qué mierda es esto. ¿Te vas de vacaciones a Australia?

—No, mamá. Me voy a vivir y a trabajar allí... Necesito un cambio. No puedo seguir aquí de brazos cruzados, echando currículums indefinidamente mientras no soy feliz —trato de explicarme con la voz entrecortada y aguantándome las lágrimas.

—Pero María, ¡eso es lo que hace todo el mundo! ¡Echar cientos de currículums hasta conseguirlo! ¿O es que esperabas que hiciesen cola en tu puerta para ofrecerte el trabajo de tus sueños?

—Ya, mamá, pero es que no es solo eso...

—¿Qué más hay? —me interrumpe—. ¿No encuentras novio? ¿No tienes suficientes amigos? ¿Te aburres?

—¡Que no soy feliz! —respondo a gritos desesperados por hacerme entender—. Que no soy como tú. Necesito vivir algo diferente. Viajar, conocer otros lugares, conocer otro tipo de gente... ¡Hacer alguna locura para variar!

—Y la mejor solución para todo eso es irte al otro lado del mundo, ¿no? María, tú estás muy mal. Tienes un problema en la cabeza. ¡Necesitas un psiquiatra! —me grita, subiendo todavía más el tono de su voz.

—Sí, mamá —respondo entre sollozos—. ¡Por fin te has dado cuenta de que necesito ayuda! Necesito ayuda desde hace bastante tiempo porque tú nunca has sido capaz de entenderme. Y gracias a que la he podido conseguir por mi cuenta, me he dado cuenta de lo que de verdad necesito.

—¡Pero qué coño dices María! ¿De qué hablas?

—Da igual, no lo vas a entender nunca, ¿verdad? Porque es muy difícil para ti ponerte en la piel de otra persona que no seas tú —suelto de manera desahogada, dejando caer todos los resentimientos guardados durante años entre mis lágrimas,

—Eres una desagradecida. Lo he dado todo por ti. Desde que murió tu padre... —Coge aire para continuar hablando—. Desde que murió tu padre, lo he sacrificado todo para que puedas llevar una buena vida. Para que no te falte de nada. Pero para la señorita, nada es suficiente.

Ahí está. El argumento de la muerte de mi padre y de su sacrificio como madre por sacarme a mí adelante. El escudo que saca en todas nuestras discusiones, pero esta vez, en vez de callarme como he hecho siempre, me siento lo suficientemente valiente como para responder.

—¡Yo no te he pedido que te sacrifiques! ¡No te he pedido que dejes a tus amistades de lado, ni que trabajes el doble, ni que no vuelvas a acostarte con nadie! —grito demasiado cerca de su cara. Tan cerca, que ni siquiera me pilla por sorpresa el bofetón que me pega.

Ya está. No puedo más. Me voy a mi cuarto corriendo y preparo una mochila deprisa.

—¡No te vas a ir a Australia! —oigo al otro lado de la puerta.

—Tengo veintidós años ¡No necesito tu permiso!

—¿Con qué dinero te vas a ir?

—Tengo suficiente.

Si la conversación hubiese empezado de otra manera, le hubiese explicado mis planes con calma. El curso de inglés que he escogido que me tiene entusiasmada y la agencia con la que he contactado para que me ayude con todo este proceso e incluso, los consejos que me han dado para encontrar trabajo y alojamiento una vez allí.

Cojo mi chaqueta y después de revisar que llevo todo lo que necesito (llaves, móvil, cartera y ropa básica en la mochila) salgo de mi cuarto. No quiero seguir viviendo con ella ni un minuto más.

—Estás loca. Las cosas se piensan y se planean, no se hacen así —me dice con cara de decepción al cruzarnos en el pasillo—. ¡No te reconozco!

—A lo mejor es que no me has conocido nunca.

Doy un portazo y salgo de casa.

Me duele. Me duele que no me entienda, que sea capaz de decirme todas esas cosas y lo que es peor, pensarlo. ¿De verdad se piensa que estoy loca? ¿Todo por no poder ser como ella?

No sé muy bien a dónde estoy yendo ahora mismo, pero sí sé a quién escribir.

Julio, ¿puedo quedarme en tu casa esta noche? Ya se lo he contado.

Como siempre, Julio me contesta enseguida.

Por fin! Yujuuu. Claro cielo. Vienes ahora?

Me detengo un momento para pensar en a dónde estoy yendo. Me he puesto andar automáticamente hacia su casa, pero si me doy prisa, todavía estoy a tiempo de hacer una pequeña visita. Ahora que ya se lo he dicho a mi madre, también se lo tengo que contar a ella. Ella sí que me entenderá.

Luego te llamo. Voy a hacer algo antes.

Cuando llego a la residencia, me recuerdan que tengo poco tiempo para visitarla antes de su

hora de la cena. Les prometo a las enfermeras que seré breve y me dejan pasar a su cuarto.

—María, ¡qué sorpresa!

—Hola abuela. ¿Cómo estás? —le pregunto tratando de aparentar normalidad.

—Bueno, ya sabes... Con mis dolores, pero muy bien ahora que estás tú aquí —me responde con una sonrisa y un gran abrazo.

¿Cómo voy a despedirme de ella cuando me tenga que ir? Tendré que enseñarla a hacer videollamadas

—¿Y tú? Cuéntame, ¿todo bien en casa? No me digas que habéis vuelto a discutir tu madre y tú...

Asiento con la cabeza. De repente, no me salen las palabras. Si pronuncio una sola sílaba más, sé que voy a empezar a llorar.

—Ay, María... Tenéis que intentar llevaros bien. Ya sabes que solo os tenéis la una a la otra —me dice en tono compasivo mientras me coge de la mano y me siento en el borde de su cama.

No es una regañina. Es lo que siempre me dice cada vez que mi madre y yo discutimos.

—Eso no es verdad. También te tengo a ti.

—A mí ya no me queda mucho por aquí hija mía...

—¡Abuela! No digas eso.

—Es la verdad —responde con una sonrisa como si la idea de la muerte no la asustase en absoluto.

—Abuela, tienes solo 72 años y estás perfectamente, así que no digas tonterías.

Ambas sabemos que, en realidad, no está “perfectamente”, pero me niego a pensar que mi abuela pueda dejar de existir algún día.

—Ay hija... En mis tiempos, ¡tenías mucha suerte si conseguías pasar de los setenta!

—Pero en los tiempos de ahora, estás muy bien cuidada y vas a llegar hasta los ciento diez años —respondo, apretándola la mano bien fuerte—. Además, no quiero hablar de estas cosas. Prefiero contarte algo por lo que creo que te vas a alegrar mucho por mí.

—¿Tienes novio? —me pregunta con cara de sorpresa y un tanto esperanzada.

—¡Qué manía con lo del novio! ¡No! —Me río porque a pesar de que el preguntarme cada dos por tres si tengo novio resulte un tanto molesto, con ella no puedo enfadarme.

—Ay cariño, yo qué sé. Como siempre vas con ese amigo tuyo...

—¡Julio es mi amigo! Ya lo sabes. Además, ni aunque yo quisiera se fijaría en mí. Ya te he explicado que tiene novio y no puedo competir con él. Es demasiado guapo —Sonrío. Si Julio escuchase esta conversación se partiría de risa.

—Tú eres tan bonita que podrías hacer que cualquiera se enamorase de ti —Me devuelve la sonrisa—. Pero, a ver, si no es eso, ¿cuál es la sorpresa?

Una vez más, recorro a la misma frase simple y concisa. Pero esta vez, con bastante más optimismo y entusiasmo.

—¡Me voy a Australia!

No sé, exactamente, qué reacción esperaba de su parte. ¿Felicidad? ¿Curiosidad? ¿Alegría porque por fin había encontrado un plan que me hacía feliz? Sin embargo, un silencio estremecedor se adueña del ambiente.

No responde nada. Ni tan siquiera me mira. Afloja su mano de la mía y se queda mirando la nada en silencio. Un silencio que da miedo. Hubiese preferido que me gritase por primera vez, a observar su expresión de terror o confusión. No tengo nada claro qué es lo que está pasando.

—Abuela, ¿estás bien? ¿Te encuentras bien?

Su reacción me está asustando. Pienso que podría estar teniendo un ataque al corazón, así que salgo corriendo al pasillo a buscar una enfermera y cuando vuelvo con la primera que encuentro,

mi abuela empieza a decir a cosas sin sentido.

—No me puedo ir contigo. Está demasiado lejos.

—Abuela, tranquila. No tienes que venir conmigo. Me voy a ir yo sola, pero estaré bien. Te prometo que estaré bien —trato de calmarla mientras la enfermera empieza a auscultarla.

—Te olvidarás de mí —continúa diciendo entre lágrimas.

—¡No! ¡Cómo me voy a olvidar de ti! ¿Le pasa algo? —pregunto a la enfermera.

—Está bien, pero parece que está un poco confusa. Carmen, ¿cómo se encuentra? —se dirige a mi abuela.

—No sé qué hacer... —Continúa llorando cada vez más nerviosa.

—Será mejor que dejemos la visita por hoy. Necesita calmarse un poco —me explica la enfermera.

—Pero, no lo entiendo... —Empiezo a llorar yo también—. Estábamos hablando normal hasta que yo...

—No te preocupes. Está un poco confundida. ¿Puedes esperar un momento en el pasillo?

Me seco las lágrimas con la manga de mi camisera y salgo al pasillo sin cerrar la puerta. Me duele muchísimo irme así. No entiendo nada lo que acaba de pasar, pero menos entiendo lo que a continuación, oigo decir mientras me alejo de su habitación.

—Dile a Vicente que no se vaya...Yo le quiero. No puede irse así... Así no...

—Tranquila, Carmen. Yo se lo digo. Ahora vamos a tumbarnos aquí en la camita con una manta para no coger frío y a descansar... —le responde la enfermera.

Ahora entiendo aún menos ¿Quién narices es Vicente?

2

Te vas

Villa Blanca (Cuenca) – 1953

Cuando volví de trabajar en la casa de la señora Mercedes, no esperaba que tras todo un día entero de duro trabajo (que incluía sacarle brillo a toda su vajilla), mi madre me pidiese salir a dar un paseo nada más llegar.

—¿He hecho algo malo? —Fue lo primero que me pregunté.

Por fin había llegado mi momento de sentarme un rato y de disfrutar de diez minutillos de paz, antes de que se me empezasen a cerrar los ojos del cansancio.

Mi madre era una mujer de pocas palabras, pero más aún después de un duro día de trabajo. Nunca hablábamos mucho porque solíamos estar demasiado cansadas. A veces, me quedaba hablando un poquito más tarde con mi hermano Pedro, pero jamás salíamos a dar paseos. De hecho, casi nunca había tiempo para paseos.

Enseguida me imaginé que querría contarme algo importante. ¿Me habrían despedido de la casa para la que trabajaba? El caso es que no me había parecido ver nada raro al irme de allí después de cenar, ni tampoco mi madre parecía enfadada al volver a casa, pero podía ser. Sí que estaba un poco rara. Ese día no me preguntó apenas nada sobre cómo me había ido la jornada y parecía tener bastante prisa por que saliésemos de casa enseguida.

Cogimos nuestras chaquetas y salimos por la puerta de atrás donde estaba Pedro fumándose un cigarro. Mi madre no le permitía fumar dentro de casa por los pequeños, no quería que siguieran su ejemplo y empezaran a fumar tan pronto como él. Una tontería porque cuando nuestra madre no estaba presente, fumaba donde le daba la real gana.

Si hubiese sido yo la que estuviese fumando en la puerta de casa, otro gallo cantaría. Me hubiese tirado el cigarrillo al suelo con tan solo una mirada. Pero, se trataba de Pedro, y a él se le

permitían sus vicios. En cambio, a mí me obligaban todo el tiempo a comportarme como una señorita.

No me quejaba. Tampoco había tiempo para discusiones. Todo lo que hacía era trabajar, ayudar a mi madre en casa y cuidar a mis hermanos. La única libertad que tenía se me concedía alguna que otra tarde en la que conseguía acabar mis tareas antes de la cena y la familia para la que trabajaba me dejaba salir a jugar con mis amigas.

Otras veces, los domingos después de misa, me colaba en la casa para la que trabajaba mi amiga Pili y observábamos las fiestas que allí celebraban alrededor de un organillo. Cuando no había moros en la costa, incluso bailábamos en el pasillo sin que nadie nos viera. Después de divertirnos un rato, volvía a casa de mis señores a servir la cena, recoger y limpiar los platos, y una vez más, regresaba a casa para dormir y estar lista para una nueva jornada.

Esa era mi mayor travesura: Bailar en un pasillo a escondidas. ¡Y lo bien que me lo pasaba! Aunque no siempre conseguía salir de allí sin que nadie me viera. Tenía suerte de que a mis señores les hiciese gracia el hecho de que me escapase y entrase hurtadillas a cuchichear en una fiesta ajena, pero mi madre era otro cantar...

—Volvemos pronto, hijo —se despidió mi madre, dándole una palmadita en el hombro a Pedro.

—¿Dónde vais a estas horas, madre? —preguntó mi hermano extrañado—. Ya está anocheciendo.

—A tomar un poco el aire. No te preocupes, no tardaremos mucho —contestó, cogiéndome del brazo con decisión.

Por la cara que puso Pedro, él también debía tener curiosidad por saber qué estaba pasando. Mi hermano debía intuir, al igual que yo, que algo raro se traía nuestra madre entre manos, pero como siempre, no rechistó ni preguntó nada más. Se quedó mirando en silencio cómo nos marchábamos.

Yo tan solo esperaba que, como acababa de decir ella misma, no tardásemos mucho en volver. Al día siguiente, me tocaba levantarme más temprano todavía. Había prometido pasarme por la casa de la señora Milagros antes de ir a trabajar para llevarle una docena de huevos de nuestro gallinero. Algo que, a pesar de tener que ir caminando demasiado temprano hasta la otra punta del pueblo, no me importaba del todo porque tenía la oportunidad de ver el amanecer mientras atravesaba la era.

En general, me encantaba mi pueblo. Mi casa podría haber sido más grande y lujosa, y tampoco hubiese estado mal poder ir a la escuela más a menudo, en vez de tener que ir a limpiar, hacer la colada o ayudar a mi familia durante la época de la siega. Sin embargo, no hubiese cambiado nada más.

Me encantaba mi iglesia, mis vecinos, mis animales, mis áridas tierras y mi familia. Obviamente, echaba de menos a mi padre, pero ¿quién era yo para reprocharle a Dios el habérselo llevado tan pronto?

Dentro de lo que cabía, estábamos bien. A pesar de haber pasado por unas cuantas malas rachas y periodos en los que poder llevar algo a la mesa era casi imposible. A pesar de todo lo sacrificado y sufrido, en general, no estábamos mal. Nos las habíamos ingeniado para seguir adelante y todo parecía ir cada vez mejor. Por eso me sorprendió tanto oír las palabras de mi madre nada más alejarnos un poco de casa.

—Te vas a Madrid.

—¿Cómo que me voy a Madrid? —respondí parándome en seco por la inesperada orden.

—En dos días, si todo va según lo previsto. He hablado con tu hermana Rosa y te ha encontrado un trabajo estupendo en casa de una buena familia. Quieren que empieces lo antes posible, así que ya te he organizado el viaje. Mañana te acompaño a hablar con la señora Mercedes para darle las gracias por todos estos últimos años de trabajo y nos ponemos a preparar todo enseguida. Espero que no se enfade por darle la noticia con tan poco tiempo de antelación...

No te preocupes —continuó al ver cómo iba aumentando mi cara de pánico—. Tendrás tiempo de sobra para despedirte de tus amigas cuando tengamos todo listo. ¡Ah! Recuérdame también que te prepare algo de comida para el viaje.

—Pero... —Escuchaba, pero no asimilaba lo que me estaba diciendo—. ¿Y qué pasará contigo? ¿Quién te va a ayudar aquí con todo?

—¿Aquí? Aquí me basto yo sola perfectamente. ¡Faltaría más! —me respondió orgullosa—. Lo que necesito es que empieces a ganar más que las cuatro perras que ganas aquí. Eres muy trabajadora. Seguro que nos va muy bien.

—¿Estaré cerca de Rosa? ¿Y voy a ir yo sola durante todo el viaje? ¿Quién me va a recoger cuando llegue? ¿Y si me pierdo? ¡Nunca he estado en Madrid!

Mi madre me miró sorprendida. No solía hacer tantas preguntas. Solía acatar sin rechistar todo lo que ella decía, pero esta vez, estaba aterrada. Esta vez, sentía unos impulsos desconocidos de negarme a cumplir las órdenes de mi madre.

—Carmen, tranquila. No seas boba, estarás bien. Tu hermana se ha encargado de todo.

—Pero ¿tengo que irme tan rápido? ¿No es mejor que me vaya después de la época de siega?

—¡Carmen! No me hagas repetírtelo más veces. En esta casa nos sobran manos y ganas por trabajar, así que no te preocupes —me respondió de mal humor.

Sí, había manos, pero manos demasiado pequeñas y yo no quería que mis hermanos pequeños empezasen a adquirir responsabilidades tan pronto.

—Venga, entremos ya en casa que hace frío.

—Entra tú. Yo ahora voy...

—Como quieras, pero no tardes mucho. No vaya a ser que te constipes y piensen que estoy mandado a trabajar a una hija enferma —contestó con el menor tacto posible—. Buenas noches, hija —se despidió dándome un frío beso en la frente.

—Buenas noches, madre.

No sé cuánto tiempo me quedé pensando enfrente de la puerta de casa en la más absoluta oscuridad, paralizada por el miedo, sin saber qué hacer y llorando casi en silencio. No quería hacer ruido para que ni mis hermanos ni mi madre, se diesen cuenta de mi cobardía.

Nunca había sentido tanto miedo, excepto la primera vez que mandaron a hacer mi primera faena. Tenía solo cinco años, pero para mi madre ya estaba lo suficientemente preparada para llevarles la comida a mi padre y a mi hermano que estaban trabajando en el campo. Es decir, confiaba en que era capaz de no caerme del borrico en mitad del camino.

—¡No quiero! ¡No sé cómo ir! —grité a todo pulmón, mientras me cogían en brazos en contra de mi voluntad, acomodándome en el lomo del burro.

—No te preocupes, él sí sabe el camino.

Y con unas cuantas palmadas al borrico, comencé el primer viaje en solitario de mi vida. No estaba lejos, pero a mí se me hizo eterno. Recuerdo no dejar de llorar en todo el camino.

—¡No seas cobarde, Carmen! —oía gritar a mi madre mientras me alejaba.

Cuando, finalmente, el animal se paró cerca de donde se encontraba mi familia trabajando, llegó mi padre a mi encuentro para bajarme. Me dio un trozo de pan para tranquilizarme y me volvieron a subir al dichoso burro para volver a casa. Desde entonces, odié profundamente a ese burro.

Durante años, culpé al animal por todo lo malo que me pasaba, pero obviamente, ahora sé que la gran culpable de todas mis pesadillas fue siempre mi madre. Fue ella la que al ver que no le llegaban los brazos para cuidar de tanto crío, decidió mandarme a mí a llevarle la comida a mi padre y mi hermano a partir de ese día. Fue ella la que me sacaba de la escuela una y otra vez para ir a limpiar las casas de las señoras o para lavar su ropa. Y una vez más, me volvía a mandar a mí como un peón para seguir alimentando a la familia.

Ya no tenía cinco años, sino trece y sabía que era perfectamente capaz de trabajar en casas

ajenas y dedicarme al cuidado de niños. Lo había hecho toda la vida, pero ¿irme sola tan lejos?

Cierto es que, mi hermana Rosa también estaba trabajando en la capital desde hacía ya un par de años. Sin embargo, aquello no me tranquilizaba en absoluto. Como era de esperar, no pude pegar el ojo aquella noche.

Al día siguiente, todo se me hizo cuesta arriba. No tenía ni fuerza ni ánimos para levantarme de la cama. Pensé que quizás, si seguía durmiendo, me despertaría de esta dichosa pesadilla y no tendría que ir a Madrid, pero desgraciadamente, ya estaba ahí mi madre, bien temprano, para enseñarme cuál era la realidad y que no me quedaba más remedio que acatarla. Me obligó a levantarme sin ningún miramiento y empezó a mandarme tareas.

En lo que menos tardé fue en hacer mi maleta. Tan solo tuve que meter un par de mudas, el vestido de los domingos, otro vestido de diario y un viejo camisón. Me sobraba bastante espacio, pero no había nada más que meter.

Me hubiese gustado ser como esas señoritas que se llevan también un libro para entretenerse durante el viaje, pero entre que en casa no teníamos libros y que yo no sabía leer muy bien, un bocadillo era la mejor compañía que podía tener. Suerte que mi vecina Dolores había prometido prepararme uno para el viaje.

En cuanto la noticia de que me iba a Madrid salió por la puerta de casa, el cotilleo llegó a todos los rincones del pueblo en un plis plas. La mayoría de los vecinos fueron de lo más amables conmigo trayéndome algo de comida para el viaje, buenos deseos o un simplemente, un gran abrazo.

En el caso de mi amiga Pili, fui yo la que tuvo que abrazarla para consolarla, al igual que a mis hermanos pequeños que me preguntaban desconsolados si podían venir conmigo. Si hubiesen sabido lo que yo hubiese dado por cambiarles mi lugar en esos momentos...

Por el contrario, mi hermano Pedro se mostró casi tan distante y seco como mi madre, pero no me extrañó. Desde que mi padre murió, solo había cabida en casa para las preocupaciones

cotidianas y para trabajar, dejando a un lado el cariño y casi todo tipo de sentimientos.

Yo era la única que acudía a consolar y a abrazar a los pequeños cuando lo necesitaban, que les llenaba de besos antes de irse a dormir y les abrazaba cada vez que llegaba a casa de trabajar. ¿Quién les llenaría de cariño a partir de ahora? Solo esperaba que al menos, ellos pudiesen tener la opción de escoger un futuro mejor que el mío.

Solo tenía trece años, pero sentía el peso sobre mis hombros de treinta años de vida. Mi gran sueño era conocer a un apuesto señorito con dinero que me sacase de pobre. No pedía ni que fuese guapo. En realidad, con que fuese buena persona y trabajador, me bastaba, pero para evitar que me fuese a Madrid, el señorito ya llegaba demasiado tarde.

—Ten mucho cuidado hija ¡y no te fíes de nadie! —me dijo mi vecina cuando llegó el momento de irme—. Allí no son como la gente del pueblo ¡No te fíes!

—Anda Dolores, no le digas esas cosas a la niña que me la vas a asustar más de lo que ya está.

No sé si asustarme me asustó más, pero lo que sí hizo fue grabarme esa advertencia para los restos. Además, me preocupaba que, si no podía fiarme de nadie, ¿cómo iba a hacer amigos?

No me dio tiempo a plantearme más preguntas a mí misma en ese momento. Poco después, apareció por mi casa mi prima Carla y nos fuimos las dos directamente a la parada del autobús. Ni siquiera mi madre se molestó en acompañarme. Un abrazo, dos besos y un “tira pa el autobús hija. No vaya a ser que llegues tarde”. Esas fueron sus últimas palabras antes de mandarme al matadero.

Mis hermanos pequeños lloraron y me abrazaron, pero no por más de diez segundos. Mi madre les separó enseguida para no entretenerme más tiempo. No podíamos llegar tarde a coger el autobús, ya que tenía que coger el tren que salía de Huete a las nueve de la mañana.

Suerte que mi hermana y mi madre habían organizado juntas todo el viaje de manera que no tuviese que hacerlo yo sola. Mi prima Carla me acompañaría durante todo el camino. Había

bajado al pueblo hacía unos días para visitar a sus padres y aceptó encantada a acompañarme de camino a Madrid. También pasaría en su casa mi primera noche en la capital, lo cual era mil veces mejor que tener que ir dormir a una casa con extraños directamente.

Con tan solo diecinueve años, Carla era ya toda una belleza, así que a nadie le extrañó que empezasen a llamar a su puerta pretendientes desde que, prácticamente, le empezasen a crecer los pechos a una edad muy temprana. En aquel momento, casada y pletórica, parecía estar en todo su esplendor. Morenaza con el cabello negro, ojos verdes, buen porte y una seguridad en sí misma envidiable. ¿Qué más se podía pedir? Nada que ver con mi aspecto corriente: Bajita, ojos marrones, muy delgada, con el pelo castaño y corto y sin ninguna gracia.

Definitivamente, Carla se había llevado los mejores genes de la familia, pero ni el mejor físico de España le habría salvado de las malas lenguas y de las crueles habladurías de los vecinos del pueblo.

Todo el mundo se preguntaba por qué, tras llevar ya casi dos de casada, no había conseguido quedarse embarazada. Incluso, se decía por ahí la tontería de que la bella Carla no podía tener hijos porque una vez cuando era chica, se cayó montando a caballo.

Sabía que los rumores de que no pudiese tener hijos la estaban haciendo bastante daño, así que decidí no sacar el tema durante todo el viaje. En vez de ello, le pregunté por Madrid. Cómo era la Puerta del Sol, sus edificios, sus calles y hasta sobre los mozos de la capital. Entre nosotras había confianza para hablar de casi cualquier tema, pero a pesar de sus piropos hacia Madrid, no terminó de transmitirme la seguridad que necesitaba.

—Ay Carmen, ¡te va a encantar! Ya verás —me dijo con optimismo—. No hay nada que tenga que ver con el pueblo ni con la gente de aquí. Allí la gente es muy distinguida, los edificios son preciosos y puedes volver a casa a cualquier hora que, si no está el portero, por la noche el sereno te abre la puerta del portal.

—¿No es peligroso volver a casa de noche? ¿Y quién es ese tal Sereno?

—No sola boba... Pero ¿en serio que no sabes quiénes son los serenos? Ay prima, cuánto te tengo que enseñar...

Y así fue cómo entre el autobús y el tren, mi prima aprovechó para contarme todo sobre la capital y la vida en ella. No solo me habló acerca de los serenos, hombres que se dedicaban a abrir las puertas de los portales cuando la gente volvía a casa de noche y estaban cerrados con llaves. También, me habló de los bailes a los que solían ir los jóvenes a divertirse en su tiempo libre, del metro, de los mercados, de los cientos de profesiones que había, de la gente...

Me repitió que debía tener mucho cuidado y que no podía fiarme de todo el mundo, pero sin el asustadizo tono de mi vecina. Cuando Carla hablaba de Madrid lo hacía con una alegría y una felicidad que envidiaba.

—Ay Carmen, nos lo vamos a pasar tan bien juntas en Madrid... ¡Ya verás! Como se suele decir, ¡de Madrid al cielo! —gritó Carla sin ningún pudor.

En aquel momento, no entendí qué quería decir mi prima con aquella frase, ni tampoco lo entendí durante mis primeras semanas allí. Mucho tuvo que pasar durante los próximos años para que aquella ciudad tan aterradora empezase a resultarme un poquito menos mala.

Nos vamos

Madrid – Actualidad

—A ver si lo he entendido todo... Puede que tu abuela, tuviese un amor de juventud secreto llamado Vicente que la dejó embarazada y la abandonó yéndose a vivir a Australia. Así que, claro, acabas de volver a traumatizar a tu pobre abuela con tu noticia y puede que... ¡Tu verdadero abuelo siga en Australia esperando a que el destino los una!

—Oh por Dios... Qué tele novelesco eres, Julio. Deberías escribir un guion para una serie.

—Pues, no lo descartes cielo. El *plot* es bastante bueno.

—Ahora en serio, ¿me vas a ayudar o vas a seguir inventándote una historia en la que acabo descubriendo que tengo una familia al otro lado del mundo?

—Bueno, tanto como tu familia... Si tu abuelo dejó embarazada a tu abuela antes de irse a Australia, tu familia de allí serían como tus medios tíos y medios primos. Y abuelastra, en caso de que la australiana con la que se hubiese casado tu abuelo siguiese viva, claro... ¡Ay, Dios mío! También puede que tu verdadero abuelo ya esté muerto y...

—¡Julio, por favor! —intervengo empezando ya a enfadarme de verdad. Me fascina la imaginación de mi amigo, pero a veces acaba resultando demasiado pesado si no se le corta a tiempo.

—Lo siento, cielo. No puedo evitarlo. ¿Qué quieres hacer entonces? ¿Se lo vas a contar a tu madre?

Después de la discusión que tuvimos, no tengo ningunas ganas de volver a verla pronto. Es más, pensaba no volver por casa en todo el fin de semana, pero la preocupación por mi abuela pesa más.

—No creo que ella sepa nada acerca de un tal Vicente. Lo mismo ni siquiera existe y, simplemente, fue una paranoia de mi abuela sin ningún sentido. ¿Crees que debo contárselo a mi

madre? No me apetece una mierda, la verdad.

—Tu verás, María, pero si de verdad me estás diciendo que tu abuela estaba tan alterada, quizá, si la vuelves a visitar con tu madre, puede que se tranquilice un poco.

Son las tres de la madrugada, así que decido no darle más vueltas por el momento. Como suele decir mi abuela, “nunca ocurre nada bueno después de las dos de la mañana”. Y debe ser verdad, porque hace un par de años escuché también la misma frase en *Cómo conocí a vuestra madre* (mi serie preferida de todos los tiempos). Así que, desde entonces, me tomo su refrán muy en serio y trato de no tomar ninguna decisión a partir de esa hora.

—¿Seguro que no quieres dormir en la cama conmigo? Eric no llega a casa hasta mañana por la tarde.

—Uy, ¿no estarás tratando de seducirme con una invitación a tu cama? Aprovechando que tu novio está de viaje... ¡Ya te vale! —bromeo, lanzándole una almohada a la cara.

—Ya te gustaría a ti, cariño. Tú riéte sí, pero te sorprendería lo que tengo...

—¡Suficiente! —le interrumpo en un ataque de risas cuando está a punto de bajarse los calzoncillos —Ahora, sí que sí, me quedo en tu sofá. ¡Buenas noches, perverso!

—*Good night, my darling* —se despide, dándome las buenas noches con una pose entre cómica y sexy al cerrar la puerta de su cuarto.

Un par de horas más tarde, sigo dando vueltas en el sofá y cuando, por fin, consigo dormirme (o eso creo), me despierto de repente, en la playa más bonita que he visto en mi vida, de esas que solo salen en las películas.

Abro los ojos y me encuentro tumbada en una toalla azul sobre una arena blanca, muy cerca del mar. Estoy tan cerca de la orilla que oigo como las olas me susurran algo al oído. Trato de entender qué es lo que quieren decirme, pero no consigo entenderlas.

Una pareja de adolescentes me distrae en ese momento. Parecen tan felices y enamorados jugando a mojarse el uno al otro en la orilla... Ella se acaba de enfadar un poco cuando por culpa

de su novio, acaba mojándose el pelo, pero en seguida, un beso casto en la mejilla le hace ruborizarse y soltar una sonrisa.

Hay algo raro en ellos. Por sus gestos, por sus bañadores o incluso sus peinados, parecen recién salidos del rodaje de una película antigua. Vale que se lleve lo *vintage*, pero ese bañador negro tan tapado no le hace ningún favor a la chica. Aunque lo verdaderamente preocupante, es el bañador de él que no deja nada a la imaginación de lo corto y apretado que es.

Parece que a la chica ya se le ha pasado el enfado y se meten los dos juntos de la mano en el mar. Sin embargo, de repente, parece que algo no les va del todo bien, pero no sé qué ocurre. No puedo irles del todo bien... Es como si ahora, estuviesen jugando a hacerse aguadillas, aunque no estoy segura. De repente, desaparecen bajo el mar.

Me levanto alarmada de la toalla. No veo sus cabezas por ninguna parte.

—¡Se están ahogando! —grito a todo pulmón corriendo hacia el mar—. ¡Se están ahogando!

Miro a mi alrededor en busca de ayuda, pero nadie me escucha ni me presta atención y sin pensármelo dos veces, me lanzo enseguida al mar.

Soy buena nadadora. De pequeña, fui a natación desde los cinco años e incluso llegué a competir en varias ocasiones, pero, aun así, por alguna extraña razón, me cuesta mantenerme a flote una vez alejada de la orilla.

Las olas cada vez son más fuertes y violentas y parece que se está yendo completamente el sol. A lo lejos, veo como la gente recoge sus cosas y se marcha a sus casas. A mi alrededor, no veo por ningún lado a la pareja de antes, pero ya no es eso lo que me preocupa. Yo también me estoy ahogando.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —grito, tragando agua mientras las olas me golpean.

Ya no hay nadie en la playa. Nadie va a venir a ayudarme y poco a poco, empiezo a rendirme y aceptar que me voy a ahogar y que nadie me va a salvar.

—María, ¡vamos! ¡Tú puedes, campeona!

Es la voz de mi abuela, estoy segura. Es la misma voz que me animaba desde la grada cuando competía en natación, pero ¿de dónde viene? No la veo.

—¡Vamos, María!

Quiero ir con ella. Quiero seguir luchando, pero no sé hacia dónde nadar. Todo está oscuro y estoy asustada. Voy a morir ahogada.

—¡María! Despierta, cariño

Una voz masculina me zarandea y me despierta de golpe.

—¿Julio?

—Joder... María ¡qué susto me has dado! Me has despertado y todo de los gritos que estabas dando

Una pesadilla. Todo ha sido una pesadilla. Estoy sudando, pero ahora que ya he salido de aquel horroroso sueño, poco a poco, empiezo a tranquilizarme.

—¿Estás bien? —me pregunta Julio con cara de preocupación.

—Sí, sí... perdón. Ha sido una pesadilla.

—Joder, pues menuda pesadilla. ¿Te estaban matando o qué?

—¿Qué? No. Me estaba... —respondo todavía aturdida. —Da igual, no importa.

No sé por qué, pero prefiero no contarle el extraño sueño que acabo de tener. Lo único que tengo claro es que, ahora, no puedo volver a dormirme.

—Bueno, ya ha pasado todo *baby* —me calma con un beso fraternal en la frente—. Ahora, a dormir otra vez.

—No. Me voy a casa a hablar con mi madre —respondo levantándome de golpe del sofá.

—¿Qué? María, si son las... ¡ocho de la mañana! ¡Y es domingo! —responde Julio comprobando la hora en su móvil.

Soy cabezota, lo confieso. Y sé que cuando se me mete una idea en la cabeza, es difícil

pararme los pies (Julio también lo sabe, aunque trate de detenerme), pero en mi defensa, mi abuela nunca me dijo a qué hora se podían empezar ya a tomar decisiones después de las dos de la mañana. Por lo tanto, en lo que a mí respecta, a las ocho de la mañana, está perfecto.

Cuando llego a casa, como era de esperar, parece que mi madre sigue aún durmiendo. El domingo es el único día de la semana que se permite a sí misma levantarse sin despertador, aunque por alguna mágica o biológica razón que jamás llegaré a entender, los domingos siempre se despierta a las 09:00h.

Todavía me queda un rato para que se levante, así que aprovecho para darme una ducha y quitarme los litros de sudor expulsados por culpa de la pesadilla.

Al salir del baño envuelta en una toalla, oigo cómo ya está mi madre preparando café en la cocina. Voy a mi cuarto, me pongo lo primero que encuentro y cojo aire. Después de la ducha me siento mucho más relajada, así que espero poder tener una conversación más calmada que la última vez.

—Vaya, no te esperaba hasta el lunes por aquí —me dice bastante seria al verme entrar en la cocina—. Sírrete algo de café, que veo que lo necesitas...

Sabía que no podría ocultar mis ojeras al hablar con ella, pero una vez más, me sorprende lo rápido que es capaz de fijarse en cualquier defecto o imperfección que tengo.

—Buenos días a ti también —respondo con sarcasmo.

Me sirvo una taza de café y me siento junto a ella en la mesa de la cocina. Doy un largo sorbo y nos miramos. Ninguna dice nada, pero ella parece seguir evaluando mi aspecto en silencio, probablemente, aguantándose las ganas de señalar algún que otro grano que tengo en la cara o cualquier otra cosa.

Animada por el chute de la cafeína que tanto necesito, decido comenzar yo la conversación de manera directa.

—Ayer estuve con la abuela.

—Me lo imaginaba. ¿Cómo está? ¿Te animó a seguir tus sueños en la otra parte del mundo?
—me pregunta en tono de burla.

Esa hubiese sido la respuesta esperada de mi abuela en cualquier otro momento. La de apoyarme en todo y la de animarme a seguir mis sueños. Así que, como me imaginaba, mi madre tampoco hubiese anticipado la reacción que tuvo.

—No pudo. Cuando se lo dije, reaccionó de una manera rara y se desorientó bastante... La enfermera se la tuvo que llevar y no me dejaron seguir hablando con ella.

—¿Qué? Pero ¿está bien? ¿Qué le pasó? —me pregunta bastante alarmada.

—Está bien, no te preocupes. No le dio un ataque al corazón ni nada.

—Ay, María... ¡Qué susto me has dado!

—Pero me gustaría volver a visitarla contigo para estar más tranquila. Tuvo una reacción muy rara.

—¿A qué te refieres?

Con pelos y señales, le relato los comentarios inconexos de la abuela y el nombre de Vicente, esperando que signifique algo para ella, pero por su expresión, diría que está tan confusa como yo.

—Quizás sea algún vecino o algún conocido de cuando ella era joven... No lo sé. Creo que me suena de algo, pero no estoy segura. Voy a ir a hablar con ella y a ver qué tal se encuentra hoy —decide inmediatamente.

—Espérame, voy a ponerme algo más arreglado y a peinarme un poco.

—No. Voy yo sola. Tú ya has hecho bastante.

No lo dice gritando ni en tono de enfado, pero esas últimas palabras antes de coger el bolso y salir por la puerta, me acaban de dejar helada.

No tengo tiempo ni de replicar ni de asimilar nada porque en el fondo, puede que tenga razón.

¿Estoy siendo demasiado egoísta? Si a mi abuela le llegase a pasar algo por mi culpa, me da algo.

Friego las tazas del desayuno que ha dejado mi madre olvidadas en el fregadero por primera vez desde que tengo memoria. Estoy asustada y preocupada, pero esta vez no me permito el soltar ni una sola lágrima porque probablemente, si empiezo, no podré parar en un buen rato.

Me tumbo en el sofá agotada por no haber dormido casi nada por la noche y enciendo la tele. Poco a poco, se me van cerrando los ojos y sin darme cuenta, voy dejando pasar las horas hasta que el sonido de unas llaves me despierta.

Miro el móvil y para mi sorpresa, son las ocho de la noche. Me he pasado casi todo el día durmiendo sin querer.

Según entra mi madre, me levanto rápidamente peinándome el pelo con los dedos de la mano para tratar de ocultar que he estado durmiendo, pero ella ni siquiera me mira al entrar.

—¿Cómo está la abuela?

—¿Qué? ¡Ah! Está bien. Mejor —contesta un poco confundida.

Mi cuerpo parece destensarse por un momento. Está bien. Mi abuela está bien. No le he dejado medio tonta ni le he provocado un ataque al corazón.

—¿Has podido hablar con ella? ¿Qué te ha dicho?

—Por tu culpa, una enfermera casi no me deja pasar, pero al final he insistido y me han dejado. Está bien, María. No te preocupes. Me voy a acostar que estoy cansada.

—Pero ¿has estado con ella todo el día? Dime al menos qué te ha contado o qué explicación te ha dado a lo que le pasó ayer...

—¡Estoy cansada, María! —se gira enfadada para responderme—. Ya hablamos más tarde.

Y así, sin más explicaciones, desaparece tras la puerta de su habitación.

Me dan ganas de ir tras ella y exigirla que me cuente qué narices ha estado haciendo todo el

día sin ni siquiera molestarse en llamarme para decirme que mi abuela estaba bien. Además, creo que también es la primera vez en años que mi madre se va a la cama tan temprano.

¿Qué narices está pasando? Está claro que hay algo que no me está contando o no me quiere contar, pero lejos de desmoronarme y seguir su ejemplo, decido buscar las respuestas por mí misma. ¿Qué no me quiere decir nada? Muy bien, pues buscaré las respuestas en otro lugar.

No quiero volver a molestar de nuevo a mi abuela sin saber antes de qué va todo esto, así que decido hacer un poco de investigación de campo por mí misma y rebusco entre los cajones de la entrada lo que creo que podría servirme de utilidad.

¡Ya lo tengo! Cojo el manejo de llaves más antiguo de todos y antes de que se me olvide, también las llaves del coche. Al salir de casa, cómo no, escribo a mi compañero de aventuras.

Julio, ¿te apetece acompañarme en una misión secreta?

Sé que ha leído el mensaje porque su estado me aparece todo el rato como *escribiendo*, pero sin decidirse a mandar ninguna respuesta concreta, así que decido darle un pequeño empujoncito.

Tú conduces, venga. ¿Nos vamos de misión?

Esta vez, su respuesta no se hace de esperar

Recógeme en treinta minutos.

Misión secreta

Aparco en doble fila frente al piso de Julio y aprovecho que he llegado con tiempo para comerme la hamburguesa que me he comprado por el camino.

Siempre que estoy nerviosa me entra hambre y si además, añadimos el hecho de que no he comido nada en todo el día, creo que esta es la hamburguesa más deseada de mi vida.

Tras un par de bocados de los más placenteros, de golpe, unos fuertes golpes en la ventanilla de al lado hacen que casi se me salga la lechuga por la boca y me manche de ketchup la camiseta. A punto estoy de mandar a Julio a tomar por culo por el susto, hasta que me doy cuenta de que se trata de un señor con traje que está de espaldas al lado de la ventanilla.

Un poco dudosa sobre qué hacer, me limpio las manos con la servilleta de papel y decido bajar un poco la ventanilla.

—¿Sí?

—¿Tienes patatas fritas? —me pregunta con voz grave.

—¿Perdón? —respondo totalmente desconcertada.

—¡Qué si llevas patatas fritas encima! —sube el tono de su voz.

—Eh...sí... Patatas gajo.

—Entonces, déjame entrar. ¡Deprisa!

—¿Cómo?

No sé qué clase de broma es esta, pero empieza a mosquearme todo esto.

—Oye, mira, señor, como comprenderá, no voy a dejarle entrar en mi coche. Además, o se aleja inmediatamente o llamo a la policía —le advierto llevándome el móvil inmediatamente a la oreja, a pesar de que no he marcado ningún número.

Una conocida risa me desconcierta aún más y cuando el misterioso señor se gira y veo su

cara, poco me falta para darle una ostia más que merecida.

—¡Julio! ¡Me cago en tus muertos!

Él continúa descojonándose de risa mientras quito el seguro del coche para dejarle entrar.

—Ay, Dios mío, María... ¡Tendrías que haberte visto la cara!

—¿Mi cara? Pero ¿tú te has visto a ti? ¿Qué narices llevas puesto?

Ahora que le tengo más cerca y bajo la luz del coche, le miro de arriba abajo impresionada. El muy payaso debe de pensarse que le he reclutado para una misión a lo James Bond y lleva, nada más ni nada menos, que un traje negro con pajarita incluida y una especie de peluca gris.

—Agente 0069 a su servicio, *baby*.

A pesar de seguir queriendo matarle, no puedo evitar reírme.

—Vale. Tengo que confesar que te lo has currado, ¿pero las deportivas Nike son parte también de tu tapadera?

—El traje es de Eric, pero sus zapatos me quedaban pequeños. La peluca es del último Halloween. De todas formas, necesitaba zapatos cómodos para conducir... —dice mirándose con ojitos de corderito.

—¡Está bien! Cambio de conductor. ¡Ah! Toma tus patatas. No vayas a matarme por ellas...

—Me lo pensaré —responde quitándomelas rápidamente de las manos—. Por cierto, ¿a dónde vamos? Que sepas que me estoy perdiendo el polvo del reencuentro con Eric por estar aquí contigo.

—Anda... Confiesa que esto te está encantando.

—Bueno, un poquito... Sabes que los roles de personajes son lo mío.

—Está bien, Bond. Tenemos dos horas de camino, pero debemos estar de vuelta por la mañana, antes de que se despierte mi madre, así que, arranca. Te voy guiando—le explico mientras observo la ruta desde mi móvil.

—Ok, nena, pero dime al menos a dónde vamos.

—Si lo hago, tendrías que matarte —respondo con cara seria y tratando de cambiar mi voz.

—¡Oh, yeah! Sigue practicando. Pareces una cabra con esa voz.

Treinta minutos más tarde, ya estamos en la autopista cantando a pleno pulmón *Bailando* de Enrique Iglesias y una oleada de canciones de veranos pasados que nos transportan a nuestros mejores momentos.

La verdad es que, cuando me vaya a Australia, no sé qué voy a hacer sin él, sin el mejor compañero de aventuras que uno pueda tener.

Conocí a Julio nada más entrar al colegio y desde que nos juntamos para compartir la merienda en un recreo, no nos hemos vuelto a separar nunca. Juntos hemos compartido todas nuestras primeras veces. Primeros exámenes, primeras borracheras, primeras fiestas, primeros viajes... Y si no hubiese resultado ser gay, probablemente también hubiese perdido la virginidad con él.

Es la persona con la que más he llorado y reído y a la vez, la que más me ha aguantado a mí. Sé que nunca en la vida voy a tener un amigo como él, por lo que, en su momento, traté de con todas mis fuerzas de convencerle para que se viniese conmigo a Australia. Incluso, dudé sobre si era buena idea irme sin él. ¿Cómo sobreviviré sin él?

Aun así, no conseguí convencerle para llevarle conmigo.

—Este es tu momento María, no el mío —me contestó en una de las veces que le rogué que viniese conmigo.

Al principio no lo entendí del todo. ¿Por qué no podía ser ‘nuestro momento’ también? Sin embargo, con el paso de los días, lo fui entendiendo.

Él está genial como está. Con su pareja, en su piso y con su trabajo de tardes que le permite cumplir su sueño de no madrugar nunca más. Él es feliz, simplemente, así. En cambio, a mí, parece fallarme todo en esa ecuación.

—¿Te das cuenta de que esta va a ser la última escapada que hagamos antes de que me vaya a Australia? —le pregunto, bajando un momento el volumen de la música.

—Ay, María... No empieces a decir estas cosas que me pongo a llorar enseguida. ¿Seguro que no tenías todo esto planeado? Ya sé... ¡Vamos a una fiesta sorpresa!

Me río porque con tanto secretismo con mi familia, la verdad es que en ningún momento he caído en organizar una despedida.

—Si hubiese querido organizarla, habría escogido algún chalet con piscina, una discoteca o hasta un apartamento en la playa. Créeme que si fuera así, no te estaría trayendo por Castilla la Mancha.

—Ya me extrañaba a mí... Aunque cariño, creo que ya sé a dónde vamos. Lo que no sé es qué piensas encontrar allí.

—La verdad, yo tampoco, pero tengo un presentimiento.

Sabía que sería imposible ocultar el destino una vez que nos desviásemos de la autopista. Aunque no haya llevado nunca a Julio por aquí, le he hablado tanto de mis veranos en el pueblo de mi abuela que imaginaba que en algún momento del trayecto empezaría a unir cabos.

Necesito respuestas y de momento, sé que ni mi madre ni mi abuela me las darán por ahora. También sé que, probablemente, no haya una gran historia que descubrir, sino simplemente, una pequeña anécdota de mi abuela que vivió cuando era joven y que recordó ahora.

Pero ¿por qué mi madre no quiere seguir hablando de ello? Antes de encerrarse en su cuarto, la abuela debió de contarle algo. ¿Qué es lo que no me quiso contar? No pasa nada, lo averiguaré yo misma. A cabezota no me gana nadie.

Cuando llegamos a la casa y aparcamos, un escalofrío me recorre el cuerpo. Hace muchísimos años que no me paso por aquí y desde luego, no recordaba este lugar tan siniestro y tan abandonado.

Aquí he pasado los mejores veranos de mi infancia cuando el insoportable calor de agosto en

Madrid nos obligaba a buscar una alternativa para soportar los días y mi madre acababa trayéndome siempre aquí con la abuela.

Durante el día, íbamos a refrescarnos al embalse y por la noche, mirábamos las estrellas desde lo alto de la colina. No había mucho más que hacer, además de comer hasta reventar, cocinar un dulce nuevo cada día o dar un pequeño paseo por el pueblo para saludar a los vecinos, pero a mí me encantaba. Se respiraba mucha más libertad que en Madrid y algunas tardes, me dejaban moverme a mi aire por los alrededores, pese a que, en la ciudad, no me dejaban caminar sola más allá de la esquina.

Con el tiempo, el pueblo empezó a aburrirme y solo era divertido ir en épocas de las fiestas patronales para emborracharme de peña en peña y bailar locamente en la plaza. Algún que otro amorío de verano también surgió, pero nada demasiado serio. Unos cuantos besos robados en el campo y tonterías de niños.

Me hubiese gustado invitar a Julio durante las vacaciones para que viviese todo aquello conmigo, pero a él, cada verano, la ley le obligaba a ir a visitar a su padre a Santander.

Cuando nos reencontrábamos en septiembre, siempre había mil cosas que quería contarle o alguna que otra historieta con un chico del que quería hablarle, pero trataba siempre de no hablar con demasiado entusiasmo, ya que su verano no tenía nada que ver con el mío.

No me puedo ni imaginar cómo tuvo que haber sido para el pequeño Julio, el hecho de tener que pasar todos los veranos de su infancia fingiendo ser alguien que no era porque a la mínima que su padre consideraba que acababa de soltar un comentario ‘algo femenino’ o una pose ‘no masculina’, le soltaba una hostia.

En aquella época, no se podía hacer nada para evitarlo o no sabíamos cómo. Tuvieron que llegar los dieciocho años para que, por fin, Julio pudiese ser completamente libre de decidir si quería pasar los veranos con su padre, con su madre o con quien le diese la gana y sobre todo, libre de ser él mismo.

—¿Esta es la adorable casita de la que tanto me has hablado? —me pregunta Julio al aparcar en la puerta—. Porque es bastante *creepy*.

—¿Qué pasa, Bond? ¿Te has dejado la pistola en casa? —me burlo.

—Ja, ja... No temas cielo, soy capaz de defenderte sin ningún arma.

—Uy, sí... Anda, vamos para dentro.

Cuando consigo abrir la antigua cerradura y la puerta se abre chirriando, Julio pega un pequeño grito instintivo. Yo no puedo evitar reírme. Esta escena parece sacada de una parodia de terror en versión española.

—¡Enciende la luz, capulla!

—No puedo —respondo tocando el interruptor varias veces—. Debe estar cortada. Con todo el tiempo que lleva sin aparecer nadie por aquí... Enciende la linterna del móvil, hay que encontrar los plomos.

—Uy no, yo me quedo aquí hasta que enciendas la luz que, por ser maricón, seguro que soy el primero en morir.

—¿Qué dices? Anda, vamos...

—Que sí... Tú tranquila, que la guapa protagonista hetero de la película siempre acaba sobreviviendo al final. Así que ala, yo te espero aquí.

—Serás médica...

Pues nada, enciendo la linterna de mi móvil y tiro yo sola para adelante tratando de recordar por dónde se iba a la despensa. Creo que los plomos estaban por ahí.

Voy andando poco a poco, iluminando el suelo porque a pesar de que he querido hacerme la valiente, en el fondo, estoy cagada. A cada paso que doy, el suelo chirría y voy sorteando como puedo, un montón de trastos que van apareciendo por medio.

Qué raro... No sé qué hacen tantas cosas tiradas por todos lados. Es como si hubiese pasado

un huracán por dentro de la casa o lo más probable, que alguien se haya colado y la hubiese destrozado.

Vale, ahora sí que tengo miedo. ¿Y si esa persona sigue por aquí? Por tus muertos, María, llega rápido a la despensa.

De repente, al llegar a la puerta de la despensa, oigo el sonido del parqué justo detrás de mí e instintivamente, agarro lo primero que encuentro en el estante de la derecha como arma defensiva.

—¿Quién está ahí? —pregunto gritando a la nada y moviendo la linterna del móvil de un lado para otro, bastante acojonada.

—¡Soy yo! —grita Julio, entrando desde el descansillo de la entrada —Espérame, he cambiado de idea. Prefiero morir contigo en un acto de compañerismo a morir degollado de espaldas a mi asesino mientras te espero ahí afuera.

Juraría que el chirrido lo había escuchado desde más cerca, pero deben ser imaginaciones mías. Muevo el móvil de un lado a otro para que Julio sepa dónde estoy.

—¿Me ves?

—Eh sí... Ya llego. Que, por cierto, en menudas condiciones dejasteis la casa la última vez que estuvisteis. Podíais haberla recogido un poco antes de iros.

Juraría que la última vez que estuvimos hace años en esta casa, lo dejamos todo impoluto. Definitivamente, alguien tuvo que haberse colado en algún momento. Espero que en cuanto consiga encender la luz, los daños no sean muy graves.

—¡Por Dios, María! Enciende los plomos de una vez.

—Ya voy... —respondo concentrándome de nuevo en la pared. El cuadro de mando tiene que estar por aquí...

—¡Ah, capulla! Sí, sí, ya voy, ya voy, pero no me pises.

—¿Qué?

—Y enciende de nuevo tu linterna, que me he quedado sin batería y no veo nada.

—Eh... Julio, sigo en la despensa.

En cuestión de segundos, el pánico se desata.

—¡María, enciende la puta luz! —grita Julio a todo pulmón.

No hace falta que diga nada más. Con ese último grito, estoy segura de que hay alguien más en la casa. Tan solo tardo seis segundos en encontrar el cuadro de mando y tocar todos los interruptores a lo loco hasta que se enciende alguna luz. Salgo rápidamente de la despensa y enciendo el interruptor del pasillo.

—¡Julio! ¡Julio! —grito alarmada, mirando hacia todos lados y sujetando con fuerza el objeto de defensa que pillé antes de una estantería.

Alguien da un portazo en la entrada y casi se me sale el corazón del pecho, pero cuando llego y enciendo la luz de la entrada, no veo nadie por ningún lado.

—¿Julio? —pregunto esta vez, en bajito, bastante aterrada.

Nadie responde, pero oigo el sonido de alguien afuera. No me lo pienso y salgo yo también.

No soy capaz de distinguir su cara en la oscuridad, pero veo claramente como la silueta de un hombre trata de alejarse corriendo de la casa. Me pregunto si debería ir detrás de él o llamar a la policía, pero por el momento, tan solo me quedo en la puerta, comprobando que aquella persona se aleja de nosotros hasta desaparecer por completo.

—¿Ya se ha ido? —pregunta Julio en bajito desde su escondite.

—Sí... —respondo volviendo a entrar en la casa—. Y por tus muertos, sal de donde sea que estés.

Casi me da un susto de muerte al verle salir por debajo del mantel de la mesilla que está justamente a mi lado.

—¿Se ha ido ya?

—Sí. ¿Has podido ver su cara? Yo solo he podido ver la silueta de un hombre tratando de correr, dando eses. Parecía que estaba borracho.

—Ni idea. En cuanto me he dado cuenta de que no eras tú la persona que me acababa de pisar, casi me da un infarto.

—Sería un okupa o algún desgraciado colándose...

—¿Y tuvo que colarse justo en la noche que venimos? ¡Mira que ha tenido tiempo para pasearse por aquí sin que nadie se dé cuenta!

—Ya... Es bastante raro. Lo mismo lleva viviendo aquí un tiempo —comento mientras echo un vistazo a mi alrededor. No sé cómo estará el resto de la casa, pero el salón está que da pena.

—¿Llamamos a la policía o vamos directamente a comisaría? —me pregunta Julio.

—Ninguna de las dos cosas. Si mi madre se entera de que estoy aquí, me mata.

—Pero ¡María! ¡Había un okupa en tu casa! ¿Y si vuelve?

Julio tiene razón. Lo más sensato es dejar constancia de lo que acaba de pasar, pero discutir de nuevo con mi madre es justo lo que menos necesito en estos momentos.

—Hagamos una cosa, preocupémonos por echar primero un vistazo por la casa y ya luego pensamos en ir a la policía o lo que sea. De todas formas, aquel hombre no parecía peligroso. Iba haciendo eses por el camino al intentar salir corriendo.

—Cómo quieras... Pero revisemos la casa rápido.

—Por cierto, lo siento por tu traje... ¿Y tu peluca?

Julio se mira de arriba abajo. Entre el susto y el esconderse por los suelos, tiene todo el traje lleno de polvo y en cuanto a la peluca, ni idea de dónde puede haber acabado entre tanto trasto.

—Eric me va a matar. Más te vale que después de todo esto, descubramos algo por lo que haya merecido la pena venir hasta aquí.

—¿Ya no tienes tantas ganas de seguir en la misión, Bond? —pregunto tratando de quitarle hierro al asunto, pero Julio ya no está para bromas.

—Después de esto, ¿dimito como agente secreto! Venga, a ver, ¿por dónde empezamos? ¿Vas a servirme un poco de vino? —me pregunta fijándose en el objeto que sigo manteniendo en la mano con fuerza.

Con la adrenalina del momento, ni si quiera me he dado cuenta de que el arma que he cogido de la despensa es un botijo.

Descubriendo Madrid

Madrid – 1952

—¿A qué está buenísimo? —me preguntó mi prima Carla, refiriéndose al bocata de calamares que nos acabábamos de pedir.

A mí, la verdad, ni me impresionaba ni me disgustaba, al igual que todo lo demás.

Acabábamos de estar en la Puerta del Sol, la Plaza Mayor y por todas esas calles elegantonas y edificios altos que supuestamente, deberían de haberme impresionado, pero a mí, sin más. ¿Y qué pasaba con el cielo de Madrid? Yo veía un cielo de lo más normal. De lo único que tenía ganas era de pillar una cama de verdad y de poder echarme a llorar sin que nadie me molestase.

Al final, llevaba ya dos días quedándome en Vallecas en casa de mi prima, a pesar de que en principio iba a ser solo por una noche. Supuestamente, mi hermana debería haber venido a recogerme esa misma mañana, pero por un contratiempo que tampoco me llegó a explicar, no empezaría a trabajar hasta el día siguiente.

Aunque sonase contradictorio, de lo que más ganas tenía era de empezar a trabajar ya de una vez. Al menos, en la nueva casa tendría algo más de intimidad y el trabajo me haría olvidar todas mis penas. Al menos eso creía...

No es que no estuviese disfrutando la compañía de mi prima, pero ¡es que no se separaba de mí ni un segundo! ¿Acaso no tenía un marido que atender o alguna otra cosa que hacer?

—Oye, Carla ¿y tú por qué no trabajas? —le pregunté directamente mientras volvíamos a su casa tras todo un día pateándonos Madrid—. Recuerdo que se te daba muy bien coser.

—Manuel no quiere que yo trabaje... Dice que el sitio de una mujer está en casa cuidando de su marido y sus hijos.

—Pero tú todavía no tienes hijos y Manuel se la pasa todo el día fuera de casa hasta la noche. ¿No te sientes sola?

Acababa de tocar un tema delicado. Hasta entonces, me había mantenido al margen y había preferido no comentar nada sobre el tema, pero ya que me iba de su casa a la mañana siguiente, no pude evitar cotillear un poco.

Había cosas de la vida de mi prima que me parecían un misterio. Como, por ejemplo, ¿por qué no se había quedado ya embarazada? Casi todas las mujeres que conocía se quedaban preñadas nada más casarse. Aunque, en realidad, yo no tenía ni la más remota idea de qué tenía que pasar para que eso sucediese.

—Puede que un poco sola si me sienta... Estoy intentando tener hijos y ¡no te creas que no hago nada en casa! —La expresión risueña y emocionada de mi prima cambió de repente—. Todas las noches rezo por quedarme embarazada e intento ser una buena mujer. Hago la comida, limpio la casa, hago la colada, voy al mercado y no falto ningún día a misa. El párroco dice que ya llegará cuando Dios quiera.

Esa última frase me preocupó bastante.

—¿Y qué pasa si Dios no quiere?

—Ay Carmen, no digas tonterías. ¿Y por qué no va a querer Dios que tenga un hijo?

Decidí no contestar nada ni seguir con el tema. Había tantas cosas que ignoraba y que no entendía..., pero no quería seguir preocupando a Carla siendo una bocazas.

Al día siguiente, amanecí de lo más temprano y lista para ir a mi nueva casa a trabajar. Mi hermana Rosa había venido a acompañarme. Decía alegrarse mucho de verme y que quería ser ella misma quien me llevase a mi nuevo trabajo, pero seguramente, lo que quería era quedar bien delante de aquellos ricachones con los que había contactado.

De camino, mis sospechas quedaron confirmadas. Como ‘buena’ hermana mayor, no dejó de aleccionarme durante todo el trayecto sobre cómo tenía que comportarme y lo que no debía hacer ni decir bajo ningún concepto. ¡Cómo si yo no supiese de sobra lo que era trabajar para una familia con pelas!

Después del autobús, cogimos el tranvía al centro y desde allí, andando hasta San Bernardo donde ya me esperaban. A esas alturas, no estaba ni nerviosa al tocar la puerta. Total, si no le gustaba a la familia, que me devolviesen al pueblo. Estaba convencida de que aquello era lo mejor que me podía pasar.

Nos abrió la puerta la propia señora de la casa y nos invitó a entrar con una sonrisa, no sin antes echarme un vistazo de arriba abajo.

—Buenos días, señora —saludó mi hermana educadamente.

—Buenos días, Rosa —respondió. Me sorprendió que recordase el nombre de mi hermana. Tan solo habían hablado una vez sobre mis condiciones—. Imagino que tú debes de ser Carmen... Pasad, pasad. No os quedéis en el pasillo.

Estaba claro que el piso era mucho más pequeño que las casas en las que había trabajado anteriormente en el pueblo. Sin embargo, aquella era la casa más elegante y lujosa en la que había puesto un pie en toda mi vida.

Los cuadros de las paredes de marcos dorados eran enormes y aunque, yo no entendía absolutamente nada de arte, estaba segura de debían de valer un pastizal. En general, todo tenía aspecto de valer una fortuna y me daba apuro hasta el simple hecho de caminar con mis mugrientos zapatos por aquel pasillo.

Al entrar al salón, la señora nos hizo sentarnos en un sofá de color verde y llamó a la cocinera para que nos trajese algo de beber. Ni mi hermana ni yo nos atrevimos a pedir nada que más que un vaso de agua, pero ninguna dio ni un solo sorbo. Había que comportarse de manera correcta.

—Si os soy sincera, pensaba que sería más mayor y más... ¿Cuántos años tienes? —preguntó la señora, dirigiéndose a mí.

—Trece, pero ya casi tiene los catorce y no se deje engañar, señora. A pesar de su aspecto debilucho, esta chica vale oro y lleva trabajando desde cría —respondió mi hermana en mi lugar.

—¡Madre mía! ¡Trece años! Eres muy joven... En este momento, no tengo ninguna otra criada más allá de la cocinera. Tendrías que encargarte tú de todo y no sé si será demasiada carga para ti, la verdad...

—No se preocupe, señora —volvió a tomar la palabra mi hermana, en vez de dejarme responder a mí—. La chica sabe hacer de todo. Está acostumbrada a lavar, planchar, coser, cocinar, limpiar, hacer recados... Todo lo que usted la mande.

—Me preocupa más el hecho de que es casi una niña para tanta tarea..., pero, en fin, ya que has llegado hasta aquí desde tu pueblo, no vamos a devolverte ahora, ¿verdad? —dijo para mi desgracia, con una sonrisa cómplice.

—Eso sí, tendré que darte algo de ropa nueva porque no puedes vestir así, criatura. Muchas gracias por todo, Rosa. Descuide, que su hermana estará muy bien en esta casa.

No daba crédito ante tanta amabilidad. Hacer casi todas las tareas del hogar no me preocupaba. Además, sospechaba que no había ningún crío en la casa del que cuidar y por la avanzada edad de la señora, no pensaba que fuesen a tener ninguno. Lo que me atormentaba era estar tan lejos de casa, pero ya no había vuelta atrás.

Cuando se marchó mi hermana, la señora me enseñó el que sería mi cuarto para guardar mis cosas (lo poco que traía) y me entregó mi uniforme y la cofia.

—Perdóname. No tengo zapatos tan pequeños para ti... —me dijo fijándose en mis pies—. La anterior chica que trabajaba aquí gastaba un 40, pero creo que el uniforme sí te valdrá. Deja todas tus cosas y venga, que vamos a comprarte unos.

—Disculpe, señora... —me atreví a hablar por primera vez, antes que saliese del cuarto—. No necesito unos zapatos nuevos. Me vale con estos que llevo. Y tampoco necesito que me compre ropa. Es usted muy amable, pero...

—Carmen... —me interrumpió la señora en tono bastante serio—. Déjame darte un consejo que te va a valer para toda la vida. Si alguien te ofrece zapatos nuevos, te callas y te aprovechas.

Su respuesta me dejó a cuadros. Durante toda mi vida, me habían enseñado a no aceptar limosnas y a rechazar con humildad aquel tipo de regalo, pero ahí estaba yo, en la capital, haciendo el idiota y pareciendo una maleducada.

El resto de la mañana, me dediqué a asentir y a llevarle la corriente. No solo acabó comprándome zapatos nuevos, sino también, dos vestidos. Yo estaba que no daba crédito. Por mucho que me entraban ganas de rechazar tanta amabilidad, hice caso de su consejo. Cerré la boca y sonreí todo el tiempo. No quería volver a sonar desagradecida.

Al volver a casa, ayudé a la cocinera a preparar la comida y a servirla para la señora. Su marido no llegaría hasta la hora de la cena.

—¿Qué quiere que haga ahora, señora? —le pregunté tras recoger la mesa y terminar de fregar los platos.

—Alimentarte bien, niña. Pídele a Manuela que te sirva un buen plato que estás en los huesos y te necesito fuerte.

Con mucho gusto me comí a toda velocidad el cocido de Manuela que me sabía a gloria bendita. Si me hubiesen preguntado en aquel momento qué era lo que más me gustaba Madrid, no hubiese dudado de mi respuesta. Tenía que aprender a hacer ese cocido para cocinárselo a mi familia cuando volviese al pueblo. Ay, mi pueblo...

El resto del día lo dediqué a sacar el polvo por ahí y por allá, sin mucha gana. No quería molestar a la señora, así que vagaba de un lado a otro de la casa sin saber muy bien qué hacer.

—Chica, aquí vas a tener que aprender a buscarte las tareas tú sola —me dijo Manuela cuando fui a preguntarle a la cocina qué podía hacer—. A la señora poco le importa lo que hagas, con tal de que esté la casa decente y no te vea holgazanear por ahí.

—Pero ¿qué hace en su cuarto tanto tiempo? ¿Pasa todas las tardes ahí?

—Yo qué sé. Leer, dormir... ¡Vete tú a saber! Mejor no preguntar y más trabajar.

La verdad es que no estaba tan mal estar a mis anchas por la casa. En realidad, dediqué más

mi tiempo a investigar las habitaciones y todos sus rincones que a trabajar. En esas estaba, cotilleando la cantidad de libros que había en una de las salas, cuando me sorprendió la señora por detrás.

—¿Sabías que ese libro está escrito en realidad por una mujer?

—Disculpe, señora. No quería...

—No te preocupes, niña. No te voy a regañar por ojear un libro —me respondió divertida al ver mi cara de pánico—. Su verdadero nombre es Emily Brontë, pero en aquella época, tuvo que firmar con un seudónimo masculino. Aunque bueno, cien años han pasado y parece que la cosa sigue igual...

En aquel momento no entendí a qué se refería, pero tampoco me atreví a preguntar. Me fijé en que la señora se encontraba ya cambiada y arreglada como si fuera a una fiesta, por lo que supuse que faltaría poco para que el señor llegase a casa. Llevaba su cabello rubio recogido en un moño altísimo, sujeto con un elegante broche. Tenía alguna que otra cana, pero no le quedaban mal, sino que le daban un aspecto aún más elegante, junto con su vestido azul oscuro que la quedaba estupendamente. La verdad, estaba preciosa.

—Voy a ayudar a Manuela a la cocina —dije como excusa para escaquearme.

—Todavía queda tiempo para la cena, no te preocupes —me dijo, impidiendo que saliese de allí pitando—. Si quieres, te lo puedo prestar.

—¿El qué, señora?

—El libro que tienes en la mano, ¡qué va a ser! Aunque probablemente, *Cumbres Borrascosas* sea demasiado complicado para ti, pero te puedo recomendar algún otro. ¿Qué clase de literatura te gusta?

Por un momento, dudé sobre qué contestar a esa pregunta. ¿Debía volver a aceptar el ofrecimiento sin más para que no pensase que era una maleducada? ¿O debía decir la verdad simplemente? Finalmente, opté por lo último.

—No sé, señora. No sé leer muy bien.

—¿Cómo? ¿No has ido a la escuela, muchacha?

Me daba vergüenza admitirlo y más aún ante la incredulidad de la señora, pero era mejor decir la verdad desde el principio y si le parecía demasiado cateta, pues que mandase de vuelta al pueblo.

—Muy poco, señora. Mi padre murió cuando yo era muy pequeña y mi madre me sacaba del colegio constantemente para trabajar o echarla una mano. Conozco las letras, pero me cuesta mucho juntarlas.

La señora no supo qué más añadir y para romper el momento incómodo, yo decidí aprovechar su estado de desconcierto para salir de allí. Ala, ya tenía excusa más que suficiente para echarme de su casa si no le parecía capaz para el puesto. Treinta minutos después, Don Emilio llegó a casa.

Al principio, no supe muy bien cómo actuar. ¿Debía acercarme corriendo a la puerta a cogerle la chaqueta o debía esperarle en el comedor y presentarme allí? Suerte que la señora me sacó rápido del apuro y me mandó llevar la cena al salón para servirla enseguida. Ella misma fue a saludarle a la entrada y a guardar su chaqueta y su maletín.

Cuando entré en el salón, la señora me presentó, pero parecía interesarle más bien poco mi presencia. El señor me dio la bienvenida a la casa y no volvió a dirigirse a mí en lo que quedaba del día. Solo tenía ojos para su esposa y palabras para ella.

Yo, mientras, me mantuve invisible a su lado, sirviéndoles la cena hasta que la señora me hizo un gesto para que desapareciese. Desde la cocina, atenta a sus voces por si me necesitaban o me volvían a llamar, oía sus risas y lo que parecía ser una conversación divertida.

Por las fotos que había por la casa e incluso su imponente retrato a óleo colgado en el salón, debían de llevar casados toda una vida, por lo que me impresionó la complicidad que aún tenían. Parecían unos recién casados, todo el rato hablando, haciéndose carantoñas y riendo. Cuando

terminaron de cenar, desaparecieron sin decir nada para encerrarse en su cuarto.

Tras recoger la mesa y limpiarlo todo, me despedí de Manuela. La cocinera no vivía en la casa. Estaba casada y vivía con su familia a las afueras. Me contó que casi todos los días, su hijo mayor venía a buscarla en coche para llevarla de vuelta a casa, pues trabajaba como chofer en una casa del edificio de al lado.

Cuando acabé todas mis tareas, noté el cansancio de mi primer día de trabajo y fui directa a la que sería mi habitación a partir de ahora, quedando lista para por fin, poder llorar a solas y soltar todo lo que llevaba días guardándome. Sin embargo, cuando estaba ya cambiada y metida en la cama, alguien llamó a mi puerta y entró sin esperar respuesta. Desconcertada, me levanté corriendo de la cama alisándome como pude el camisón.

—Ay, perdona, niña. No te quería molestar —dijo la señora nada más entrar en camisón y con el pelo suelto y revuelto.

—No, no. No molesta. Perdóneme a mí, me retiré sin decir nada porque pensé que ya no me necesitaba, pero si me da unos segundos...

—Puedes estar tranquila, no vengo a pedirte nada —me dijo con una pequeña sonrisa—. O bueno... Sí, más o menos...

—Lo que usted diga —respondí.

—Es que me preguntaba... si te gustaría aprender a leer bien.

Al principio, no supe que contestar. Guardé silencio con cara de atontada.

—¡No te lo tomes a mal, por Dios! Es solo que últimamente, tengo mucho tiempo libre y me gustaría enseñarte a leer. Un poquito cada día, nada que te suponga mucha carga por supuesto... Y solo si tú quieres, claro.

—Claro señora, lo que usted diga.

—¿Sí? ¡Estupendo! Pues mañana a primera hora después del desayuno, comenzamos la primera clase. ¡Buenas noches, Carmen! Que descanses —se despidió entusiasmada, cerrando la

puerta de mi cuarto.

¿Qué diantres acababa de suceder? ¿En serio esa mujer pensaba enseñarme a leer a mi edad? ¿Y el trabajo? ¿Cómo narices iba a aprender a leer a la vez que trabajaba? En aquel momento, pensé que me había tocado la señora más chalada de todo Madrid y seguramente, estaba en lo cierto.

Odiando Madrid

Tras solo dos semanas en Madrid, la verdad es que ya estaba bastante cómoda y asentada en la casa de Don Emilio y Doña Rosario. Aunque nunca lo hubiese admitido, tuve mucha suerte de que Rosa me hubiese encontrado aquel trabajo.

Me encantaban los niños, pero no tener que estar pendiente de ningún crío durante la última semana, había sido algo sorprendentemente liberador. Además, enseguida empezó a gustarme imponerme a mí misma las tareas diarias, a excepción de alguna petición ocasional de la señora, pero en general, me dejaban andar a mis anchas.

Ya estaba casi acostumbrada a aquel piso del número 85 de la calle San Bernardo. Sin embargo, todo lo que había más allá de esas paredes, me seguía pareciendo igual de aterrador que el primer día.

Todavía no había sido capaz de salir sola a la calle en ningún momento. Siempre que tenía que hacer algún recado iba acompañada de la señora o de Manuela, la cocinera. Ella me enseñó a dónde debía ir a comprar la fruta y verdura, sellos o el resto de los enseres que me pidiesen. También, dónde estaba la iglesia más cercana, el parque o el tranvía, en caso de que lo necesitase. Sin embargo, me daba pánico caminar sola por la calle. En mi cabeza, no dejaba de sonar aquella advertencia de mi vecina Dolores: *¡No te fíes de nadie!* Por lo que me costaba muchísimo hasta hacer los pedidos en la carnicería.

Por otro lado, estaba el tema de que la señora Rosario estaba emperrada en que yo aprendiese a leer. ¿Qué más le daba a ella si yo era una cateta? Para limpiar el polvo tampoco necesitaba ningún diploma. Y encima, me hacía leer cada cosa más extraña...

Un día, me preguntó en voz muy bajita si yo sabía quién era Clara Campoamor. A lo que obviamente, respondí que no, que no había conocido nunca a esa señora.

—Lo que te voy a contar no debe salir nunca de estas paredes, ¿está claro? Todo lo que aquí te enseñe, se debe quedar entre nosotras.

Por si no tenía ya suficiente miedo en aquella ciudad, ahora la señora me empezaba a aterrorizar hablándome de cosas de las supuestamente, no debíamos hablar. Y digo yo, si supuestamente no debíamos hablar de ello, ¿por qué diantres lo hacía? Pero claro, yo era demasiado cobarde como para mandarle callar, así que no me quedaba más remedio que escuchar.

Es entonces cuando empecé a escuchar por primera vez palabras como ‘sufragio femenino’, ‘divorcio’ o ‘aborto’. Conceptos que, para mi suerte, en aquella época no entendía, pero que poco a poco, fueron llamando más mi atención, sobre todo, por la pasión con la que la señora hablaba de todo ello.

—Señora, ¿y por qué no debemos hablar de estas cosas? —le pregunté, armándome de valor un día, tras haber sufrido pesadillas toda una noche por las ideas que esa mujer me estaba metiendo en la cabeza.

—Porque, a veces, las paredes escuchan, pero no te preocupes. Aquí estamos seguras. —me respondió muy bajito, cogiéndome cariñosamente de la mano.

Sabía que todo aquello no estaba bien, pero ¿quién era yo para contradecir a la señora? Quien, además, parecía estar desarrollando un cariño especial hacia mí que tampoco entendía.

Cuando llegó el domingo y mi prima Carla apareció de sorpresa tras la puerta de casa, no pude evitar pegar un grito de alegría. A pesar de que su insistente compañía me había resultado pesada hacía nada, le había echado muchísimo de menos y había tanto que deseaba contarla...

Alertada por mis gritos, la señora fue rápidamente a la entrada a comprobar qué estaba pasando.

—Perdone, señora. Es Carla, mi prima. Ha venido a visitarme. Si no es mucha molestia...

—Anda, vete —respondió Rosario enseguida, sonriendo—. Y no te preocupes por la comida, ya le pediré a Manuela que la sirva ella misma. Tú pásatelo bien con tu prima y disfruta del día.

No me podía creer lo que acababa de oír. ¿Me acababan de dar un día entero libre? En cuanto me cambié y me puse uno de los vestidos nuevos que me compró la señora, mi prima me arrastró corriendo fuera de casa.

—Carmen, ¡qué bien que te hayan dado el día libre! Llevo toda la semana pensando en venir a verte, pero no sabía cuándo. Supuse que el domingo tendrías menos trabajo, pero ¡no pensé que te fuesen a dar el día libre!

—Yo tampoco, la verdad...

—¿Y este vestido tan bonito?

—Ay Carla, hay tantas cosas que te quiero contar...

—¡Cuéntamelo todo!

Antes de empezar a contarle cómo habían sido mis primeras semanas en la casa, le pedí a Carla que nos pasásemos por una iglesia cercana para ir a misa. El domingo anterior no había sido capaz de ir sola por cobardía y necesitaba dejar tranquila mi conciencia. Pensaba que podría ir todas las semanas junto a la señora, como había hecho en otras ocasiones en el pueblo, pero Rosario parecía tener poco interés o ninguno en pasarse por ahí.

Al salir de la impresionante Iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, a tan solo unos minutos de casa, mi prima no tardó ni dos segundos en volver a abalanzarse sobre mí con un montón de preguntas.

De camino al parque del Retiro, al que todavía no había ido, fui tratando de responder a todas ellas como pude. También, le conté sobre el empeño de la señora en que yo aprendiese a leer y todas aquellas nuevas palabras de las que me hablaba. Sabía que no debía hablar sobre ello con nadie, pero se trataba de mi prima Carla, si no podía confiar en ella, ¿en quién podía?

—No sé, Carmen... Todo eso que me cuentas me parece muy raro. Lo mejor será que no vuelvas a comentarlo con nadie, ni siquiera conmigo. No deberíais hablar sobre esas cosas... — me sermoneó con cara de preocupación.

—Pero ¿y qué hago? No puedo mandarla callar...

—Intenta no escuchar nada. Tú mírala, pero piensa en cualquier otra cosa. Asientes con la cabeza y ya está. Hazme caso, conozco a gente que se ha metido en líos por hablar de lo que no debe. Acuérdate, por ejemplo, de lo que le pasó al tío Rogelio.

Lo único que yo sabía del tío Rogelio es que hacía un par de años, se lo llevó la Guardia Civil un día al caer la noche. Después de eso, nunca más lo volvimos a ver por el pueblo. La única explicación que me dio mi madre fue que eso le pasaba por meterse en donde no debía, pero ¿me podía llegar a pasar a mí lo mismo que al tío? La sola idea de que un guardia se presentase un día en casa preguntando por mí ya me atemorizaba. Nunca pasaba nada bueno después de eso.

—¿Al tío se lo llevaron por hablar de cosas de mujeres? —pregunté preocupada.

—No. Fue algo más que eso... Pero da lo mismo. Que la señora quiera enseñarte a leer, Dios sabrá por qué, es una cosa, pero hablar de cosas que no debemos es otro cantar...

Yo seguía sin entender nada, pero me resigné a asentir con la cabeza. No volvería a hablar de estas cosas ni con mi prima ni con nadie más. Se acabó.

Cuando, finalmente, llegamos al parque del Retiro, todos mis temores y preocupaciones se desvanecieron de repente. No podía creer que, en medio de esa horrorosa ciudad, existiese un lugar así de bonito y lleno de luz. ¡Parecían los jardines de un palacio!

El resto del día lo pasamos riendo y paseando del brazo por aquel majestuoso parque. Cuando nos entró hambre, compramos unos bocadillos y listo, a seguir disfrutando del día. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba así...

Con el paso del tiempo, Madrid me fue resultando cada vez menos malo. Hasta el humilde barrio en el que vivía mi prima me parecía precioso. Nada tenía que ver con la distinguida zona en la que yo estaba, pero había algo en ese barrio que me cautivaba y que incluso, me recordaba al pueblo.

Su gente, los vehículos y los grandes edificios cada vez resultaban menos aterradores, aunque

todavía seguía sin soltarme del todo. Solo acudía a casa de mi prima cuando ella venía a recogerme y por mí misma, solo me movía por los alrededores de San Bernardo lo justo y necesario para ir a misa y hacer los recados que me mandasen.

Por otro lado, intenté no prestar atención a las palabras de Doña Rosario cuando trataba de hablarme sobre cosas raras, pero cada vez me resultaba más difícil no escucharla. Me ponía muy nerviosa cuando de repente, en medio de una lectura, bajaba la voz para explicarme alguna cosa que yo no entendía, pero no podía evitar sentir curiosidad por todo lo que contaba.

Muchas veces, no veía había nada malo en sus explicaciones, pero otras, hasta yo me daba cuenta de que, por alguna razón, no era un tema de conversación apropiado. Sin embargo, también empecé a darme cuenta de que no era solo la señora a la que le encantaba hablar sobre cosas que no debía.

Cuando llegaba a casa Don Emilio y les servía la cena en el comedor, a veces no podía evitar escuchar algunos comentarios inapropiados hacia el Estado. Normalmente, me pedían que me retirase justo antes de ciertas conversaciones, pero incluso desde la cocina, podía escuchar a veces sus quejas.

Para acallar mi conciencia, acababa rezando temerosa en mi cuarto todas las noches por los señores y para que nada malo nos pasase a ninguno. También, rezaba por mis hermanos y mi madre, de los que no había sabido nada desde que me fui del pueblo.

Cuando mis dotes de lectura fueron avanzando, pese a mi enorme torpeza, le pedí a la señora que me ayudase a escribir una carta para mi familia. Mi madre era de las pocas mujeres del pueblo que había tenido la suerte de aprender bastante bien a leer y a escribir, así que no tendría ningún problema en responderme.

No dejaba de resultarme curioso que la educación de mi madre estuviese muy por encima de la mía. Claro que, eran otros tiempos y para los que nos había tocado crecer en la postguerra, definitivamente, los libros no eran lo más importante que llevar a la mesa.

La respuesta de mi madre tardó bastante en llegar y a pesar de que no contaba mucho en su carta, me alegró saber que todos estaban bien y que mis hermanos pequeños tenían muchas ganas de verme pronto. Sin embargo, pese a las buenas noticias, no pude evitar llorar a escondidas durante los días siguientes.

Seguía echando de menos a mi familia y a mi pueblo y a pesar de que Madrid me resultaba cada vez menos malo, todavía no podía dejar de odiar la ciudad porque por su culpa, me habían alejado de todas las personas que yo más quería.

Un día, la señora me descubrió llorando dentro de un armario. Casi me muero de la vergüenza, pero total, qué más me daba seguir ocultando lo triste que estaba.

—¿Qué te ocurre, criatura? —me preguntó dándome un abrazo inesperado.

—Señora, la verdad... Me da mucho apuro todo esto. No se preocupe, ya se me pasará.

—Echas de menos a tu familia. Es eso, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, aunque en realidad, era mucho más que eso. La cruda realidad era que me habían obligado a estar en un lugar en el que no quería estar y me llenaba de rabia no poder hacer nada al respecto. Una rabia que nunca había sentido hasta entonces, pero que cada vez iba haciéndose más grande.

—No te preocupes. Cuando llegue la Navidad, podrás irte un tiempo con tu familia. Eduardo y yo estamos pensando en ir a Francia a visitar a unos familiares y amigos durante las fiestas, así que por aquí no serás necesaria durante un par de semanas —me respondió con una sonrisa, dándome palmaditas en la espalda para tranquilizarme—. Eres tan madura que a veces olvido que apenas eres una niña, pero ¡fuera las penas! Sécate esas lágrimas y vamos a comer. A partir de ahora, comeremos juntas cuando mi marido no esté—me dijo, guiñándome un ojo.

No sé qué me sorprendió más, si su compasión, la increíble noticia de que en unos meses volvería a estar con mi familia o que ahora esa loca quería que comiese junto a ella en la misma mesa. De igual modo, me limpié las lágrimas con la manga y seguí sus órdenes.

Definitivamente, me había tocado la señora más loca de toda la capital, pero que Dios me perdonase, me encantaba.

Rebuscando en el pasado

Villa Blanca (Cuenca) – Actualidad

Llevamos dos horas buscando no sé muy bien qué, sin encontrar nada más que polvo y trastos viejos. Definitivamente, ha sido una estupidez venir hasta aquí y traer a Julio conmigo. No sé qué esperaba descubrir...

—¡Julio! ¿Has encontrado algo nuevo? —pregunto casi a gritos desde la habitación contigua.

—Solo ropa vieja y un crucifijo enorme que da muy mal rollo ¿Y tú?

—Sigo revisando los álbumes de fotos, pero no encuentro nada raro. Las mismas fotos que mi abuela me ha enseñado desde niña, en las que no conozco a casi nadie. Vicente podría ser cualquiera de estos, pero nunca podría saberlo... —Me fijo en una fotografía de lo que parece ser una boda en la que aparece mi abuela entre un montón de gente—. Encima, la calidad de las fotos de aquella época es malísima.

—¿Y qué esperabas? ¿Encontrar una foto de tu abuela de joven dándose el lote con algún desconocido? Si hasta las fotos de su boda son de lo más secas y aburridas...

—Ya. No sé...

—Bueno, también podrías volver a preguntarle a tu abuela enseñándole el álbum y jugar a quién es quién.

—Mmm... Después de cómo se puso la última vez, no creo que deba. Por cierto, vuelve ya, que me da no sé qué estar en esta habitación aquí sola.

—¡Voy! ¡Ah! ¡Su puta madre! Me cago en... —le oigo gritar tras producirse un fuerte ruido.

—¡Julio! —Me acerco deprisa a la habitación en la que se encuentra—. ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

Trato de guardarme la risa porque sé que acaba de hacerse daño tropezándose con algo, pero

es que a ver cómo le digo que ya puede ir buscando la manera de disculparse con su novio porque acaba de destrozar, ahora sí que sí, su traje por completo.

—¡Te sangran las rodillas! Menuda leche que te has metido...

—Vámonos ya, María. Te juro que esta casa está maldita. Primero lo del fantasma del principio y ahora esto. Porque no creas que fue un okupa, no. ¡Fue un fantasma! ¿Tú le viste la cara? ¿A que no?

—Anda... Mejor, vámonos de aquí, sí —respondo entre risas. Pobre Julio, siempre se lleva lo peor.

—Un momento... —Se detiene al observar el suelo—. Creo que me he tropezado con esto... Estas tablas están sueltas...

—Ya. El parqué está hecho un asco. Tenemos que cambiarlo un día de estos, ¡pero venga! ¡Vámonos! Antes de que vuelva el fantasma... Uuuuuh —trato de asustarle, arrastrándole por detrás.

—Espera, María. Aquí hay algo.

Me siento en el suelo a su lado mientras saca a la fuerza una de las tablas del parqué. A punto estoy de advertirle que ya puede ir pensando en volver otro día a arreglarme el suelo, cuando me doy cuenta de que, efectivamente, parece haber algo escondido ahí abajo.

De la nada, Julio empieza a sacar un montón de papeles llenos de polvo. Un momento... No son simple papeles... ¡Son cartas!

—¿Qué narices significa todo esto? —me pregunto a mí misma echando un vistazo a los sobres que van saliendo.

1957, 1958, 1959... Si no me equivoco, todas estas cartas son de la época de cuando mi abuela era muy joven. ¿Por qué las escondió?

—Lee alguna, ¡vamos! Me muero de la curiosidad —insiste Julio.

—No sé si está bien... Son cartas privadas.

—Vamos a ver, María... Le acabas de robar las llaves del coche a tu madre para colarte en la antigua casa de tu abuela sin permiso y buscar entre sus cosas. ¡Así que no me vengas ahora con que las cartas son privadas!

Cierto. Había traspasado tantos límites esa noche que leer unas cuantas cartas ajenas ya no resultaba tan malo dentro del número de ilegalidades que acababa de cometer.

—Además, es esto lo que andabas buscando ¿no? Respuestas.

—Pero no sé si todo esto tendrá algo que ver. A lo mejor no es nada...

—¡Por el amor de Dios! Trae pa' acá.

Julio me arranca a la fuerza las cartas de las manos y escoge la más antigua, de 1957. A simple vista, mi abuela tendría en aquella época unos diecisiete o dieciocho años. Con esa edad, ¿con quién podría estar escribiéndose cartas? Que yo sepa, no conoció a mi abuelo hasta los diecinueve.

Sin esperar ni un segundo más, Julio abre la carta y la coloca en el suelo entre los dos. Comienza a leerla en voz alta, pero enseguida, la sorpresa hace que vaya bajando más el tono de su voz hasta que nos quedamos los dos leyendo en silencio con los ojos bien abiertos.

Querida Carmen:

Sé que no actué bien la última noche que nos encontramos. Me dejé llevar por la pasión y por mis sentimientos hacia usted, perdiendo toda mi sensatez. Le ruego que me perdone por dejarme llevar frente a su belleza y su naturalidad que, desde el primer día, me robaron el corazón.

Sé que piensa que pertenecemos a mundos distintos y que nuestros caminos no pueden ser más dispares, pero se equivoca porque desde el día en el que rocé sus labios con los míos, sé con absoluta certeza, que mi mundo ya no puede existir sin el suyo.

Por ello, le ruego que me espere hasta que termine mis estudios en la Universidad para volver a por usted y si acepta mi perdón y mi atrevida osadía, llevarla a Francia conmigo.

Sé que puede resultar disparatado y que, probablemente, piense que no estoy en mi sano

juicio, pero le aseguro que soy capaz de casarme con usted en la iglesia de su pueblo mañana mismo, con tal de poder llevarla conmigo.

No espero una respuesta temprana a esta carta, ya que soy consciente de que hay alguien más en su vida luchando por su corazón. Tan solo le ruego que mientras tanto, no me olvide, de igual manera que yo no la olvidaré a usted, porque no habrá puesta de sol en París que me haga olvidar la belleza de sus ojos y mi incondicional amor por todo su ser.

Siempre suyo:

Alejandro

—¿Quién narices es ahora Alejandro? —pregunto en voz alta, asombrada al terminar de leer la carta y fijarme en la firma.

—Pues si no lo sabes tú, cielo... —responde Julio, también absorto por lo que acabamos de encontrar—. Estoy flipando. ¿Cuántos novios crees que tuvo tu abuela en secreto? Un tal Vicente que se marcha a Australia, este tal Alejandro que se va a Francia... ¡Tu abuela era una rompecorazones de película!

No sé qué pensar, pero dudo que fuera así. Más bien, apostaría que fue justamente al revés y que la que acabó con el corazón roto al final de la película, fue ella.

Me muero de ganas por continuar leyendo el resto de las cartas, pero obligo a Julio a levantarse del suelo para subir al coche enseguida. Faltan solo un par de horas para que mi madre se levante para ir a trabajar y como no esté de vuelta el coche a esa hora, no quiero ni pensar lo que puede pasar.

—Vamos, Bond. Ya hemos encontrado lo que buscábamos —insisto para que me dé las cartas de vuelta y nos demos prisa.

—Un momento... Es que creo que todavía quedan más. El suelo sigue abultado por aquí, ¿lo ves?

—¿Más?

Resolviendo mi pregunta, Julio termina de levantar las tablas de alrededor, ya sin el más mínimo cuidado. Sin embargo, lo que encontramos no es para nada lo que esperamos.

Ni más cartas ni fotografías escondidas. Lo que acaba sacando Julio del suelo es un suave pañuelo de terciopelo de color azul en el que hay envuelto el anillo más bonito que he visto en mi vida.

—¡Joder! ¡María! —exclama mi amigo sosteniéndolo con cuidado.

Me quedo un buen rato observando aquella maravilla con la boca abierta. No tengo ni idea de joyas, pero desde luego, esta parece ser buena, aunque lo que verdaderamente nos llama la atención, es el pedrusco que tiene en el centro.

—¿Qué cojones...? Julio, ahora sí que sí, vámonos ya. Ayúdame a recogerlo todo, los álbumes también, y nos piramos de aquí.

—Mira esto, María. Seguro que vale un pastizal...

Mi amigo acaba de limpiar la gruesa capa de polvo del anillo con la manga de su camisa, descubriendo que aquel pedrusco es, además, de color azul. Aquella pieza no es solamente preciosa, también brilla una barbaridad.

—Estoy hecha un lío. Vámonos de aquí cuanto antes.

No se me ocurre ninguna razón por la que mi abuela hubiese escondido un anillo bajo el suelo. Una cosa son viejas cartas de amor, pero esto...

Claro que no tengo ni puñetera idea de joyas, pero si el anillo no fuese valioso, ¿por qué esconderlo? Aunque en el caso de ser valioso, ¿por qué no lo guardaría en una caja fuerte?

Se acabaron los secretos. Ahora sí que sí, necesito que alguien me explique quién narices es mi abuela porque, de verdad, yo ya no sé qué pensar.

En el silencioso camino de vuelta, apenas pronunciamos palabra alguna durante el viaje. Conociendo a Julio, debe estar barajando en su cerebro cualquier historia absurda que resuelva todo este misterio. Yo, por mi parte, no tengo ganas de hablar ni de sopesar posibles respuestas.

Ya no quiero imaginarme historias, quiero saber la verdad.

¿Vicente y Alejandro son la misma persona? ¿Cuántos amantes tuvo mi abuela de joven? ¿Fue una ladrona de joyas? Me duele la cabeza tan solo de pensar en la cantidad de preguntas que me gustaría hacerle ahora mismo.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Julio, rompiendo el silencio al llegar a la puerta de su edificio.

—Supongo que tendré que hablar con mi madre para contarle lo del okupa y lo que hemos encontrado, aunque no creo que ella sepa algo de todo esto... Con lo que es ella con las cosas de valor, estoy segura de que no estaría tranquila guardando una cosa así bajo el suelo.

—¿Entonces? ¿Volverás a intentar hablar con tu abuela?

—Seguramente... Aunque, antes dormiré unas cuantas horas —respondo entre bostezos.

—Bueno... Mantenme informado, baby. ¿Vale? —se despide de mí dándome un abrazo.

Al llegar a casa, descubro que mi madre todavía no ha salido de su habitación, aunque debe estar a punto de hacerlo.

Sigilosamente, guardo los álbumes, las cartas y el anillo en el armario de mi cuarto y me tiro en la cama. Estoy tan cansada y abrumada, que enseguida me acabo durmiendo entre incógnitas y misterios que acaban acompañándome en sueños.

Siete horas más tarde, la vibración de mi móvil acaba despertándome. Al principio, lo ignoro, pero la insistencia de quien sea que me esté llamando no tarda en mosquearme.

A ciegas y sin abrir todavía ningún ojo, busco con la mano el móvil a tientas, y de manera totalmente automática, deslizo el dedo sobre la pantalla para contestar.

—¿Sí? —pregunto, llevándome el teléfono a la oreja con torpeza.

—María... ¿dónde estás? —me pregunta la inconfundible voz de mi madre en tono extraño.

—En mi habitación. ¿Por? —Trato de abrir los ojos poco a poco y espabilar para

concentrarme.

—Hija... Tienes que venir al hospital.

—¿Qué ha pasado? —pregunto alarmada, levantándome rápidamente de la cama—. ¿Estás bien?

—No soy yo... Es la abuela.

Recuerdos

Cuando era pequeña, mi abuela solía recogerme del colegio todos los días. Siempre con los bolsillos llenos de Sugus, aunque nunca me diese más de uno al día.

Después, me llevaba a casa a merendar y me preparaba un maravilloso bocadillo de jamón o Nocilla, según se diese el día y antes de que llegase mi madre de trabajar, me dejaba ver la tele un rato sin agobiarme por los deberes o por prepararme para ir a clase de natación.

Cuando mi madre le regañaba por consentirme demasiado, ella siempre respondía lo mismo.

—¡Deja a la niña que disfrute mientras pueda! —decía, haciendo refunfuñar a mi madre.

Recuerdo con cariño aquellas meriendas como si no hubiese pasado el tiempo a la vez que echo de menos aquellos veranos en el pueblo junto a ella mientras mis padres se quedaban en Madrid trabajando.

Todos los años pasaba lo mismo. Lejos de mis padres, mi abuela me consentía tanto que siempre me tocaba completar mis cuadernillos Rubio a toda velocidad el último día para fingir que había estado haciendo los deberes de verano a diario.

Cuando murió mi padre, mi abuela también estuvo ahí todo el tiempo, apoyándome y dejándome su hombro derecho para llorar, mientras que, en el izquierdo, sostenía a una hija que había perdido a su marido.

Ella había pasado ya por ambas situaciones. Sabía qué era perder a un padre demasiado pronto, pero también lo que era despedirse de un marido antes de tener canas.

¿En qué hombro lloraríamos a partir de ahora mi madre y yo si mi abuela no sigue aquí para consolarnos? Con todo lo que ella ha hecho por nosotras dos... Me duele muchísimo no poder hacer nada ahora mismo para devolverle toda la vida que ella nos ha dado.

Se trata de un dolor que ya conozco y de una impotencia por la que tengo ganas de gritar, aunque apenas me salgan palabras por la boca. Lo que es nuevo es la culpa tan grande que siento

por haber sido la causante de esta situación. Tengo miedo de haber matado a la persona que más quiero en el mundo.

—Por favor, María, siéntate —me pide mi madre en la sala de espera del hospital en la que no hago más que andar en círculos.

Me acerco a ella para sentarme a su lado, pero apenas puedo aguantar un minuto quieta en el asiento.

—No puedo —respondo levantándome de golpe—. Creo que... Necesito salir un momento.

A toda velocidad, salgo a la calle con el tiempo justo para vomitar por los nervios detrás de un arbusto y no en plena puerta de Urgencias. Cuando muy dignamente me limpio con un pañuelo de papel que encuentro en el bolsillo y salgo de mi escondite, me encuentro con la cara de disgusto de mi madre.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—¿A ti te parece que estoy bien? —contesto sin pretender sonar demasiado borde.

—Creo que tenemos que hablar.

—Ah, ¿ahora quieres hablar? ¡No me lo creo! —respondo subiendo el tono de voz.

—María, por favor... —me ruega, cogiéndome de la mano y no pudiendo evitar derramar un par de lágrimas.

No recuerdo cuándo fue la última vez que vi a mi madre llorar, así que decido no seguir discutiendo en aquel momento y seguirla hasta sentarnos en un banco cercano.

—Sé que estos últimos días han sido... —comienza a hablar.

—¿Horribles? —continúo su frase.

—Sí, horribles. Verás... —Coge aire—. La sola idea de perderte... de que te vayas lejos... me asusta. Me da pánico quedarme sola. ¿No te das cuenta de que no tengo a nadie más que a ti? Aparte de la abuela que ya no...

—Todavía no ha muerto, ¿vale? —interrumpo—. Así que no se te ocurra seguir hablando como si ya le hubiésemos enterrado —concluyo con voz firme.

—Lo siento —se disculpa secándose las lágrimas con un pañuelo que saca del bolso—. Tienes razón. Perdóname, María.

Esto sí que es una novedad. No estoy acostumbrada a que mi madre se disculpe conmigo después de una gran bronca entre nosotras. De hecho, siempre soy yo la que al final, tiene que ceder para intentar arreglar un poco las cosas. Pero, en vez de aprovechar la ocasión para aceptar sus disculpas y dejar atrás el tema, otorgándome a mí misma la victoria, no puedo evitar sentirme mal con todo esto. Soy yo la que debería estar disculpándose.

—No, mamá... Perdóname tú a mí —le ruego, comenzando a destruir la coraza que había tratado de mantener todo el día—. Todo esto es culpa mía.

—María, no...

—Déjame terminar, por favor. Fui yo la que fue corriendo a la habitación de la abuela con la historia de irme a Australia. Antes de eso, ella estaba bien. ¡Estaba perfecta! Perdóname, por favor... Lo siento. Lo siento mucho...

Ya no puedo aguantar más la fingida fortaleza y me derrumbo completamente en un mar de lágrimas, arropada por el abrazo inmediato de mi madre. ¿Cuánto hace que no me abrazaba así?

—María, mírame bien, por favor, y escucha. Tú no tienes la culpa de nada —me dice con una mano en mi mejilla, obligándome a mirarla a los ojos.

—Pero...

—¡No! No hay ningún pero. Si irte a Australia es lo que necesitas para ser feliz, ¡vete, hija! Entonces, no te quiero aquí conmigo. Fui una egoísta por no escucharte. Tengo mucho miedo de quedarme sola y de perderte, pero sobre todo, tengo miedo de no ser capaz de perdonarme nunca a mí misma que seas infeliz por mi culpa. Todavía eres joven para soñar, para vivir sin responsabilidades y descubrir qué quieres hacer con tu vida. ¡Vete a Australia! ¡Vete adonde te

dé la gana!

No puedo creer que mi madre me esté diciendo todo esto, como tampoco puedo creer lo que me oigo decir a mí misma a continuación.

—Ya no sé si quiero irme... Yo tampoco quiero ser una egoísta y dejarte a ti. Y sobre todo ahora que por mi culpa la abuela está en el hospital... —rompo a llorar nuevamente.

—María, por favor. Métete esto en la cabeza: Tú no tienes la culpa de nada. Sabes que tu abuela tiene problemas de corazón desde hace años. Además, fui yo la última persona que fui a visitarla y no esperaba tener que explicártelo todo de esta manera, pero veo que no tengo más remedio que hacerlo. Para que se te meta en la cabeza que nada de esto es tu culpa.

¿Ahora? ¿Ahora me iba a explicar por qué la abuela se había puesto así? Sobre todo, cuando yo todavía no había sido del todo sincera con ella y ni le había contado que anoche estuve en la casa del pueblo. ¡Y menos aún que robé su coche o lo que encontré bajo el suelo!

—Mamá, antes de todo, hay una cosa que tengo que contarte...

—Primero, escúchame tú a mí ahora. Que la abuela se pusiese así cuando le contaste lo de Australia no fue una casualidad ni un despiste debido a la edad. Hay una historia detrás... La verdad, no sé muy bien qué es lo que pasó, pero hace tiempo que sé que el abuelo no fue el único hombre en su vida. Ni seguramente, la persona a la que más quiso.

—¿Qué quieres decir? ¿Tenía un amante? —pregunto asombrada por la increíble revelación. Al parecer, mi madre sabe mucho más de lo que yo pensaba.

—No exactamente... Fue antes de conocer al abuelo. Verás... Hace muchos años, cuando tú eras todavía muy pequeña, descubrí unas cartas en el pueblo. Fue sin querer, pero no pude evitar ojear los sobres. Estaba ayudándola a buscar su monedero por los cajones de su habitación... Bueno, eso ya da lo mismo. El caso es que, al principio, pensé que eran viejas cartas que el abuelo le escribió, pero enseguida me di cuenta de que el nombre del remitente no era el suyo.

—¿Te acuerdas de quién era? —pregunto enseguida para confirmar el nombre que tengo en

mente.

—Vicente. La verdad, hace mucho tiempo que me olvidé de ese nombre. En aquel momento, en cuanto le enseñé las cartas a la abuela, me las quitó muy enfadada y apenas las tuve entre mis manos más de diez segundos, pero cuando me contaste el otro día lo que pasó y cómo nombró de la nada a un tal Vicente... Me acordé de su nombre. Algunas de esas cartas eran de él.

—¿Algunas?

—Había otras cartas escritas por otro hombre. No me acuerdo de su nombre, pero te puedo asegurar que tampoco era el nombre del abuelo.

Pero yo sí sabía cuál era el otro hombre que había escrito a la abuela. No podían tratarse de otras cartas, tenían que ser las mismas, a pesar de que, con la emoción del momento, ni Julio ni yo nos diésemos cuenta de que, entre todas esas cartas, había dos remitentes distintos.

—¿Te das cuenta ahora? —me pregunta mi madre, percatándose de que llevo unos segundos pensativa y en silencio, tratando de unir todas las piezas en mi cabeza—. Tú no tienes la culpa de nada. Yo también le pregunté hace años quién era ese tal Vicente, y también se comportó de manera rarísima.

—Pero contigo no acabó en el hospital.

—¡Ni contigo tampoco! Fui yo la que última persona que la visitó, pero ¡te juro que estaba perfecta cuando me fui! Estaba completamente lúcida y su mente no volvió a confundirse como le pasó contigo. Cariño, lo que le ha pasado a la abuela no tiene nada que ver con todo esto. Ya tenía problemas de corazón desde hace años y que le haya pasado esto, justamente, después de nuestras visitas, ¡ha sido pura casualidad!

—Pero... Cuando fuiste a visitarla el otro día, ¿te contó quiénes eran esos hombres?

Ahora que estaba siendo sincera conmigo, necesitaba llegar al fondo de toda esta historia. Mi conciencia estaba algo más tranquila, pero no mi necesidad de saber quiénes eran Vicente y Alejandro en realidad.

—Solo me dijo lo que ya intuía, que el abuelo no había sido el único hombre en su vida y que antes de él había habido otros dos hombres, pero nada más. Te prometo que no sé nada más. ¡Ah, bueno! Y que puedes estar tranquila. El árbol genealógico de la familia sigue intacto —continúa explicando con una sonrisa torcida—. Inconscientemente, he hecho los cálculos. Ni el tal Vicente ni el otro hombre, fuese quien fuese, pudieron ser mi padre.

—¿Sospechabas que el abuelo no era tu padre? —pregunto sorprendida.

—¡Por supuesto que no! Pero es imposible no imaginarse mil escenarios al descubrir algo así. De todas formas, piensa que, en realidad, no es nada raro que tu abuela hubiese conocido a otros hombres antes del abuelo. Tiene derecho a haber tenido una vida antes de casarse, ¿no?

Tiene toda la razón. Toda esta historia cada vez me parece menos misteriosa y más mundana. ¿Quién no sale con personas diferentes antes de casarse? Muy poca gente se casa con su primera pareja. Seguramente, mi madre también lo ha hecho, aunque sin dejar rastros en forma de cartas como pruebas de amores pasados.

De repente, me acuerdo de un último detalle sin aclarar.

—Y cuando encontraste las cartas hace años... —pregunto, siendo muy específica—. ¿Encontraste algo más?

—Pues no...

—Ninguna fotografía o... yo qué sé... alguna otra cosa de alguno de los dos...

—Hija, ¿qué más esperas que encontrase? ¿Su DNI o alguna flor disecada? ¿Su ADN?

Un anillo de oro precioso con un pedrusco de color azul, me dan ganas de responder. Pero por alguna razón, no digo nada más, sino que me quedo callada pensando en silencio.

Cuando volvemos a la sala de espera del hospital, me da por mirar el móvil un momento y me doy cuenta de que tengo cinco llamadas perdidas de Julio. ¿Qué querrá? Nunca suele llamarme por teléfono, siempre me envía mensajes por WhatsApp o audios. Tampoco le he contado todavía que estoy en el hospital por mi abuela, lo cual hace que sea todavía aún más raro

que me llame tanto.

Justo cuando me meto en el baño para devolverle la llamada, Julio se me adelanta volviendo a llamarme.

—¡Por fin me lo coges! —me reprocha nada más contestar al móvil.

—Perdona, tenía el móvil en silencio. No me pillas en muy buen momento... Estoy en...

—No me importa dónde estás, solo dime que has guardado muy bien el anillo.

—¿Eh?

—María, ¿dónde coño lo has guardado? Dime que lo tienes contigo ahora mismo.

—No... Está en casa —respondo extrañada.

—Ok, en tu casa, pero ¿dónde? ¡No lo habrás dejado por el suelo como haces con toda tu ropa!

—Julio, ¡en casa! ¡Yo qué sé! Creo que lo guardé en el armario. Estaba sobadísima cuando llegué. No lo sé. ¿Se puede saber qué bicho te ha picado? —respondo un poco enfadada.

—Necesito que vayas ahora mismo y hagas una prueba. Echa el aliento sobre el anillo hasta empañar la piedra. Después, cuenta cuántos segundos tarda en desempañarse completamente. ¡Rápido!

—No puedo ahora mismo. Además, ¿para qué?

—Para ver si se trata del tipo de anillo que he encontrado en Internet. Si es así, debería tardar en desempañarse cinco segundos. ¡Ni uno ni dos! ¡Eso significaría que es un zafiro, tía! No cualquier pedrusco.

—Julio, de verdad... Ahora no.

Estoy acostumbrada a las películas de mi amigo y me fascina su imaginación, pero ahora mismo, no estoy preparada para que me narre una historia de detectives sobre un anillo robado en el siglo XIX que de manera misteriosa ha llegado a mis manos.

—Ok, como quieras —me responde muy serio sin dejarme contestar nada más—. Solamente, echa un vistazo a lo que te acabo de pasar por WhatsApp y luego me dices si vale la pena o no comprobar si ese anillo es del chino del barrio o una joya que vale más que nuestras vidas.

Así, sin más, me cuelga por primera vez en la vida, dejándome con la palabra en la boca.

Justo ahora que acabo de ‘arreglar’ las cosas con mi madre, ¿mi mejor amigo se enfada conmigo por una tontería? ¡Es lo que me faltaba! Y en el momento en el que más le necesito a mi lado... Por favor, que acabe ya esta pesadilla.

Entre el enfado y las ganas de echarme a llorar nuevamente, abro el enlace que me acaba de pasar y empiezo a leer la noticia. Sin embargo, tan solo la foto principal de la noticia ya llama toda mi atención. Se trata de un anillo idéntico al que encontramos la noche anterior. Misma forma de la piedra, mismo cuerpo, mismos colores...

Un escalofrío me recorre el cuerpo. ¿Podría ser el mismo? No, es imposible. El artículo dice que se trata de un anillo que lleva desaparecido unos sesenta años. Sé que las posibilidades son tan remotas que no debería ponerme nerviosa, pero ahora entiendo por qué mi amigo Julio no necesitó ni cinco minutos para llamarme después de encontrar este artículo. ¡Es Julio! Para él esto es como una golosina para un crío y el anillo de la imagen es tan idéntico...

En ese momento, tomo una decisión repentina y salgo del baño deprisa. Ya no pienso seguir dando rodeos. Guardarme lo de Australia durante tanto tiempo casi acaba conmigo, así que no pienso guardar más secretos.

—Mamá, ¿has visto alguna vez un anillo como este?

9

Sueños

Madrid – 1957

Con la llegada del calor, Madrid era cada vez más insoportable. Tampoco es que me gustase mucho el frío, pero ¡Jesús! Seguía sin acostumbrarme al calor seco de sus calles llenas de gente.

Habían pasado ya cuatro primaveras desde que me mudé a Madrid y acababa de cumplir diecisiete años y la verdad, seguía prefiriendo mi pueblo a la capital. Siempre que podía disfrutar de un par de días libres, iba corriendo a visitar a mi familia. Les echaba de menos contantemente.

A quien ya no tenía apenas ganas de ver era a mi hermana Rosa. Desde que me mudé a Madrid, la “Doña ocupada” solo me había visitado un par de veces al año. Casi la veía más en las reuniones familiares del pueblo que en la capital y eso que, en realidad, no vivíamos tan lejos. Aunque, por otro lado, su última excusa para no verme tenía más sentido que nunca: Acababa de tener un bebé.

Por aquella época, ya me atrevía a moverme sola por Madrid un poco más que al principio. De hecho, si quería ver a mi única sobrina, no me quedaba más remedio, ya que mi hermana no tenía ninguna intención de desplazarse con la cría en brazos.

Cada vez soportaba menos sus aires de superioridad ahora que acababa de dejar de trabajar para dedicarse a la maternidad y a cuidar de su marido y su hogar, pero por tan solo ver la carita regordeta de mi Raquel y hacerla partirse de risa con el “cucú tras”, merecía la pena aguantar a la seca de mi hermana por un par de horas.

—Ya verás, dentro de unos años, sabrás lo que es sacrificarse por tu familia y entenderás que no hay nada más importante que tus hijos y tu marido —me dijo un día que estaba de visita, como exculpándose a sí misma por haberme desatendido por completo durante el último año.

Ganas de mandarla a hacer puñetas era lo que me entró en aquel momento. ¿Qué iba a saber

yo acerca de sacrificarse por la familia? Nada, absolutamente nada, claro... Mi hermana debía de pensar que estaba en Madrid de vacaciones y que el que hubiese aprendido a limpiar, cocinar y cuidar de niños pequeños antes que a leer había sido una decisión mía, ¿no?

Decidí no responder. ¿Para qué? Todavía conservaba la educación de señorita que me había dado mi madre en casa y me sentía incapaz de replicar a mi hermana mayor.

A diferencia de la fría relación que mantenía con Rosa, con mi prima Carla, todo era diferente. A pesar de que me sacaba unos cuantos años más, estábamos muy unidas y nos veíamos siempre que podíamos. Ya me había habituado a hacer el camino hasta su casa de Vallecas y si por cualquier razón se me hacía demasiado tarde para volver a casa de los señores, me quedaba a dormir con ella hasta el día siguiente. Eso sí, siempre avisaba de antemano a la señora Rosario para que no se preocupase por si no me veía volver por la noche. Así lo hice uno de los días en los que quedé con Carla un viernes por la tarde y al tener el resto del día libre, era probable que no regresase hasta el día siguiente.

—Carmen, ten mucho cuidado por ahí... Recuerda, no estés sola por esas calles en ningún momento y que tu prima vaya a recogerte a la parada. Y si puedes estar de vuelta por la tarde, ¡mejor que mejor! Que ya sabes lo poco que me fío yo de esos barrios...

—Sí, señora. No se preocupe —respondí con una sonrisa al salir por la puerta—. Usted, por si acaso, no me espere despierta que ya sabe que yo me sé cuidar muy bien. No se preocupe.

—Ya, ya... Ala hija, pasa un buen día —se despidió de mí, viéndome marchar desde la entrada.

Con el paso del tiempo, la señora había ido comportándose conmigo más como una madre que como lo que en realidad era, mi jefa. De hecho, hasta había decidido contratar a otra sirvienta, llamada Merche, mucho más mayor que yo para que cargase con las tareas más duras de la casa y que a mí me quedase algo de tiempo al día para seguir mejorando en la lectura.

La verdad es que había mejorado muchísimo leyendo y escribiendo gracias a sus clases,

aunque todavía no era capaz de leer novelas demasiado complejas y era bastante lenta.

De todo esto, poco solía hablar con mi prima, ya que ella no estaba de acuerdo con el trato especial que me daba la señora. Según ella, no hacía más que meterme ideas raras en la cabeza que podían ser peligrosas. Además, opinaba que era una auténtica pérdida de tiempo aprender a leer en vez de mejorar en la costura, por ejemplo, ya que estaba claro que no iba a impresionar a mi futuro marido por ser capaz de leer una novela de Jane Austen.

Antes de llegar al parque en el que había quedado con mi prima, me di cuenta, al pasar por enfrente del estanco, que me había olvidado de comprar los sellos que me había encargado el señor esa misma mañana. Como no pensaba tardar más de cinco minutos, decidí entrar.

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo ayudarla? —me saludó el dueño del local nada más entrar.

Se me hizo raro que el dueño se dirigiese directamente a mí. Como siempre solía ir por las mañanas, estaba acostumbrada a que, con el ajetreo del día, siempre me atendiese un joven que andaba por ahí echando una mano mientras el dueño se dedicaba a otras labores o atendía a gente más distinguida.

—Buenos días. Quería unos cuantos sellos para mandar cartas al extranjero.

—¿A dónde, exactamente? —me preguntó el dueño con una mirada inquisitiva.

—A Francia.

El semblante y la seriedad de aquel hombre me ponían de los nervios. Sin preguntar nada más, se fue hacia dentro del local y me trajo unos diez sellos.

—¿Así está bien? ¿O necesitas más?

—Mmmm... ¿Puede enseñarme otros modelos?

—¿Otros?

—Sí, es que estos... —No sabía muy bien cómo decírselo. Con el muchacho de siempre no

hubiese sido necesario explicar nada más.

—¿Tienes algún problema con los sellos del Caudillo, niña? —me preguntó entonces de manera agresiva.

—No, no señor... Es que no son para mí... —traté de salvar la situación, sin darme cuenta de que estaba empeorándolo todo.

—¿Y para quién son? ¿Para quién trabajas?

Sabía perfectamente que no podía decirle a ese hombre la verdad. No podía contarle que mis señores no estaban de acuerdo con el régimen franquista y que, por eso preferían no usar sellos con la cara de Franco estampada. Hubiésemos acabado todos en un buen lío o incluso en el calabozo.

Ya estaba a punto de echarme a llorar aterrada por la gran metedura de pata y de encomendarme a la virgen cuando de repente, apareció el joven que otras veces solía entenderme, entrando desde el almacén.

—¡Buenas tardes, Lucía! ¿Vienes a por más sellos para tu señora? ¡Pero si ya no debe tener más espacio en el álbum!

—Vicente, ¿conoces a esta chiquilla? —le preguntó el dueño enfurecido, mientras yo seguía en silencio conteniendo las lágrimas como podía.

—¡Claro! Trabaja para una señora ricachona que vive aquí al lado. Seguro que has oído hablar de ella alguna vez. Se dice que es íntima amiga del cuñado de Franco, ¡aunque la vieja debe estar rondando ya los noventa años! ¿No, Lucía? —se dirigió a mí, aunque sin esperar ninguna respuesta por mi parte—. Pobre mujer, se quedó viuda a los treinta y desde entonces, posee una fortuna que no sabe ni cómo gastar. Ni siquiera llegó a tener hijos y...

—¡Corta un momento, muchacho! Entonces, ¿por qué no quieres estos sellos? —me volvió a preguntar el dueño, casi volviéndome a gritar.

—¡Pues porque ya los tiene! Veras, a esa señora le encanta coleccionar sellos y de hecho,

cualquier cosa... ¿No me decías el otro día que ahora también le había dado por coleccionar muñecas? —me preguntó, guiñándome un ojo sin que el enfurecido dueño se diese cuenta.

Yo, que no había dicho una mentira en mi santa vida, solo me atreví a asentir con la cabeza por cobardía, pero fue suficiente para que el muchacho siguiese con su disparatada historia.

—Pero ¿y por qué me dijiste que los querías para mandar cartas a Francia? —me volvió a preguntar el dueño, aunque comenzando a calmarse un poco.

—¡Ah! Eso son cosas de la vieja —respondió de nuevo el muchacho por mí—. ¿A dónde me dijiste que te dijo que iba a mandar cartas la semana pasada?

—Eh... A la India —respondí aleatoriamente sin pensarlo.

El muchacho comenzó entonces a reírse.

—¿Lo ves? ¡A quién va a querer escribir esa vieja que viva en la India!

—Bueno, bueno... Está bien. Pero chica, ten más cuidado con cómo dices las cosas —Yo afirmé con la cabeza, asustadísima por dentro y deseando salir de ahí cuanto antes—. Vicente, búscale tú los sellos. Voy a ver si yo acabo con el inventario y puedo irme a mi casa en paz.

—Sí, claro. ¡Marche tranquilo!

Sin cruzar casi ninguna otra palabra entre nosotros, el joven dependiente me sacó unos cuantos sellos de imágenes de flores y plantas que pagué rápidamente casi sin mirar. A esas alturas, me habría llevado cualquier cosa con tal de salir de ahí cagando leches.

Cuando por fin salí del estanco, comencé a andar lo más rápido que pude para alejarme. Entonces, casi al final de la calle, escuché un grito detrás de mí.

—¡Espera! —me gritó el joven dependiente antes de lograr alcanzar mi paso. —Joe, ¡sí que caminas rápido!

—¿Qué quieres? Perdona, pero tengo que marcharme...

—Vaya, pero si ya vuelves a hablar —me respondió con una sonrisa divertida—. Tranquila,

solo quería saber, después de todo lo que ha pasado ahí dentro, cómo te llamas en realidad. Lucía es un nombre precioso, pero seguro que el tuyo es aún más bonito —me dijo, contemplándome de cerca con sus ojos azules a los que, hasta entonces, no había prestado mucha atención.

—Oye, mira... Muchas gracias por todo lo que has hecho por mí, de verdad, pero en serio, me tengo que ir.

Era verdad. Llegaba ya muy tarde al encuentro con mi prima y después de lo que acababa de pasar, solo quería salir de allí corriendo por temor a que ese señor cambiase de idea y decidiese llamar a la policía en cualquier momento. Además, no estaba acostumbrada a hablar con ningún chico y menos a solas.

—Bueno, no pasa nada. Si no me lo quieres decir, ¡lo averiguaré! El mío es Vicente —me volvió a guiñar un ojo de manera seductora.

—Eh... Encantada, Vicente y perdón... ¡Adiós!

Y así, sin más palabras, me largué de allí corriendo y sin mirar atrás, dando la espalda al rubio más guapo con el que había hablado en la vida y al que probablemente, también le debía mi vida aquella tarde. Creo que, aquella noche, fue la primera vez que soñé con él.

Preguntas

Desde que me dijo su nombre, no pude dejar de pensar en él durante el resto de la semana. Vicente... Hasta su nombre me parecía precioso. El por qué no me había llamado la atención en el estanco hasta aquel incidente era todo un misterio. Era guapo, simpático, con oficio y me había sacado de un buen lío. ¿Se habría fijado él en mí antes de aquel día? Era poco probable, ya que mi aspecto era de lo más normal.

Durante los días siguientes, no pude evitar asomarme a escondidas por la parte exterior del local cada vez que pasaba por esa calle, pero desgraciadamente, no le volví a ver por allí. Me preguntaba entonces dónde se habría metido. El no verle no hacía más que agrandar mi curiosidad.

Una noche, justo antes de dormir, abandoné mi ratito de lectura para pensar en él e imaginarme cómo sería el volver a verle de nuevo. Acabé quedándome dormida, encontrándome en sueños con él.

Nunca olvidaría sus penetrantes ojos azules mirándome con descaro, sus músculos brillando a la luz de una puesta de sol imaginaria y como en medio de un sofoco, me desperté de golpe en mi cama con la ropa interior completamente mojada.

Casi no podía mantener la respiración. El corazón me latía más deprisa que nunca y definitivamente, no era normal el calor que estaba teniendo de repente. Estaba ardiendo, por lo que me levanté de la cama para ir a por un vaso de agua urgente para refrescarme. Al volver a mi cuarto, me tumbé de nuevo y fue cuando noté que mi ropa interior estaba mojada.

Lo primero que pensé es que se trataba del periodo, aunque estaba casi segura de que todavía no me tocaba. Sin embargo, al cambiarme de muda, descubrí que se trataba de algo diferente. Creía que me había meado encima, pero era raro porque la cama no estaba mojada y el líquido que tenía era diferente. Así que, entre la curiosidad y el miedo, me senté en el borde de la cama y llevé mi mano a mis partes más íntimas.

Justo al rozarme con el dedo índice, sentí un escalofrío y al volver a prestar atención al líquido que embadurnaba mis dedos, me extrañé aún más. Sin pensarlo, volví a tocarme ahí abajo y sentí el placer más extraño que había sentido en la vida. Un placer totalmente desconocido y que evidentemente, debía de estar prohibido.

Enseguida paré, me limpié bien ahí abajo y volví a intentar quedarme dormida, no sin antes rezar un par de padres nuestros. No sabía qué era todo aquello que estaba sintiendo, pero si de algo estaba segura, es que eso no podía estar bien y que algo malo me estaba pasando.

Al día siguiente, a punto estuve de preguntarle a la señora si debía ir al médico, pero evidentemente, me daba una vergüenza terrible tener que confesar lo que había sentido al rozar mis dedos por aquella parte de mi cuerpo. Decidí callar durante un par de días, hasta que me encontré con mi prima Carla y nos fuimos a pasear por un parque cercano.

Le había estado dando bastantes vueltas al asunto hasta que, finalmente, me atreví a realizar la pregunta que llevaba bastante tiempo rondándome por la cabeza y que, de alguna manera, intuía que tenía que ver con lo que me había pasado aquella noche.

—Oye, Carla... ¿Cómo se queda una mujer en cinta? —le pregunté directamente, tomándola totalmente por sorpresa.

—¡Ay, María y José! ¿Y a santo de qué me preguntas tú esto ahora?

—Necesito saberlo Carla... Sé que no está bien hablar de estas cosas, pero mi madre nunca ha querido ni mencionar el tema y quiero saberlo. ¡Ya tengo diecisiete años! No soy una niña —Insistí—. Dime, por favor, ¿se necesita a un hombre para que eso pase, ¿no?

La cara de Carla era todo un poema. Sonrojándose cada vez más y hablando en voz muy bajita, trató de explicarme brevemente, lo poco que ella sabía.

— Sí, Carmen... Se necesita un hombre.

—Pero... ¿Tienes que estar muy cerca de él? Quiero decir... No te puede dejar preñada solo por pensar en él o hablarle, ¿no? —pregunté, tratando de ocultar lo asustada que estaba.

—No, a ver... —Estaba clarísimo que Carla no se había encontrado en una así en su vida, pero quería ayudarme, a pesar del mal rato que estaba pasando—. Tú tienes animales en el pueblo, ¿no?

—Sí...

—¿Y has visto alguna vez el parto de alguno?

—Una vez vi el parto de una vaca. De hecho, tuvimos que avisar al vecino para que nos ayudase porque la pobre estaba teniendo problemas.

—Bien, eso sirve. ¿Viste de dónde salía el ternero?

—De la madre... —No entendía a dónde quería llegar mi prima hablando ahora de animales.

—Pues en las mujeres es igual —zanjó la explicación sin añadir nada más.

Lo cierto es que no entendí absolutamente nada, pero asentí con la cabeza como si acabase de comprenderlo todo. Pero ¿cómo llegaba el ternero a la tripa de la madre? Y el agujero de donde salía... Era imposible que las mujeres tuviésemos uno igual. Sin embargo, no me atreví a preguntar nada más.

—De todas maneras, Carmen, cada vez estás más rara.

—¿Por qué lo dices?

—Ahora quieres saberlo todo y a veces, hablas de cosas de las que sabes que no debemos hablar. Yo creo que la señora para la que trabajas te está metiendo ideas raras en la cabeza. Tienes que decirle que no quieres seguir leyendo con ella cosas extrañas y que te deje en paz.

Aquel comentario me molestó bastante. Cada vez me gustaba más leer y era cierto que iba sintiendo más curiosidad por las cosas y me surgían muchas preguntas, pero ¿cómo si no iba a entender las cosas de las que hablaban los libros?

—Déjalo, Carla... Tú no lo entiendes —respondí con rabia sin ocultar mi molestia.

—Ah, ¿no? ¿Ahora soy yo la que no sabe nada? Mira guapa, que ahora sepas leer no te ha

vuelto ni más lista ni mejor en esta vida.

—¿Por qué me dices eso? —No entendía el porqué, de repente, la conversación se había vuelto casi una discusión.

—Porque estoy harta de que me hagas preguntas y de que te empieces a comportar como si fueses mejor que el resto. Si todavía eres una cría, qué sabrás tú...

—¡Eso es mentira! Yo no hago eso...

—Ay, mira ¿sabes lo que te digo? Que, a partir de ahora, te responda tu señora a todas tus preguntas. A ver si ella sabe mejor que yo de dónde vienen los bebés...

No me dio tiempo a decir nada más ni a disculparme por lo insensible que acababa de ser. ¿Cómo no me había dado cuenta? Carla llevaba años tratando de quedarse embarazada sin lograrlo. Quizás, ella tampoco sabía muy bien cómo se hacían los bebés, me planteé entonces.

Aguantándome las lágrimas con todas mis fuerzas, me dirigí a la casa. De todas formas, cada vez me regañaba más por todo. La vez anterior, se enfadó porque no le parecía bien que me sentase en la misma mesa de los señores para la cena. ¿Y a ella qué más daba? Al final, yo solo hacía lo que me mandaban y, a decir verdad, estaba mucho más a gusto comiendo con ellos que sola en una esquina de la cocina. Menos mal que no le había dicho nada sobre el incidente de los sellos ni sobre aquel joven.

—¡Hola, Rosa! —me sorprendió de repente alguien a mi lado.

—Perdona, se ha equivocado... ¿Vicente? —exclamé sin pensar al girarme hacia la persona que apareció de a mi lado.

—¡Te acuerdas de mi nombre! Siento no haber sido todavía capaz de averiguar el tuyo... ¿Silvia? —me preguntó con una sonrisa divertida.

—No, tampoco me llamo Silvia... —respondí con bastante timidez, acelerando el paso hasta mi portal.

—Bueno, seguro que ya me voy acercando... Oye, tú no sales mucho por aquí, ¿no? He

intentado averiguar tu nombre, pero no he dado con nadie que parezca conocerte.

—No... No soy de aquí —respondí de manera escueta.

—Ni yo tampoco, pero, aunque no seas de por aquí, te divertirás de alguna manera, ¿no? ¿Y de dónde eres? Andaluza no creo. No tienes acento. Yo soy de un pueblo de Cuenca.

Casualidades del destino, yo también lo era, pero no me atreví a confesarlo, pese a que tenía una gran curiosidad por saber de qué pueblo era él exactamente.

—Lo siento, ya he llegado a mi portal. Tengo que entrar, perdona.

—¡Caray! ¿Vives aquí?

—Bueno... trabajo en uno de los pisos. No es mío —respondí sin poder evitar reírme ante la idea que yo pudiese tener, realmente, una casa en un barrio como este.

—¿Sabes que tienes la sonrisa más bonita que he visto en la vida?

Ahí estaban, otra vez, esos penetrantes ojos azules que me habían hecho no poder dejar de pensar en él desde aquel día y esa sonrisa torcida que me ponía tan nerviosa y me aceleraba el pulso.

—Tengo que irme, lo siento. Me están esperando —mentí.

—¡Vale, vale! Solo déjame decirte una cosa más... Ya no trabajo en el estanco, pero no creo que el dueño te vuelva a montar ningún lío después de la excusa que nos inventamos sobre la supuesta vieja rica para la que trabajas.

Me dieron ganas de preguntarle dónde trabajaba entonces, si vivía por aquí cerca o por qué había cambiado de trabajo. Pero en vez de ello, callé una vez más y con una tímida sonrisa, entré en mi portal sin decir nada más, escondiendo mis mejillas sonrojadas.

—Espero poder encontrarme contigo un día en el que no tengas que salir corriendo... ¡Adiós, Carmen! —Se despidió a la vez que cerraba la puerta del portal a mi espalda.

Cuando él ya no me podía ver, no pude evitar reírme al escuchar de su boca mi verdadero

nombre. De repente, sentí la misma sensación de calor en el cuerpo que aquella noche, pero también un hormigueo y una sensación extraña por la cual no pude dejar de sonreír el resto del día.

Visita sorpresa

Al día siguiente de toparme por casualidad con Vicente en la calle, me encontré con otra sorpresa al servir el desayuno. Alguien llamó a la puerta de casa.

—Corre a abrir, Carmen —me pidió la señora Rosario cuando me encontraba sirviendo el café—. Quién será tan temprano...

—Buenos días —me respondió nada más abrir la puerta, un elegante joven con acento extraño que parecía bastante desubicado —¿Viven aquí Don Emilio y Doña Rosario? Hace años que no vengo por aquí. Espero no haberme equivocado de portal.

—Eh... sí, pero ahora mismo solo se encuentra la señora en casa ¿Quién le digo que pregunta por ellos?

—Oh, perdona. Soy Alejandro, su sobrino.

—Un momento, enseguida vuelvo.

Dudé sobre si al tratarse del sobrino de los señores le debería haber dejado entrar sin más, pero estaba segura de que nadie le esperaba. Así que, por si acaso, quise preguntar primero antes de meter la pata.

En cuanto solté por mi boca que había un tal Alejandro en la puerta, que afirmaba ser su sobrino, la señora tiró el café por todo el mantel y salió corriendo a su encuentro.

—¡Ay, Dios mío! ¡No me puedo creer que ya estés aquí! ¡No te esperábamos hasta dentro de dos semanas! —gritó Doña Rosario, abrazando a su sobrino y llena de alegría.

—Espero no llegar en mal momento. Adelanté mi viaje para daros una sorpresa —se explicó mientras me dejaba su chaqueta para guardársela.

—¡Nada de eso! Esta es tu casa, ya lo sabes —respondió la señora, dándole un cariñoso beso en la mejilla.

Había escuchado alguna vez hablar del adorado sobrino que había emigrado con el resto de la

familia a Francia por razones políticas que yo ignoraba. Sin embargo, no me imaginaba que fuese tal el cariño que le tenían los señores. Al menos, la señora Rosario parecía tratarle como si fuese su hijo. Lo que, de forma extraña, despertó en mí una especie de celos.

Tras guardar la chaqueta del señorito Alejandro, me dispuse también a llevar su equipaje a la habitación de invitados cuando bruscamente, él mismo me lo impidió.

—No hace falta que lleve mi equipaje, ya lo acerco yo a la habitación. ¡Pesa demasiado! —me dijo al quitarme la maleta de las manos.

No me gustó nada aquel gesto por muy caballeresco que pareciese. ¿Qué se pensaba este franchute? ¿Qué mis delgados brazos no eran capaces de llevar una simple maleta? Me tenía que haber visto llevar cestas de ropa o barreños de agua de una punta del pueblo a la otra desde bien pequeña. Ni de broma iba a dejar yo que ese señorito que se las daba de caballero me hiciese quedar mal delante de la señora.

—No se preocupe, estoy acostumbrada a llevar peso —le respondí, intentando coger la maleta de nuevo.

—Insisto, señorita. Muéstreme el cuarto de invitados que yo mismo llevaré mis pertenencias —me dijo con una sonrisa educada, sujetando la maleta con resistencia.

—Nuestro Alejandro es todo un caballero, ¿verdad? —intervino la señora.

No quise insistir más y solté el puñetero equipaje. Después, guí al invitado de honor a la habitación que ocuparía el tiempo que fuese.

—Pues esta será su habitación —le dije sin ocultar mi enfado al abrir la puerta y deseando por dentro que no se quedase mucho tiempo—. Me temo que no hay nada preparado y puede que encuentre algo de polvo. Es lo que pasa cuando se llega de visita sin avisar con antelación. Le traeré toallas y sábanas limpias dentro de un rato.

No sé de dónde salió aquella chulería. Jamás me había comportado así con nadie, ni mucho menos con alguien de categoría superior a la mía que ni siquiera conocía, pero ardía de rabia por

dentro. Probablemente, mi atrevimiento se debía a que intuía que Alejandro tenía tan solo un par de años más que yo.

—Disculpa si mi visita le ha resultado una molestia en la organización de sus tareas. No se preocupe por el cuarto, está perfecto. Le aseguro que no notará mi presencia en la casa y trataré de molestar lo menos posible, señorita...

—Carmen —respondí, aún con el gesto torcido, sin abandonar mi visible enfado.

—Carmen. No se me olvidará su nombre.

Puse los ojos en blanco y le di la espalda para salir de la habitación. El sobrinísimo me estaba cayendo realmente mal.

—Le dejo para que se instale —zanjé, cerrando la puerta.

—Un momento, Carmen... —Me detuvo.

—¿Necesita algo más? —pregunté sin ocultar de nuevo mi molestia.

—¿He hecho o dicho algo que le haya ofendido? Si es así, le doy de nuevo mis sinceras disculpas.

Por su expresión, parecía que, verdaderamente, le preocupaba lo que yo podía pensar y eso me descolocó por completo. ¿Qué más le daba si me había molestado en algo?

—No se preocupe. Me voy a la cocina a ayudar a la cocinera a preparar la comida. Habrá que avisarle de que ahora somos uno más en la mesa. No se preocupe, le traeré las toallas y todo lo que necesite en un rato. Con su permiso, me retiro.

Durante la comida, noté que el señorito Alejandro no hacía más que fijar sus ojos en mí. Seguramente, no debía estar acostumbrado a comer con una sirvienta sentada en la mesa, así que le sugerí a la señora no estar presente en el resto de las comidas mientras tuviesen visita.

—¡Tonterías! Estamos en familia y tú ya, prácticamente, formas parte de ella —me respondió.

Durante la cena de aquel día, tampoco dije palabra alguna e intenté, todo el tiempo, evitar la

curiosa mirada del invitado, quien relataba sus hazañas con orgullo ante sus tíos, volviendo a fijar su mirada en mí cada cierto tiempo.

¿Era cosa mía o aquel tipo me miraba demasiado? De todas formas, parecía que nadie más se daba cuenta de ello. Los señores no dejaban de alabar las buenas notas que su adorado sobrino estaba teniendo en la Universidad y solo tenían ojos para él. Algo que, de alguna manera, me seguía molestando un poco... ¿Estaba teniendo celos de él?

Estaba claro que, por mucho que dijese la señora que yo ya pertenecía a la familia y el cariño que sabía que ambos me tenían, yo no me apellidaba Ruiz. Yo era la sirvienta de los Ruiz y como tal, debía volver a la realidad y hacerme a la idea de que a pesar de haber ido recibiendo cada vez más atenciones por parte de los señores, yo pertenecía a un mundo muy distinto al suyo.

Una vez acostada, no conseguí concentrarme en la lectura ni tampoco logré dormirme al abandonar el libro. Hacía mucho que no tenía problemas para conciliar el sueño. Solía dormir del tirón a no ser que algo o alguien rondase por mi cabeza.

Hasta entonces, el único chico que había ocupado mis pensamientos y perturbado mi sueño se llamaba Vicente, pero no sabía por qué, parecía ser que ahora era el señorito Alejandro quien preocupaba a mi conciencia.

Decidí que un vaso de leche me calmaría un poco aquella noche, así que acabé levantándome de la cama para servirme uno. Lo que no me esperaba es que, al llegar a la cocina, nuestro invitado estuviese allí también, justamente, sirviéndose un vaso de leche.

—¡Ah! ¡Jesucristo! ¡Qué susto! —grité al encontrármelo entre las sombras de la cocina.

—¡Oh! Perdóneme, Carmen. No quería asustarla. Vaya, parece que no hago nada más que meter la pata con usted desde que he llegado.

—No. No se disculpe de verdad. Yo ya me voy. Solamente venía a por un vaso de leche, pero da lo mismo...

No me podía creer que me hubiese topado con el señorito en camisón y con esas pintas. ¡Ni

siquiera llevaba bata alguna!

—Por favor, no se vaya... Déjeme servirle al menos el vaso de leche por el cual se ha levantado —me dijo cogiéndome de la mano y guiándome caballerosamente para que me sentara en una butaca.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo en cuanto rozó sus dedos con los míos. Aquello estaba totalmente fuera de lugar.

—No, no... Yo no debería... —insistí, tratando de soltar su mano, pero una vez más, su cabezonería volvió a ganar la batalla y me forzó a sentarme en la butaca mientras me servía un vaso de leche.

—Eso debería estar haciéndolo yo, señorito...

—Por favor, llámeme, Alejandro directamente. No me gusta tanta formalidad.

¿Y qué iba a ser lo siguiente? ¿Pasar a tutearnos? Sin más remedio, acepté su vaso de leche, le di las gracias y me dispuse a salir de allí lo más rápido posible.

—Por favor, no se vaya. Tómese la leche aquí conmigo y hágame compañía. Se lo ruego —me pidió con una sonrisa que, una vez más, me dejó sin otra opción que obedecerle, aunque esta vez, no sin rechistar

—Sabe que esto no está bien, ¿verdad? No deberíamos estar aquí los dos solos a estas horas de la noche y con estas pintas...

De repente, me quedé sin voz al percatarme de sus pintas, de su atractivo y de su cuerpo. De cómo su pelo moreno y desmelenado nada tenía que ver con su repinado aspecto del día. Tenía el pecho casi al descubierto por su ancha camisa remangada que dejaba ver sus fuertes brazos. Sus ojos oscuros no paraban de mirarme todo el tiempo, e incluso me pareció que me hizo un descarado repaso de arriba abajo, a pesar de no abandonar cierta galantería.

—No se preocupe, le puedo asegurar que soy todo un caballero. Ya ha oído a mi tía esta mañana —me dijo de manera educada, dando un largo trago de leche entremedias—. Además, le

aseguro que está increíblemente preciosa así. Mucho mejor que con el uniforme y si me lo permite, mucho mejor con el pelo suelto.

Por amor de Dios, ¿por qué diantres tenía tanto calor pese a lo expuesta que estaba en camisón? Me sentía totalmente vulnerable, nerviosa, acalorada, enfadada por su descaró y falsa galantería, pero, sobre todo, asustada por su atrevimiento.

—No me gusta cómo me mira —respondí sin pensarlo.

Desconocía, por completo, de dónde salía aquella valentía. Esa no era yo. La tímida Carmen que no era capaz ni de dirigir más de tres palabras seguidas a un chico, no sabía dónde estaba. Él, como respuesta, se rió ante mi comentario y siguió mirándome, sin importarle lo que yo dijese.

—¿Por qué está tan a la defensiva conmigo? —me preguntó, levantándose de su asiento y acabándose su vaso de un trago.

¿Por qué un simple vaso de leche me estaba haciendo sudar tanto? No sabía qué diantres me estaba pasando.

—Porque no me fío de usted —respondí levantándome yo también de mi asiento e imitándole a él, terminándome mi vaso de leche en un último trago. Sin embargo, mi tremenda chulería me costó una mala pasada al derramar un ligero chorro de leche por mi comisura.

La tímida Carmen se habría muerto de vergüenza y se habría limpiado la boca con una servilleta rápidamente, marchándose de ahí cuanto antes, pero la irreconocible Carmen se limpió los restos de leche de la boca con el dedo índice lentamente y se lo relamió, metiéndose suavemente el dedo en la boca hasta no dejar rastros de leche.

No tengo ni idea de por qué actué así. Si fue el Diablo quien se apoderó de mí en aquel momento, las novelas románticas que estaba leyendo últimamente o la rabia contenida. Mi primer instinto fue quedar por encima de él, pero descubrí que acababa de producir otro efecto distinto en él.

—Carmen... En contra de todo lo que estoy sintiendo en este momento, le ruego que no haga

eso, por favor —me pidió Alejandro bastante serio, dando un paso hacia mí.

—¿Por qué? —pregunté con la más absoluta inocencia, dejando de relamerme el dedo que había recogido los restos de leche de mi rostro.

—Porque usted no sabe... No tiene ni idea de...

—¿Por qué? —insistí.

De repente, le había puesto nervioso a él también y divertida ante esta nueva situación ya que, nunca antes había puesto nervioso a un chico, di un paso más hacia él, quedando a escasos centímetros el uno del otro.

—Por esto —respondió, cogiendo de repente mi mano y posándola en el agrandado bulto de su pantalón.

Casi se me sale el corazón, pero llevada por mis impulsos, aún sin saber qué demonios estaba haciendo, rodee su bulto con toda mi mano y lo palpé sin timidez.

—Ah... Carmen... —susurró Alejandro acercándose a mi oído, soltando un fuerte suspiro. Después, me sujetó el rostro con sus manos y sin esperar ni un segundo más, me dio mi primero beso de la manera en la que jamás me había imaginado que sería.

Nada tenía que ver con las escenas de novelas románticas que había leído hasta entonces, ni con los recatados besos de las bodas a las que había asistido. En los labios de Alejandro no había delicadeza ni romanticismo. Había pasión, fuego, calor... Su lengua jugaba con la mía con fuerza, mientras me mordía el labio de vez en cuando y recorría mi cuerpo con sus manos, tocando partes de mi cuerpo que ni yo misma había palpado. Pero, de repente, en mitad de todo ese calor y de toda aquella locura, me di cuenta del gran pecado que estaba cometiendo.

Me encerré en mi cuarto asustada y enfadada conmigo misma por lo tonta que había sido al dejarme llevar de esa manera. ¿Era esto de lo que te prevenían las madres al evitar que nos quedásemos a solas con un chico? ¿Me podía quedar embarazada por aquella tremenda estupidez? No podía creerme lo estúpida que había sido al caer en una trampa como esa, de la

que tanto me habían prevenido toda la vida.

Traté de contar hasta cien para calmarme, pero ¿cómo iba a ser capaz de tranquilizarme cuando mi cuerpo parecía pedir a gritos algo que yo no entendía y mi ropa interior volvía a estar completamente empapada?

El baile

Durante la siguiente semana, no volví a dirigirle la palabra al señorito Alejandro. Le evité todo el tiempo, aunque no fue difícil, ya apenas estaba en casa. Los días se los pasaba recorriendo Madrid con su tía y por las noches, no volvimos a encontrarnos salvo a la hora de cenar. Desde luego, ya no pensaba volver a levantarme a por un vaso de leche nunca más.

Dudé entre si confesar mis pecados al cura de la iglesia o, por el contrario, guardármelos para mí misma. Por el momento, rezaba por mi cuenta cada vez que pensaba en lo ocurrido aquella noche y decidí guardar penitencia: la de no divertirme por un tiempo.

Nunca me sentí más sola que en aquellos días en los que nadie pasaba apenas por casa y seguía sin tener noticias de mi prima. Pensé en ir a visitarla en algún momento, pero me daba miedo que siguiese enfadada conmigo. Entonces, me di cuenta de que aparte de mi prima, no tenía a nadie más en la capital.

Me había pasado los últimos cuatro años sin querer conocer a nadie, asustada por no poder fiarme de nadie, tal como me habían dicho que hiciese. Había dedicado mi vida solamente a trabajar y a aprender a leer casi a escondidas y, aún así, había metido la pata. Me había dejado llevar en un momento de debilidad que podía haber arruinado mi vida para siempre, pero eso no volvería a pasarme.

Dos semanas después, Carla se presentó por sorpresa en la puerta de mi edificio, tan guapa y reluciente como siempre y ajena a mis quebraderos de cabeza.

—Vengo a disculparme, Carmen —me dijo nada más invitarla a entrar en la casa. Era domingo y la familia se había ido a visitar Toledo, así que pudimos hablar tranquilamente en el salón.

—Perdóname a mí, Carla. Lo siento mucho... Soy una tonta por hacerte tantas preguntas y meterme donde no me llaman.

—Supongo que es normal que sientas curiosidad... A veces olvido que ya no eres una niña. Mírate, ¡ya estás hecha toda una mujer! Anda, tonta, dame un abrazo.

No pude evitar soltar un par de lágrimas al abrazarla. ¡Dios santo! Cuánto le había echado de menos en tan solo unas semanas...

—Pero ya está, ¡fuera lágrimas! Que hoy vengo a invitarte a la verbena de tu vida para hacer las paces.

—¡Qué cosas dices, Carla! —exclamé entre risas. Nunca había ido a ningún baile ni a ninguna fiesta en Madrid.

—Es hora de que la gente de esta ciudad vea lo guapa que es mi prima y lo bien que baila.

—Pero ¡qué tonterías! Si yo nunca bailo —contesté riéndome de tal disparate.

—Pues, ¡con más razón! Es hora de que pongas un pie fuera de esta casa y te diviertas un poco

—¿Lo dices en serio? —pregunté con asombro—. Mi madre se escandalizaría si me viese bailar con algún desconocido.

—¿Y cómo espera entonces tu santa madre que consigas un buen novio algún día si no?

Sabía que tenía razón. Había estado aislada demasiado tiempo y tenía que empezar a salir un poco.

—Pero... No tengo nada que ponerme.

—Algo encontraremos, reina. Tú déjame todo a mí. Hoy no están los señores en casa, ¿verdad? Pues *ea*, vamos a tu cuarto que hay mucho que hacer.

No puse ninguna resistencia a que mi prima me revolviese el armario y me hiciese probarme los pocos vestidos que tenía, una y otra vez. Tampoco me resistí a que hiciese con mi pelo lo que le diese en gana, pero cuando sugirió entrar en el cuarto de Doña Rosario para coger un poco de su maquillaje, casi me da un parraque. Aun así, lo hicimos. Me dejé llevar por la risa contagiosa

de mi prima y la dejé hacer conmigo lo que quería. Cuando se dio por satisfecha con el resultado, me dejó por fin, mirarme en el espejo.

—Hija mía, vas a volver loco a más de uno esta noche... —me dijo, contemplándome de arriba abajo.

El vestido que llevaba no era ninguna novedad, pero al añadirle un cinturón negro, me hacía una cinturilla que ni yo misma sabía que existía. El pelo me lo había dejado rizado, pero no alborotado, recogiendo la parte de delante con una pinza y dejando suelto la parte de detrás. En cuanto al maquillaje... En mi opinión, se había pasado un poco con el colorete, pero como era la primera vez que usaba maquillaje, tampoco me recargó demasiado. Ni siquiera utilizamos pintalabios, eso ya hubiese sido demasiado para alguien no acostumbrada a arreglarse.

Una vez listas, la siguiente parte del plan consistió en esperar a Jesús, el marido de Carla y a un compañero suyo de trabajo a que nos recogiesen. Si hubiese sabido todo eso desde el principio, me habría negado en rotundo al plan, pero ya no había marcha atrás.

—¡No te preocupes que todo va a ir requetebién! Jesús me ha prometido que va a traer un buen muchacho para ti, aunque no os dejaremos solos en ningún momento, por supuesto.

Yo no tenía mucha confianza, pero ¿qué podía hacer a esas alturas? No tardaron mucho en llamar a la puerta y en presentarme a un joven (no tan joven) llamado Miguel.

—Bueno, ¿qué te parece? —me preguntó mi prima al oído, cogiéndome del brazo al salir del coche en el que nos habían recogido.

—Carla, está cojo... —No quería ser cruel, pero me salió sin más.

—Bueno, ¿y eso qué más da?

—¿Cómo que qué más da? Pues que, entre que yo no sé bailar y él está cojo, ¡qué vamos a hacer!

—¡Pues que te invite a una copita de vino! No juzgues por las apariencias, Carmen. Miguel es el capataz de mi Jesús. Tiene un buen sueldo, es un buen hombre y tiene ganas de formar una

familia. Además, está claro que le has encantado. Mira cómo te mira...

¿Cómo me miraba? El pobre hombre parecía estar más asustado que yo y eso que yo estaba a punto de desmayarme de los nervios...

Nada más llegar a la verbena, el ambiente me encantó y me asustó a partes iguales. La música, las risas, la gente... Todo era nuevo para mí.

—Bueno, ¿qué? Invita a la chiquilla a una copilla o a algo, ¿no? —le dijo mi prima a Miguel sin ninguna vergüenza—. Que yo me voy mientras tanto a bailar con mi Jesús.

Creo que nunca había visto a mi prima más feliz que en aquel momento. Al contemplar la felicidad de Carla al bailar, despreocupada de todos los problemas que tuviese en su matrimonio, me olvidé por un momento de que tenía a Miguel al lado. Parecía que a pesar de las discusiones de pareja de las que yo estaba un poco al tanto, seguían tan enamorados como desde el día de su boda.

Un pequeño carraspeo me distrajo del baile de mi prima y me encontré a Miguel ofreciéndome una copa de vino.

—Muchas gracias... —le agradecí educadamente.

Mentiría si dijese que intenté iniciar una conversación. La verdad es que no tenía ni idea de qué hablar con él, pero él tampoco pronunció ni mu, así que me dediqué a beber durante casi todas las canciones que tocó la orquesta.

—¿Quieres otra? —me preguntó Miguel cuando me acabé la primera copa, percatándome de que seguía teniendo compañía al lado.

—Vale... —respondí no muy segura.

Yo, que no había bebido una gota de alcohol en la vida hasta ese momento, ya me encontraba mareadilla. Tras la tercera copa, no sé si fue por el aburrimiento o por el vino, le pedí a Miguel que me sacase a bailar y él, totalmente colorado, no supo decirme que no. Ahí fue cuando me volví a acordar de que el pobre hombre era cojo, pues casi le tuve que sujetar yo a él para poder

seguir el ritmo.

—Disculpe, señorita ¿bailaría usted conmigo la siguiente canción? Si a su acompañante no le molesta, claro... —dijo de repente una conocida voz a mi espalda.

Cuando me giré, no me lo podía creer. ¡Era el joven rubio del estanco!

—Pero ¿qué haces tú por aquí? —le pregunté, nada más alejarnos del perplejo Miguel que no tuvo más remedio que echarse a un lado.

—Buscarte a ti, ¡por supuesto! Y rescatarte... —contestó Vicente con chulería, posando su mano izquierda sobre mi cintura y agarrando mi mano derecha con la suya para empezar a bailar un paso doble.

Después del incidente que tuve con el señorito Alejandro, casi me había olvidado de él.

—Por cierto, déjame decirte que estás increíble. Casi no te reconozco desde lejos, pero esa sonrisa... No hay ninguna igual —comentó mientras nos dejábamos llevar por la música de la orquesta.

—¿Tan mal estoy con el uniforme? —le pregunté directamente.

—¡Mucho más guapa que ahora! De hecho, por favor, te pido que hagas un moño y te pongas la cofia inmediatamente.

Me tuve que aguantar la risa como pude para que no asustarle con mis carcajadas de cerdito.

—¿Y no vas a seguir probando nombres conmigo?

—No, ya no. Estoy seguro de que te llamas Carmen.

—Ah, ¿sí? ¿Y de eso cómo estás tan seguro? —Ya no sentía nada de timidez al hablar con él. ¿Sería por el vino o porque se estaba ganando finalmente mi confianza?

—Muy sencillo, porque fui preguntando por tu calle.

—¿Qué dices? —pregunté asombrada.

—¡Y no veas lo difícil que ha sido aun así! Casi nadie te conoce por el barrio y ¡no me puedo

creer que hayamos coincidido justo aquí! No tienes pinta de salir mucho.

—¿Por qué lo dices? ¿Tan mal bailo? —le pregunté un poco preocupada.

—¡No! ¡Para nada! Es solo que... No sé, me habría sido imposible no fijarme en ti si hubiésemos coincidido antes.

—Quizás es que frecuentamos sitios distintos...

—Jajaja, ¡no lo creo! Yo frecuento TODOS los sitios. ¿No ves lo buen bailarín que estoy hecho?

Esta vez, no pude aguantarme la risa con su comentario. Era verdad. No solo bailaba bastante bien, sino que, además tenía un no sé qué por lo que parecía aún más guapo cuando bailaba y para colmo, no se estaba burlando de mi risa de cerdito, simplemente, me devolvía la sonrisa.

Tan empanada estaba con él mientras bailábamos y hablábamos que, no pude evitar perder el equilibrio más de una vez.

—¿Estás bien? ¿Quieres un poco de agua? —me preguntó cuando por tercera vez, tuvo que sujetarme con las dos manos de la cintura rápidamente para evitar que me cayese al suelo.

—Sí, por favor... He tomado un par de copas de vino antes y estoy un poco mareada.

—¿Solo un par? —me preguntó una sonrisa traviesa—. Entonces, desde luego que tienes que salir más.

Tras beberme el vaso de agua que me acercó, me di cuenta de que había perdido de vista completamente a mi prima y al resto del grupo, así que le pedí a Vicente que me acompañase a buscarlos. ¿No se suponía que iban a estar pendientes de mí todo el tiempo?

Mientras echamos a andar por las calles cercanas en su búsqueda, más de una vez, Vicente tuvo que volver a sujetarme porque no paraba de tropezarme con la acera, aunque tengo que confesar que, me estaba empezando a gustar que me sujetase.

—Será mejor que volvamos a la plaza. Por aquí no hay nadie —comentó cuando giramos por

una callejuela desierta.

—¿Es que tienes miedo de quedarte aquí a solas conmigo? —pregunté, juguetona, probablemente animada por el alcohol.

—Tienes que beber más a menudo, Carmen. Eres muy divertida —respondió él, riéndose de mi comentario.

—¿Me invitas a otra copa?

—No, lo que voy a hacer es llevarte a tu casa si no encontramos a tu prima y a su marido pronto.

—¡Jo! ¡Pero yo quiero seguir de fiesta! —grité, justo antes de caerme de bruces contra el suelo al tropezarme con una baldosa.

Esta vez, Vicente no consiguió evitar que me cayese, pero sí que acudió corriendo a levantarme del suelo, instante que yo aproveché para lanzarme y besarle.

Aquel momento fue totalmente distinto a mi primer beso. A pesar mi pequeña borrachera, recuerdo la breve sensación de nuestros labios acariciándose dulcemente, el hormigueo en el estómago y su mano acariciándome la mejilla cariñosamente, justamente antes de separarse de mí. Eso sí que fue un beso de novela romántica.

—Carmen... Esto no está bien. Deberíamos volver.

De repente, no pude sentirme más avergonzada. ¡Por qué había sido tan estúpida como para lanzarme! ¿Qué iba a pensar él de mí ahora? Sin pronunciar ni una palabra más, le seguí hasta volver a la plaza donde enseguida localicé a mi prima con su marido, sentados en un banco.

Justo antes de irme con la mirada fijada al suelo, sin tan siquiera querer despedirme, Vicente me agarró de la muñeca para evitar que desapareciese de allí corriendo.

—¡Un momento! ¿Te lanzas sobre mí y ahora no me dices ni adiós? —me preguntó divertido.

—No me he lanzado sobre ti, he perdido el equilibrio. Ahora, si me disculpas... Adiós —

respondí tratando de desaparecer cuanto antes. Mi prima ya acababa de echarme el ojo desde lejos.

—¡Es broma, mujer! No te pongas así, de verdad... Me gustaría pedirte salir un día. Puede venir tu prima con nosotros si quieres —me propuso esta vez, en tono serio.

Primera cita

Aquella noche, mi prima y su marido me llevaron en coche a la puerta de casa. A Miguel lo acabé perdiendo de vista en algún momento y no le volvimos a encontrar, pero nadie estaba preocupado. Sin embargo, Carla no paró de regañarme durante todo el camino por mi comportamiento.

¿Por qué daba igual que un hombre desapareciese en medio de una fiesta y no volviese, pero era tan escandaloso que yo hubiese estado fuera del alcance de su vista tan solo unos treinta minutos? No era justo.

No quise dar muchas explicaciones. Tenía sueño, estaba cansada y no me encontraba bien. Ya prestaría atención a su regañina otro día.

Cuando, finalmente, me quedé sola dentro del portal, pensé que ya había pasado lo peor de la noche, pero me equivoqué. ¡Nunca me había costado tanto subir unas escaleras! Tuve que quitarme las zapatillas para intentar ir en línea recta. Cuando vi que, pese a mi esfuerzo, todavía me quedaban bastantes escalones más, decidí sentarme en mitad de las escaleras para descansar solo un minuto.

Lo siguiente que recuerdo fueron unos ojos grandes y oscuros mirándome con cierta preocupación y un suave zarandeo. Me había quedado dormida sin querer y alguien me estaba levantando. Sin embargo, no pudo haberme encontrado cualquier amable vecino o sirvienta de la casa de al lado, no. Tuvo que encontrarme el señorito Alejandro...

—¿Está bien, Carmen? Menudo susto que me acaba de dar.

—Perfectamente, estaba descansado. Y ahora, si me permite... —Intenté levantarme sin su ayuda.

—¿Está borracha? —me preguntó al observar mi aspecto y cómo trataba de incorporarme.

—Para nada —respondí, todo lo digna que pude.

—Mejor le ayudo...

Sin poder ofrecer ningún tipo de resistencia, me cogió en brazos.

—¡Bájeme inmediatamente, Alejandro!

—Chsss... ¿Quiere que nos escuchen mis tíos y todo el edificio?

La verdad es que, gracias a su ayuda, pude llegar a mi cama en un periquete y sin despertar a nadie más.

—¿Qué hacéis aquí? Pensaba que volvíais de Toledo mañana por la mañana.

—Hemos vuelto esta noche al final. A mi tía le dolía un poco la cabeza y no se encontraba muy bien, aunque nada que ver con lo que le va a doler a usted mañana... Será mejor que beba agua. Ahora vuelvo.

Cinco minutos después, cuando ya estaba totalmente acomodada en mi cama y tapada bajo las sábanas, le vi con el rabillo del ojo llegar con un vaso de agua para mí. Opté por seguir haciéndome la dormida, ya la había liado suficiente esa noche.

—Ay, Carmen, Carmen... Me va a volver loco —le oí susurrar, sentado en el borde de mi cama mientras me acariciaba la mejilla hasta que me quedé completamente dormida de verdad.

Para mi desgracia, Alejandro tenía razón. A la mañana siguiente, no podía ni mantenerme en pie por el dolor de cabeza tan fuerte que tenía. Suerte que como nunca me había pasado nada parecido, la señora Rosario pensó que había cogido algún virus y me dejó descansar el resto del día en la cama.

Los días siguientes, continué evitando a Alejandro, pero por mucho que yo quisiese, no podía evitar sus miradas que me perseguían todo el tiempo mientras quitaba el polvo o servía las comidas. Si seguía así, los señores se iban a dar cuenta de que algo raro estaba pasando entre nosotros.

Por otro lado, Vicente volvió a aparecer una mañana de la nada, pillándome desprevenida en la puerta de mi portal.

—¿Dónde vas tan guapa? —me preguntó nada más verme.

—Buenos días a ti también —respondí sin poder evitar sonreír y ponerme colorada—. ¿Es que no te vas a cansar nunca de aparecer por sorpresa?

—Nunca.

Aunque tenía mucha prisa, disfruté de su compañía mientras me dirigía al mercado. En mi interior, agradecí enormemente que no sacase el tema de nuestro beso ni de sus últimas palabras antes de despedirnos en la verbena. Me moría de vergüenza con tan solo pensar en aquella escena. Por suerte, era muy sencillo hablar con él y entre bromas y risas, acabé aceptando tener una cita con él.

—¿Y a dónde me vas a llevar? Si se puede saber...

—Mmm... ¿Qué te parecería ir a tomar un chocolate y después dar un paseo por el parque del Retiro?

—Estupendo. ¡Me encanta el chocolate!

Lo más difícil fue convencer a mi prima Carla de que hiciese de carabina aquel día. Ella hubiese preferido que volviese a quedar con el soso de Miguel en vez de con un completo desconocido de igual pobreza que la nuestra.

—Háblame un poco de ti —le pedí mientras paseábamos en nuestra primera cita, cogidos del brazo por el Retiro y bajo la estricta mirada de Carla.

Era un poco raro que mi prima nos siguiese a dos metros de distancia, pero estaba tan a gusto con Vicente que, a ratos, se me olvidaba que Carla seguía ahí.

—Pues a ver, qué te puedo contar... Llegué a Madrid hace ya casi un año después de terminar el servicio militar. Ahora estoy trabajando en un taller, pero también hago algunas chapuzas aquí y allá, donde se puede.

Aquello me sorprendió. Pensaba que tenía más o menos mi edad, pero si acababa de terminar el servicio militar obligatorio, eso significaba que era mayor que yo.

—¿Por qué dejaste el estanco? —pregunté con curiosidad.

—Pues si te digo la verdad, no lo sé. Me ofrecieron este nuevo trabajo y acepté sin más. Supongo que me apetecía probar algo nuevo.

—Jo, ¡qué valiente eres! Yo me moriría de miedo al pensar en cambiar de trabajo ahora que estoy tan bien. Al principio no quería venir a Madrid, pero ahora ya después de cuatro años aquí, estoy cómoda.

—¿Y no te gustaría probar algo nuevo?

—¿Algo nuevo como qué? —pregunté. Lo único para lo que yo pensaba que valía en la vida era para limpiar, cocinar y cuidar críos.

—No sé... trabajar en otro lugar. O mejor, ¡en otro país!

—Uy, calla, calla... ¿Y cómo me iba a comunicar con la gente? No sé inglés ni ningún otro idioma.

—Ni yo, mujer ¡pero se puede aprender! Además, hay otros países donde también se habla español.

Recordé que hasta hacía un par de años, tampoco sabía leer ni escribir prácticamente. No me había resultado fácil aprender, pero al final, con esfuerzo, la constancia de practicar todos los días y la ayuda de Doña Rosario lo había conseguido. Pero hablar otro idioma... Eso ya era otra historia.

—Háblame de tu familia —le pedí—. No me puedo creer que seamos de dos pueblos vecinos. ¡Qué casualidad! Apuesto a que hemos tenido que coincidir alguna vez de chicos en algún lado.

—Pues espero que no lo hiciésemos... —respondió, poniendo mala cara—. La verdad es que yo no tengo tan buenos recuerdos de mi niñez como tú.

—¿Y eso?

—Mi familia es muy pobre... En casa teníamos que dormir en la misma habitación que los

animales. Todos los hermanos colocábamos las cabezas sobre los lomos de los burros, bien pegados unos de otros, aunque en invierno, era lo mejor para protegernos del frío. Además de todo eso, estaba la competición entre hermanos... Somos siete chicos y ninguna mujer más que mi madre. ¡Imagínate las peleas! Las discusiones y tonterías que tuvo que aguantar la pobre mientras nos criaba... Si uno no estaba atento, alguno te robaba la comida del plato sin que te dieras cuenta. Mi madre trató de controlar esas cosas al principio, hasta que ya se hartó de nosotros y la casa acabó volviéndose una batalla campal.

—¡Qué horror! —exclamé, a pesar de que sabía que su situación no era tan diferente de la de muchas otras familias de aquella época.

—¡Bah, tampoco era pa tanto. Uno se va volviendo más espabilado con estas cosas. Aun así, ahora nos llevamos más o menos bien entre nosotros. Mi madre descubrió que la mejor solución era ir sacándonos de casa uno a uno en cuanto veía que ya valíamos para trabajar. ¡Y ya paro de hablar yo todo el tiempo! Estoy seguro de que te estoy aburriendo con mis historias. ¡Cuéntame cosas sobre ti!

—¿Aburrirme? ¡Para nada! Tus historias son mucho mejores que las mías.

Me fascinaba escucharle. Cuando estaba con él, me olvidaba de mi timidez y del resto del mundo. Tanto fue así que, durante aquella tarde, el tiempo se me pasó volando y mi prima tuvo que interrumpirnos para avisarnos de que ya era hora de irnos.

Justo al despedirnos, Vicente me pasó a escondidas una nota que cerré rápidamente en mi puño sin que Carla se percatase.

—¿Y qué? ¿Qué te ha parecido Vicente? —le pregunté a mi prima al llegar a mi portal.

—No sé... Se le ve buena gente al muchacho, pero... —respondió Carla.

—Pero ¿qué?

—Pues sinceramente, creo que podrías aspirar a algo mejor. Se le ve muy trabajador, pero seamos sinceras, ese muchacho tiene menos perras que nosotras y eso ya es mucho decir... Con

la guapa que tú eres, creo que podrías conseguir a uno que te diese una mejor vida que esta. Como Miguel, por ejemplo.

—¡Ala, ya estamos con Miguelito!

—Pero bueno... Si a ti te gusta Vicente, no hay más que hablar. Al final, lo importante es que os queráis.

Aquella conversación me hizo reflexionar. Vicente me gustaba muchísimo y no me importaba seguir siendo pobre. ¿Qué malo había en seguir como hasta entonces? No pasaba hambre, tenía un techo bajo el que dormir y un trabajo en el que me trataban la mar de bien. No necesitaba nada más. Sin embargo, había cierto detalle que me hacía dudar.

Cuando pasaba tiempo con Vicente, jamás pensaba en el señorito Alejandro, pero es que cuando estaba cerca de Alejandro, tampoco pensaba en Vicente. Tenía la cabeza hecha un lío. Lo único que tenía más que claro, es que yo jamás podría llegar a ser nada más que un entretenimiento para Alejandro. Por lo tanto, en realidad, no había tanto a lo que darle vueltas. ¿No?

Al llegar a mi cuarto del paseo, lo primero que hice fue leer la nota arrugada que aún guardaba con fuerza en mi puño

Sábado. Cine. Te recojo en tu portal después de trabajar.

Me desilusionó un poco el hecho que no me hubiese escrito ninguna dedicatoria romántica, pero, por otro lado, estaba muy emocionada. ¡Nunca había ido al cine!

Tuve un poco de mala conciencia al darme cuenta de que Vicente se iba a gastar casi todo su jornal en invitarme al cine y más sabiendo ahora que la mayoría del dinero que ganaba iba directo a su familia. Pero ¡qué diantres! Me merecía empezar a salir de casa más a menudo. Ya tenía diecisiete años y si a este paso seguía encerrándome en casa sin disfrutar de mi juventud, iba a perder mis mejores años entre cuatro tristes paredes.

Cuando salí de mi edificio, ya arreglada y nerviosa para mi primera noche de cine, me

encontré a Vicente esperándome en la esquina de la calle, sonriéndome desde lejos al verme aparecer por fin. Tuve que disculparme por salir tan tarde. Doña Rosario me había estado entreteniendo, hablándome de un nuevo libro que había comprado y que, según ella, debía leer yo también en cuanto pudiese. Esperaba que, por culpa de ese retraso, no llegásemos tarde a ver la película.

Mi gran sorpresa fue que, al llegar al cine, no había ninguna película programada. El edificio estaba cerrado, pero, aun así, Vicente se dirigió a la puerta como si nada y llamó con los nudillos.

—¿Qué haces? No ves que está cerra... —No me dio tiempo a terminar la frase.

De repente, un joven abrió la puerta desde dentro y saludó a Vicente como si le conociese de toda la vida.

—Carmen, te presento a mi amigo Juan y a su novia Lucía —me dijo nada más entrar en el edificio—. No te lo he querido contar antes para que fuese una sorpresa, pero nosotros cuatro vamos a ser los únicos que veamos la película.

—¡Bienvenida, Carmen! Por favor, pasen... Pasen, señores y señoras. ¡No se queden ahí plantados! —nos dijo Juan sonriendo.

—Pero... Vicente... —le llamé, dándole un tirón del brazo antes de entrar—. No me quiero meter en ningún lío y esto no me gusta nada de nada.

—¡No te preocupes, mujer! —me dijo entonces Lucía, dándose cuenta de mi preocupación—. Aquí, mi Juanito trabaja en este mismo cine. Está cerrado porque están arreglando unas humedades, pero no hay nada de qué preocuparse —me repitió, guiñándome un ojo.

Aquella situación me seguía preocupando, pero cuando entré en la gran sala de butacas, mi emoción sobrepasó todas mis dudas.

—Lo que no puedo ofreceros es comida, pero en cuanto a la bebida... ¡Qué corra el vino! —exclamó Juan, sacando una botella de una mochila.

Pese a que todo el mundo parecía estar celebrando el momento, yo dudé entre si era buena

idea volver a beber vino otra vez. Casi acababa de recuperarme de la borrachera de la semana anterior... Pero, sobre todo, no quería volver a hacer el ridículo enfrente de Vicente.

—No te preocupes, Carmen —me tranquilizó Vicente al notar otra vez mi cara de preocupación—. No tenemos que beber vino si no quieres.

Aquello último me calmó un poco. Ya bastante era el hecho de colarnos en una sala de cine a ver una película, como para encima volver a emborracharme. ¿Y si nos pillaba la policía?

Enseguida nos acomodamos en las butacas mientras Juan fue encender el proyector y su novia abrió el vino, que tanto Vicente como yo acabamos rechazando. Cuando Juan volvió a sentarse con nosotros, poco después de empezar la película, enseguida me sumergí en aquella gran pantalla. ¡Qué maravilla! Parecía magia, pensé entonces.

Apenas pronuncié palabra en las casi dos horas que duró la película y desde luego, me hubiese olvidado completamente de dónde estaba si no hubiese sido por los cuchicheos y besos que escuchaba de vez en cuando, procedentes de las butacas de Juan y su novia.

Cuando terminó la película y comenzaron los créditos, fue cuando me di cuenta de que ambos habían desaparecido y solo nos encontrábamos Vicente y yo en el patio de butacas. De repente, ya no estaba tan tranquila.

—¿Te ha gustado la película? —me preguntó.

—¡Muchísimo! Muchas gracias por traerme. Pero... ¿dónde se han metido estos dos?

—¿Juan y Lucía? Pues... —contestó poniéndose rojo de repente—. Se habrán ido a un lugar más tranquilo para tener intimidad... Venga, vámonos que te acompaño a casa.

No quise parecer una niña pequeña escandalizada, así que intenté ocultar mi cara de desconcierto. Menos mal que Vicente cambió rápidamente de tema y se mostró de lo más encantador.

Durante el camino a casa, no dejamos de hablar de la película y me di cuenta de que él sí que era todo un caballero. Al principio, tenía un poco de miedo de que me metiese mano en la

oscuridad del cine o de que tratase de aprovecharse de mí en algún momento, pero todo fue infundado. Vicente me respetó todo el tiempo y lo más importante, noté en su mirada que, de verdad, yo le importaba.

Cuando nos despedimos en mi portal, me dieron ganas de lanzarme a darle un beso como la última vez. Pegar su cuerpo junto al mío, juntándonos en un brazo y que sus brazos me agarrasen muy fuerte para nunca soltarme, pero esta vez, me aguanté, conteniendo todos mis impulsos.

—Buenas noches, Carmen. Nos vemos pronto —Se despidió de mí, guiñándome un ojo y dándose la vuelta.

—¿Cuándo? —pregunté impaciente.

—Pronto ¿Es que ya me echas de menos? —Se volvió a girar sin dejar de alejarse caminando de espaldas.

—¡Descarado! —reí—. ¡Buenas noches!

No hubo beso esa vez, pero, igualmente, me sentía feliz. Entré en casa sonriendo como una tonta y tarareando una canción cuando de repente, me topé de frente con, como no, el señorito de la casa. Una vez más...

—¿Por qué está tan contenta? —me preguntó nada más verme.

—Eso a usted no le importa.

A esas alturas, ya no me importaba ser una maleducada con él.

—Mmmm... ¿Ese era su novio?

—¿Perdón? —pregunté con asombro—. ¿Me ha estado espiando?

—Digamos que, me ha sido inevitable ignorar la romántica escena desde la ventana.

—Será impertinente... —Me encaré ante él—. Pues sí, es mi novio. ¿Algún problema?

Aquella mentira le molestó bastante. Pude verlo en su cara, en cómo abandonó en un segundo su divertida mueca, volviéndose completamente serio. Vicente y yo solamente habíamos

quedado en dos ocasiones, pero eso él no lo sabía.

—Ningún problema.

—Muy bien, pues *ea*. Buenas noches, señorito Alejandro. Hasta mañana.

Ni siquiera me fijé en la cara que debió poner ante mi desplante. Esa noche había sido muy especial para mí y no iba a dejar que Alejandro me la arruinase.

De excursión

A la semana siguiente, Vicente se las ingenió para volver a sorprenderme en el mercado y proponerme un nuevo encuentro.

—¿Un picnic? ¡Me encantaría!, pero... ¿estaríamos solos? —pregunté, bastante insegura.

A pesar de que tenía claro que Vicente era todo un caballero, no me parecía bien quedar a solas con él. Ni siquiera éramos novios. Aunque, cada vez confiaba más en él, en el fondo, seguía teniendo miedo a que todo esto fuese un juego para él e intentase aprovecharse de mí en algún momento. A fin de cuentas, me habían educado para desconfiar todo el tiempo.

—Podemos ir con Juan y Lucía si quieres. La última vez nos lo pasamos bien, ¿no?

—Vale. Prepararé unos bocadillos para todos y un poco de fruta si puedo —respondí no muy convencida.

Juan y Lucía no me parecían precisamente la mejor compañía después de que la semana anterior desapareciesen del cine para hacer Dios sabe qué sin tan siquiera despedirse. Pero acepté. Tampoco es que yo tuviese un montón de amigos a los invitar.

—¡Perfecto! Seguro que ellos llevan encantados la bebida.

—Pues diles también que lleven algo que no sea alcohol si es posible...

—Lo intentaré, aunque no prometo nada —respondió riéndose—. De todas formas, ¿qué ha pasado con la Carmen loca que me encontré en la verbena? ¿Ya no te gusta el vino?

—Pasa que no pienso volver a hacer el ridículo otra vez.

—Pero si estabas muy graciosa...

—No insistas. No volverá a pasar.

—Como quieras. Ya se me ocurrirá alguna manera de hacer que la Carmen divertida vuelva a salir otro día —me dijo guiñándome un ojo—. Por cierto, ¡es tardísimo! ¡Me voy! Deben de estar

preguntándose en el taller por dónde ando. ¡Hasta mañana! —Se despidió de mí corriendo, sin darme tiempo a decirle adiós.

Aquello de la Carmen divertida me preocupó un poco. ¿Es que normalmente le resultaba aburrida? Al día siguiente, me puse la falda más corta que tenía y la camiseta más escotada. Quería mostrarle que no era ninguna mojigata, pero desgraciadamente, mi vestuario no ayudaba. Toda mi ropa era igual de recatada. La única chispa que pude aportar fue el pellizcarme las mejillas antes de salir de casa para que pareciese que llevaba colorete.

Al salir a la calle, no tardé en encontrar a Vicente al volante de un coche que no había visto antes. En la parte de atrás iban Juan y Lucía, quienes me saludaron con la mano efusivamente nada más verme.

—Permíteme que le abra la puerta, señorita —me dijo Vicente nada más acercarme, bajándose del coche para abrirme la puerta de forma elegante.

—¿Te lo han dejado o lo has cogido? —intervino Lucía.

—Técnicamente, lo estoy probando para ver qué tal tira después de unos arreglillos que le he hecho.

—¡Ay, Dios mío! Vicente, a ver si nos vamos a meter en algún lío...

—No te preocupes —trató de tranquilizarme, cogiéndome de las manos antes de arrancar. — Además, necesitamos un coche para ir a la sierra.

No sé si me puso más nerviosa el contacto de sus manos con las mías o el descubrir que íbamos a la sierra. Sin embargo, no puse ninguna otra pega. Aquel día intentaría mostrarme como la Carmen divertida que él recordaba. Eso sí, evitando el vino a toda costa. Menos mal que Lucía se había acordado de llevar también agua.

El resto del día fue maravilloso. Además, hizo un tiempo increíble. Una temperatura perfecta y un cielo azul totalmente despejado que me recordó el maravilloso cielo de Madrid del que me había hablado mi prima Carla antes de llegar a la ciudad por primera vez.

Juraría que el cielo nunca había estado tan bonito. Sentía que nunca había respirado aire tan limpio como ese ni había visto un verde tan verde. El paisaje de la sierra de Madrid me maravilló por completo. Todo era tan perfecto que no me importó que, al bajarnos del coche, los chicos nos dirigieran por un camino complicado para Lucía y para mí. Estaba claro que no se dieron cuenta de que no era lo mismo subir una pequeña montaña con sus pantalones que con una incómoda falda y zapatos resbaladizos. Sin embargo, tuve la suerte de que Vicente no se separó de mí en ningún momento, evitando que me cayese del suelo en más de una ocasión.

—¡Vaya! ¿Y este coche? ¿Es tuyo? —le pregunté realmente sorprendida.

—¡Ya le gustaría! —respondió Juan en su lugar.

—Cállate, imbécil —le contestó Vicente, lanzándole una mirada asesina—. Es del taller. Me lo han dejado.

Cuando llegamos a la cima y nos acomodamos en una de las rocas para nuestro picnic, tuve que reconocer que aquel paisaje madrileño no estaba para nada mal.

—¿Te alegras de haber venido? —me preguntó Vicente al oído cuando nos sentamos a comernos los bocadillos que había preparado.

—Claro que sí. Me encanta. Gracias por haber tenido esta idea —respondí sonriendo, contemplando el paisaje que tenía enfrente—. Me recuerda a mi pueblo, pero, a la vez, es tan...

—¿Diferente? —continuó mi frase.

—Sí. Es diferente, pero precioso. Se siente mucha más libertad que en la ciudad.

—Echas mucho de menos tu pueblo, ¿verdad?

—Sí, pero en realidad... ya me he acostumbrado un poco a la ciudad. Lo que más echo de menos es a mi familia. ¿Tú no echas de menos tu casa?

—No mucho, la verdad... Claro que echo de menos a mi familia y pienso bastante en ellos y en qué andarán metidos mis amigos de toda la vida, pero ese lugar no es para mí —se sinceró conmigo.

Se me hacía raro que Vicente hablase en tono serio, dejando a un lado las bromas a las que me tenía acostumbrada, pero aquel lado suyo también me gustaba. Era la primera vez que se mostraba de esa manera conmigo, así que aproveché que Juan y Lucía estaban distraídos en su propia conversación para seguir preguntándole. Además, cada vez me resultaba más fácil hablar con él.

—Sé que lo pasaste muy mal de pequeño, pero ¿de verdad no fuiste feliz en tu pueblo en ningún momento?

—Mmm... Creo que no del todo. No se puede ser feliz cuando tienes hambre todos los días, solo hay tiempo para trabajar y ninguna risa en casa. Cuando oyes a tu padre gritarle a diario a tu madre por cualquier tontería y te cae algún palo todos los días. ¿Qué futuro me esperaba allí? ¿Uno en el que no dejase de trabajar, sin días libres y esclavizado para mi familia?

—Pero... Aquí también trabajas casi todos los días un montón de horas, mandas parte del dinero que ganas a tu familia y vives en una pequeña habitación compartida sin ventana. ¿No es lo mismo?

Sabía que estaba tocando un tema bastante duro, pero quería llegar a comprender, de verdad, que era lo que él veía en la ciudad que a mí se me pasaba por alto.

—Puede parecerlo, pero no es lo mismo. Aquí decido dónde y para quién trabajar. Tengo días libres (cosa que allí no tenía) y, sobre todo, decido qué hacer en mi tiempo libre. ¡Hay muchas más opciones y libertad que en un pequeño pueblo! Además, no pienso ser un muerto de hambre toda la vida.

Me resultó curioso como la palabra libertad significaba algo tan diferente para él que para mí. Yo en la ciudad me sentía enjaulada y perdida, mientras que en la naturaleza me sentía más libre. Para él, al contrario, su pueblo era su prisión.

—¿Eres feliz ahora? Supongo que, si lo eres, eso es lo que importa —seguí preguntando.

—Mmm... No estoy mal. Todavía me queda mucho por conseguir en esta vida. Aunque no lo

parezca, tengo grandes planes, ¿sabes?

—¿De verdad? ¿Qué planes tienes? —pregunté emocionada. Sabía que Vicente tenía un alma aventurera, pero me costaba un poco creer que realmente tuviese un plan realista.

—Viajar —contestó sonriendo—. Todavía no sé dónde, ni cuándo, pero no pienso quedarme en este país de mierda toda la vida, trabajando para otros y conformándome con lo que tengo ahora. Quiero algo más...

Aquello me dejó sin palabras. ¿Acaso era posible conseguir algo más fuera de España? Estaba segura de que no podía ser tan fácil salir de un país y llegar a otro y que todo mejorase de repente. Cuatro años había tardado yo en acostumbrarme a vivir fuera de mi pueblo...

Emigrar a otro país seguro que no era tan maravilloso como Vicente se pensaba. Aunque, por otro lado, pensé en la parte de la familia de mis señores que había emigrado a Francia. A ellos sí parecía irles bastante bien por lo que Alejandro contaba en casa. Sin embargo, ellos pertenecían a otra clase distinta. ¿Sería igual para todo el mundo? Me quedé muy confundida.

—¿En qué piensas? —me preguntó Vicente, sacándome de mis pensamientos.

—En nada. En lo bonito que es este paisaje —mentí.

—Tú sí que eres bonita —me respondió acariciándome la mejilla, haciéndome enrojecer de vergüenza al instante. No estaba acostumbrada a recibir piropos.

—Eres muy amable —respondí con timidez.

—Solo digo la verdad. Lo que veo y siento cuando te miro —continué diciéndome, girándome la cara para obligarme a mirarle a los ojos—. Antes me has preguntado si soy feliz. ¿Tú lo eres?

—¿Yo? Supongo...

—Te lo pregunto porque ahora mismo, me siento el tipo más feliz aquí, contigo.

Aquellas palabras fueron lo más bonito que me había dicho alguien en la vida hasta ese

momento y esa vez, ninguno de los dos se contuvo en besar al otro. Me dieron igual las formas, la moral cristiana y todo lo que se interpusiese entre nuestro beso en aquel momento. Ni siquiera los gritos de júbilo y las risas de Juan y Lucía nos importaron.

—¡Iros a un hotel, parejita! —gritó Juan entre risas.

—¿Me podéis dejar besar tranquilamente a mi novia, pesados? —protestó Vicente sin poder evitar reírse—. Perdeos por ahí entre los matorrales y dejadnos en paz.

“Mi novia”. Vicente acababa de referirse a mí como su “novia” y ahora sí que lo tenía claro, no podía sentirme más feliz.

Regresamos a la ciudad agotados después de todo el día en el campo. No habíamos parado de reír, de andar y de incluso correr en alguna carrera improvisada. La suciedad de mis zapatos y del bajo de mi falda eran prueba de todo ello, pero no me importaba. Había sido uno de los mejores días de mi vida.

Tras acercar a Juan y a Lucía al barrio donde vivían, Vicente me llevó hasta justo enfrente de mi portal.

—Espero que no te digan nada por llegar tan tarde. Al final hemos vuelto mucho más tarde de lo planeado... Pero lo hemos pasado muy bien, ¿verdad?

—Mucho —respondí, sonriendo.

Pensé en darle un beso muy rápido en los labios para despedirme, pero justo cuando me acerqué para besarle, aún sentada en el asiento del coche, escuché un carraspeo y unos golpes en la ventanilla.

Al principio, me asusté. Pensé que era la policía llamándonos la atención por nuestra conducta, pero en cuanto me giré, comprobé de quién se trataba.

—¿Le conoces?

—Sí... Es el sobrino de la familia para la que trabajo.

—Eh...Sí, voy. Adiós, Vicente. Gracias por acercarme a casa.

—De nada, guapa. Hasta otro día —respondió, sin darle importancia al desplante del señorito.

Cuando entramos en casa y comprobé que no había moros en la costa, me atreví a confrontar al señorito por su comportamiento.

—¿Qué pasa con usted? ¿La educación de responder a alguien que se está presentando no se lleva en Francia? —Me enfureció que hubiese tratado a Vicente de manera tan altiva.

—Por supuesto, con quien merece la pena.

¿Qué le pasaba? Nunca había sido así conmigo. ¿Estaba celoso? Desde luego, no merecía la pena seguir discutiendo con el riesgo de despertar al resto de la casa por su cabezonería. Decidí callarme e irme a acostar directamente.

—Carmen... —me llamó cuando le di la espalda para irme a mi cuarto—. Él no la merece. Usted está mucho más por encima.

¿Estaba poniendo a prueba mi paciencia? Tenía dos opciones: contestarle y armar un alboroto o callarme e irme inmediatamente del pasillo con el rabo entre las piernas.

—¡Ah! Perdóneme, milord. No lo sabía —me burlé de él, bastante enfadada. Volví a coger aire para intentar frenarme antes de seguir respondiendo— Cuando tenga claro su merced a quién sí puedo acercarme, le ruego que me lo haga saber. Mientras tanto, esperaré expectante en mis aposentos.

Lejos de callarle la boca de una vez, conseguí el efecto contrario y empezó a reírse con lo que acababa de soltar.

—Cómo se nota que está leyendo las novelas de mi tía. Apuesto a que el muerto de hambre ese no entendería nada de lo que acaba de decir.

—¡Es usted un impresentable! Sé que está celoso, pero al menos, ¡cállese de una vez e intente disimularlo! —respondí cada vez más enfurecida, subiendo la voz.

—Cállese usted, que acaba de despertar a todo el edificio.

—¡Me importa un rábano! —contesté, justo antes de que Alejandro diese dos zancadas hacia mí para taparme la boca con su mano.

No lo pude evitar y con la boca aún tapada y su otro brazo sujetándome mientras yo trataba de librarme de él, le di un rodillazo en los huevos y me fui corriendo a mi habitación.

—¡Ah! Hija de...

—¡Alejandro! ¿Pero qué es todo este escándalo? —oí a Don Emilio preguntar.

Menos mal que yo acababa de meterme en mi cuarto. No tardé en pegar la oreja a la puerta para enterarme de lo que pasaba. Me aterraba que el imbécil de Alejandro se chivase de lo que acababa de pasar.

—Nada tío, disculpa... Me he dado un golpe.

—¿Y la chica que estaba contigo que acabo de oír? ¡No son horas!

—Disculpa, era una amiga que se acaba de ir.

—Sabes lo que opinamos tu tía y yo de estas cosas, Alejandro... Sé que en Francia es diferente, pero aquí en España, ¡respeta! ¡Nada de traer a casa a mujeres! Por amor de Dios...

—Tranquilo, tío. No volverá a pasar.

—Eso espero...

A continuación, oí el cierre de una puerta que debía ser la de Don Emilio y después, otra que debía ser la del señorito Alejandro. Ya más calmada, después de que todo hubiese pasado, me cambié de ropa, me acosté y sin poder evitarlo, sonreí. No quería ser mala, pero... Que Dios me perdonase, ¡se lo tenía merecido!

—¡Oh! Entonces, vamos. No quiero que piense que te tengo secuestrada —dijo Vicente, guiñándome un ojo antes de salir del coche.

Aproveché los segundos antes de que Vicente me abriese la puerta para coger aire

profundamente. ¿Es que Alejandro se dedicaba a vigilar siempre la puerta de casa o es que yo tenía la más mala suerte del mundo?

Cuando salí del coche, Vicente se presentó muy educadamente. Por un momento, tuve miedo de que Alejandro se fuese de la lengua y que, por fastidiarme, le contase lo que había pasado entre nosotros aquella maldita noche en la que nos encontramos en la cocina. Solo fue un beso, pero ¿qué pensaría de mí entonces? Sin embargo, Alejandro no pronunció palabra. Ni si quiera se presentó. Continúo mirando a Vicente por encima del hombro y ni le dio la mano.

—¿Entra conmigo, Carmen? —me preguntó Alejandro.

La fiesta

A la mañana siguiente, nadie comentó nada acerca del incidente de por la noche y todos continuamos con nuestras vidas como siempre, como si nada hubiese pasado. Alejandro y yo seguimos evitándonos mutuamente como siempre y nadie pareció sospechar nada extraño.

Pasaron las semanas y el señorito, como el sobrino obediente que era, fue fiel a su palabra y no causó ningún otro disgusto a sus tíos. Se comportó como un joven ejemplar que, por la mañana, ofrecía su compañía a su tía y por la tarde, regresaba pronto a casa de sus paseos por la ciudad. Mientras tanto, yo seguía llegando tarde a casa muchas noches tras salir con Vicente, pero no volví a coincidir con Alejandro en las escaleras del portal o en el pasillo.

Con el tiempo, tuve que confesarles a los señores la razón de mis continuas salidas de casa. Ambos se alegraron por mí y en especial Doña Rosario, quien insistió en que hacía muy bien ya que, al parecer, me encontraba en la “flor de la vida” y debía disfrutar de mi juventud mientras pudiese. Una respuesta muy diferente a la que obtuve de mi madre cuando se lo conté por carta.

Sabía que no le haría mucha gracia enterarse de que estaba saliendo por ahí con alguien que ella no conocía e insistió en que debía presentárselo cuanto antes para comprobar ella misma, si se trataba de un muchacho honrado. Mientras tanto, como era inviable que Vicente y yo nos desplazásemos al pueblo de repente, por deseo de mi madre y dejando nuestros trabajos a un lado, me hizo ir a casa de mi hermana Rosa a presentárselo. Lo ideal hubiese sido que mi hermano mayor, Pablo, fuese el primero en conocerle, pero ni él quería desplazarse a Madrid ni nosotros podíamos ir al pueblo en ese momento.

La visita a mi hermana Rosa fue bastante bien. Después de un cordial saludo, le hizo bastantes preguntas para hacerse una idea general de él, pero en cuanto vio que no tenía pinta de delincuente y que no suponía un peligro del que advertir a nuestra madre, se despreocupó por completo en seguir conociéndole y pasó a hablar de sí misma como hacía de costumbre. Menos mal que mi sobrinita Raquel, que estaba cada vez más grande y preciosa, nos alegró la tarde con

sus balbuceos, robándole la atención a mi amargada hermana.

Todo marchaba de las mil maravillas. Yo seguía acudiendo religiosamente a mis clases de lectura con la señora, a la vez que cumplía con mis tareas a rajatabla, no faltaba a la misa de los domingos y sacaba tiempo de la nada para ver a Vicente constantemente. Me encontraba en una nube. Nunca había sido tan feliz ni me había sentido tan querida, quizás por eso la visita al pueblo se fue retrasando cada vez más tiempo. Quería seguir en mi burbuja de la felicidad el mayor tiempo posible sin que nada cambiase.

Vicente era maravilloso. Cada día, trataba de sorprenderme de alguna manera, ya fuera en plena calle o esperándome en mi portal hasta la noche, aunque fuese tan solo para estar conmigo cinco minutos y desearme las buenas noches. Por supuesto, mantuvimos las formas en todo momento y no nos dejamos llevar por la pasión o el amor que sentíamos el uno por el otro. Como mucho, un par de besos rápidos sin que nadie nos viese y algún que otro abrazo. Quería seguir así hasta que nos casásemos porque, por supuesto, tenía clarísimo que nos casaríamos en cuanto yo conociese a su familia y él a la mía.

Hablamos acerca de casarnos un par de veces, pero no demasiado en serio. Por el momento, me negaba a bajar de mi nube y simplemente, me dejé llevar por el viento, disfrutando como jamás lo había hecho.

Los días continuaron pasando demasiado rápido mientras yo seguía en mi nube, lejos de cualquier preocupación. Tan solo me hacía sentirme incómoda el hecho de tener que coincidir inevitablemente con Alejandro por la casa, pero intuía que ya debía faltar poco para que regresase a Francia. Solo me quedaban unas cuantas semanas más ignorándole y después, todo continuaría su curso o al menos, eso es lo que yo pensaba hasta que, una noche, pasó algo inesperado.

Me había puesto mi mejor vestido para ir con Vicente a un baile. Allí, nos íbamos a encontrar con Juan, Lucía y muchos otros amigos suyos que todavía no conocía. La presión de tener que conocer a gente nueva me tenía de los nervios, pero estaba bastante emocionada por que me

sacase a bailar. Sentía que estaba viviendo en un cuento de hadas. Sin embargo, esa noche, el príncipe no apareció.

Al principio pensé que llegaba tarde por algún asunto de última hora en el trabajo, pero después de esperar treinta minutos en casa, dando vueltas de un lado a otro, ya no estaba tan segura. Decidí salir a la calle para que, al menos, me diese el aire mientras esperaba. Vicente nunca había llegado tarde a ninguno de nuestros encuentros, así que aquello me extrañó muchísimo, pero seguí esperándole.

Una hora después, ya bastante preocupada por si algo malo le había pasado, me encontré de frente con los señores y su sobrino Alejandro, volviendo de cenar en un restaurante.

—Carmen, ¿qué haces aquí afuera? ¿No ibas a salir con tu novio? —me preguntó Doña Rosario sorprendida.

—Sí, pero no aparece... ¿Usted cree que le habrá pasado algo malo?

—Ay, niña... Seguro que no es nada. Lo mismo se ha olvidado de que habíais quedado. ¿A que sí, Emilio? Los hombres son a veces muy despistados.

—No creo, señora...

—¿Cuánto hace que tenía que haber venido? —me preguntó Don Emilio.

—Hace ya más de una hora...

—¡Hija mía! ¿Y llevas una hora esperando aquí afuera? Ahora mismo pasas dentro de casa antes de que cojas una pulmonía.

Justo en ese momento, vi aparecer a Juan, corriendo a toda velocidad hacia mí.

—¿Qué ha pasado? ¡Dios mío! Sabía que algo malo le había pasado... —le pregunté nada más acercarse, muerta de miedo, mientras él recobraba el aire.

—¡Habla, muchacho! Que a esta pobre mujer le va a dar algo —insistió Don Emilio.

—¡Perdón! Es que vengo corriendo todo el camino y estoy agotado. He venido lo más rápido

posible. Siento mucho que hayas estado esperando.

—Pobrecillo... ¿Quieres un vaso de agua? —le preguntó Doña Rosario educadamente.

—No hace falta, señora. Tengo que volver rápido con mi chica o se enfadará si llego muy tarde a por ella. Solo venía a avisar a Carmen de que Vicente no puede salir esta noche.

—Bueno, eso resulta ya bastante evidente, pero alguna razón de peso tendrá... —intervino la señora.

—Pero ¿está bien? ¿le ha pasado algo? —insistí. Era lo único que me preocupaba en ese momento.

—Nada grave, que el pobre tiene unos retortijones que no puede ni alejarse del retrete. Ha debido de comer algo que le ha sentado fatal porque aquello parecía ir para largo... —contestó, haciendo que la señora se ruborizase y que el señor y Alejandro tuviesen que aguantarse la risa —. Disculpen, pero no hay otra manera de contarlo.

—Eh... Bueno, gracias por venir a avisarme. Deséale que se mejore de mi parte cuando le veas —le pedí, sonrojándome yo también.

—Puedes venir esta noche con Lucía y conmigo si quieres.

—No, gracias. La verdad es que me encuentro un poco cansada. Me iré a acostar temprano.

—Como quieras. ¡Hasta pronto! Señores, un placer. Cuiden de nuestra Carmen, ¡que no se vaya a dormir triste esta noche! Ya habrá otra ocasión. ¡Adiós!

—Adiós, joven... —se despidió de él Doña Rosario.

Entramos en casa todos juntos y en silencio. Por el rabillo del ojo, pude ver cómo Alejandro esbozaba una sonrisa. No había pronunciado palabra en todo el rato, pero yo sabía que aquella escena le había resultado de lo más divertida y que le estaba costando horrores no hacer ningún comentario.

—Vaya, ¡qué lástima, Carmen! Con lo guapa que te habías puesto —exclamó la señora nada

más entrar en casa.

—Oye, Alejandro. ¿Por qué no invitas a Carmen a tomar algo a algún lado? Todavía es temprano para que los jóvenes os vayáis a acostar y mi mujer tiene razón, es una pena que Carmen se haya arreglado para nada.

—¿A mí? No, de verdad que no hace falta... —respondí rápidamente.

—¡Qué buena idea! —le dio la razón Doña Rosario.

—No quiero incomodar a Carmen... Ya la habéis oído antes. Está cansada —dijo Alejandro.

Me dieron ganas de darle las gracias por intentar salvarme de esa situación, pero enseguida mi alivio desapareció.

—¡Tonterías! —insistió la señora— Lo que Carmen necesita es que la saquen a bailar y tomarse una copa. Sin que os paséis mucho con la bebida, claro está...

—No creo que sea apropiado, tía...

—¡Pero si sois casi familia! Venga, anda. Iros ya que se os va a hacer tarde —nos dijo empujándonos, literalmente, hacia la puerta — Ay... ¡Divina juventud!

No hubo nada más que pudiésemos hacer ni más excusas que poner. Era inútil. Cuando algo se le metía en la cabeza a la señora, era imposible contradecirla así que, nos dirigimos a la acera a coger un taxi sin apenas mirarnos a la cara.

—Siento todo esto... —se disculpó Alejandro cuando ya estábamos subimos al taxi y de camino a una dirección que yo desconocía por completo.

—No pasa nada... —respondí tímidamente.

¿Qué más podía decir? Tampoco había sido culpa suya y seguro que después de la última bronca que habíamos tenido, a él le apetecía aquello tan poco como a mí.

Se produjo un silencio bastante incómodo. Yo mirando por un lado de la ventanilla y él por el otro, esquivamos nuestras miradas todo lo posible. Pensé en volver a intentar escapar de esa

situación, cuando Alejandro rompió el silencio.

—¿Le apetece un bombón?

—¿Cómo? —Pensé que me estaba tomando el pelo.

—Da la casualidad de que antes he pasado por una chocolatería con mis tíos en la que nos han ofrecido unos bombones de muestra con nuestra compra —dijo sacándolo de su bolsillo derecho del pantalón—. Y me preguntaba si le apetecería probarlo.

—No, gracias. Cómaselo usted —respondí por educación.

—¿Seguro? —preguntó, sacándolo del envoltorio—. Está muy bueno. Es de chocolate con leche y avellana.

Lo miré de reojo y sonreí. Casi se me cae la baba. La verdad es que, nunca me había ofrecido un bombón. ¿Por qué no? Tenía una pinta increíble.

Cuando me lo metí en la boca, casi toqué el cielo. Era el dulce más rico que jamás había probado. Le di las gracias y sonreí. Aquella maravilla era capaz de resucitar a un muerto. Él me devolvió la sonrisa.

El taxi se paró enfrente de un majestuoso edificio en el que entraba y salía continuamente bastante gente, pero hasta que no estuve a punto de entrar, no me di cuenta de realmente a qué clase de sitio me había llevado Alejandro.

—¿Qué ocurre? —me preguntó cuando me paré en seco justo en la entrada.

—Pues, que... Yo... —no sabía cómo decirlo. Miré a mi alrededor, observé a las demás mujeres que reían y se divertían bailando y bebiendo en aquel sitio tan elegante y no entendía como Alejandro no se daba cuenta—. Mírame... Yo no puedo entrar ahí —me atreví a decir finalmente.

Alejandro me inspeccionó de arriba abajo sin cortase, haciendo que me ruborizase.

—Yo no veo cuál es el problema.

¡Hombres! Hace falta tener que explicarles todo con detalle para que te entiendan.

—Mire mi vestido, mire el vestido de aquella chica. Mire el de aquella otra, mire esos zapatos... Y ahora, vuelva a mirarme a mí otra vez. ¿Acaso no ve que yo no puedo entrar ahí?

Alejandro sonrió y me cogió de la mano, probablemente, para evitar que saliese de allí corriendo, que es lo que estaba a punto de hacer.

—Ninguna de esas chicas es tan guapa como usted —me susurró al oído—. Vamos dentro.

Aquel comentario me descoló por completo, mientras Alejandro aprovechó mi momento en blanco para arrastrarme hacia una de las mesas. Enseguida se acercó el camarero y pidió una botella de champagne para los dos.

—¿Y si nos ve alguien? ¿Qué van a pesar si le ven conmigo? —le pregunté en voz baja, provocando su risa sin querer.

—¡Carmen! ¿Es que no se cansa de preocuparse por lo que la gente piense? Cómo sois en este país, de verdad...

—¿A qué se refiere? ¿Es que acaso en Francia no resultaría extraño que una persona como usted saliese por ahí con su criada a tomar champagne?

—En Francia, podría estar ahora mismo en un club con una chica a cada brazo que lo único raro sería que no llegase a la habitación de un hotel con ambas.

Aquello me avergonzó ya por completo, pero a la vez, despertó mi curiosidad. Ya que estábamos, me atreví a preguntar.

—¿Eso hace? ¿Llevarse a chicas a la habitación de un hotel cada vez que puede? —le pregunté sin rodeos mientras me acercaba una copa que nos acababa de servir el camarero.

—No siempre.

No sabía si estaba tomándome el pelo o decía la verdad, pero no seguí haciendo más preguntas. Que hiciese lo que le diese la gana en Francia, pero en España, esto no era ni medio

normal ni estaba bien y por mucho que insistiese Doña Rosario en que éramos prácticamente familia, no lo éramos. ¡Ni por asomo! Además, yo tenía un novio que estaba retorciéndose de dolor en su casa y, probablemente, preocupado por cómo me hubiese tomado que no apareciese. Todo aquello estaba mal, mal, pero que muy mal.

Di un trago largo de la copa de champagne que me sirvieron y me sorprendió bastante su dulzor. No tenía nada que ver con lo que había bebido hasta entonces. Cuando mi copa se terminó, enseguida, un camarero se apresuró a volver a llenarme la copa. Mi conciencia me advertía que debía andarme con cuidado bebiendo así de rápido, pero es que estaba tan bueno... Y, de todas formas, ya que me habían arrastrado a esa situación sin yo poder hacer nada para evitarlo, ¡al cuerno! Me merecía disfrutar un poco de la música y la bebida.

—¿Qué le parecen los músicos? —me preguntó Alejandro, tras llevar un tiempo en silencio y observar mi cara de entusiasmo.

—Me parecen increíbles —respondí, siendo totalmente sincera.

La chica cantaba como los ángeles y aquel ritmo... No sabía qué tipo de música era aquella, pero nunca había escuchado nada parecido.

—Es jazz. ¿Lo había escuchado alguna vez?

—Creo que sí, pero en la radio. Nunca así, en persona... Es increíble. No tengo ni idea de lo que está diciendo, pero es maravilloso —intuía que estaba cantando en inglés, pero podía haber sido chino que tampoco lo hubiese distinguido.

Aquella respuesta hizo que Alejandro se levantara del asiento y me ofreciese su mano en señal de invitarme a bailar. Yo no tenía ni idea de cómo bailar aquello, pero me dejé llevar. Nos balanceamos abrazados de un lado a otro, al ritmo de la música, sin tan siquiera hablar.

No sé cuánto tiempo estuvimos bailando, pero desde luego, más de lo que se consideraba apropiado. Intenté evitar su mirada todo el rato mientras bailábamos, pero al final, fue inevitable y acabé perdiendo la noción del tiempo entre sus brazos y sus profundos ojos. Y su olor... Qué

bien olía. Sentía el aleteo de cien mariposas tratando de salir de mi estómago cada vez que me hacía dar un giro y me volvía a atraer hacia él. El alcohol estaba empezando a hacer mella en mí, pero, por otro lado, aún seguía siendo muy consciente de que todo aquello estaba mal. ¿Cómo me podía hacer sentir tan bien algo que estaba tan mal?

Cuando una de las canciones dejó de sonar y la gente comenzó a aplaudir, me despertó, de pronto, un golpe de realidad.

—Será mejor que nos vayamos... —sugerí, alejándome de la pista de baile.

—Eh... Sí. Se nos ha hecho ya bastante tarde.

¿Estaría tan aturdido como yo o solo fingía? Después de pagar la cuenta y de salir de nuevo a por un taxi, me preguntó si me lo había pasado bien.

—Sí, muy bien. Gracias —respondí con educación.

—Me alegro —Fue lo único que dijo hasta llegar a casa.

Tras desearle las buenas noches, me dirigí en seguida por el pasillo hacia mi cuarto, tratando de evitar cualquier tipo de conversación, pero mi plan de escape no dio resultado.

—Mañana ya no me verá por aquí... Me vuelvo a Francia muy temprano.

—¿Cómo?

Me quedé congelada con la mano en el pomo de la puerta de mi habitación. No podía ser verdad. Lo había deseado con todas mis fuerzas días atrás, pero a la vez... No podía que creer que, de verdad, se fuese ya.

—He decidido pasar el resto de mis vacaciones en la costa francesa.

—Pero... Pensaba que no se iría hasta empezar de nuevo las clases en la Universidad.

—Ese era el plan... —respondió acercándose hacia mí lentamente— Pero ya no me queda nada más que ver por Madrid y digamos que, ya no hay nada más por aquí que me interese o más bien, que siga estando disponible.

Aquello me dejó casi sin respiración. Él siguió acercándose a mí poco a poco hasta encontrarnos muy cerca el uno del otro, a un solo paso de mi cuarto y de caer en el más absoluto de los errores. Sin embargo, sus bellas facciones y aquellos ojos del demonio ya no iban a volver a hacerme caer en la perdición.

—En ese caso, ha sido un placer. Buenas noches.

Me giré rápido dándole la espalda, abriendo la puerta con rapidez, pero sin que mis piernas diesen paso alguno, al notar como unas manos se posaban en mi cadera, acelerándome el corazón.

—Carmen... Dígame que usted que también me desea —me susurró al oído, pegando su cuerpo al mío por detrás y comenzando a besar mi cuello, erizándome el vello de la piel.

—Alejandro, por favor... Se lo ruego, pare —respondí sin moverme, notando cómo mis rodillas empezaron a temblarme —Tengo novio.

—¡Lo sé! ¡Créame que lo sé! He hecho todo por intentar ignorarla. Me he repetido a mí mismo una y otra vez que, no debo volver a tocarla, pero, aun así, hay algo en mí por lo que... No puedo evitar seguir pensando en usted y en volver a besarla...

—Alejando... Pare, por favor. Se lo ruego.

Sin hacer caso a ninguno de mis ruegos, bajó su mano derecha recorriendo mi pierna hasta acabar hurgando debajo de mi falda, presionándome por encima de mi ropa interior y acariciando con fuerza mis partes más íntimas. Acto seguido, no pude evitar soltar un gemido.

—Aaaaah... Dios....

—Déjame demostrarle lo que yo le puedo dar. Le aseguro que ese imbécil no sabría agradarle tanto como yo... —no pude evitar soltar otro gemido aún más fuerte que el anterior—. Te deseo Carmen, te quiero para mí. Me muero por hacerte el amor y enseñarte el mayor placer que existe en el mundo...

—¡No! ¡Pare!

No sé cómo, recobré la lucidez por un momento y aproveché para librarme de sus manos. Abrí la puerta de manera enérgica y cerrándola de nuevo de un portazo, conseguí resguardarme de un error que hubiese sido imperdonable.

Él no me siguió, ni suplicó nada más al otro lado de la puerta. Lo siguiente que supe de él, llegó en forma de carta.

Miedo

Madrid – Actualidad

El camino hasta casa está siendo extremadamente silencioso. Ninguna de las dos queremos volver a llorar, así que aguantamos el trayecto en coche en silencio. No puedo evitar que un par de lágrimas se me escapen en un momento de distracción, pero enseguida vuelvo a coger aire, tratando de no respirar demasiado. Ahí está el truco. Mente en blanco y respirar solamente lo necesario.

Siento que me ahogo, pero no pasa nada. Duele, pero no pasa nada. Es mejor aguantar el dolor que volver a caer en un mar de lágrimas del que no sé si voy a ser capaz de salir a flote. Necesito estar fuerte estos días tan solo por ella, por mi abuela.

Bajamos del coche en silencio y abro la puerta del portal. Mi madre está igual que yo, silenciosa, seria y obviamente, preocupada. En el hospital nos han dicho que lo mejor que podíamos hacer era ir a casa a descansar y a pasar la noche. Mientras la abuela esté en la planta de urgencias, no podremos verla, así que acabamos accediendo a marcharnos hasta el día siguiente.

—¿Quieres algo de cenar? —me pregunta mi madre cuando entramos en casa.

—La verdad es que no tengo hambre.

—Pues algo hay que comer, que encima llevamos con el estómago vacío todo el día. Voy a ver qué sobras hay en la nevera.

No tengo ni ganas ni fuerzas para llevarle la contraria, así que me siento en la mesa de la cocina y acabo haciendo un tremendo esfuerzo por comerme las sobras que va calentando en el microondas. Tampoco me apetece hablar mientras me voy tragando lo que sea que tengo en el plato. Solo quiero tomarme un somnífero y tirarme en la cama. Hoy mi cuerpo da para más.

—Deberíamos empezar a pensar qué decisiones tomar —Decide romper el silencio mi madre.

—¿Decisiones sobre qué? —Espero que no se esté refiriendo a lo que creo.

—Hay que empezar a llamar a la familia y quizás, también al abogado.

—Bueno, tampoco te vayas corriendo ahora mismo a comprar las flores para el entierro que todavía está viva, ¿vale? —respondo un poco agresiva.

Me duele que sea así. Siempre pensando en la parte práctica en vez de demostrar un poco más de humanidad. Siempre buscando algo qué hacer o pensando en cómo actuar.

—María, sé que es duro y créeme, me duele más que a ti. No olvides que se trata de mi madre, pero hay que ser realistas. Hija, ya has oído las expectativas de los médicos. Su corazón está muy mal y la posibilidad de conseguir un trasplante en su situación, además de los riesgos que esa operación implicaría para ella...

No puedo evitar levantarme de la mesa de golpe y gritarle a la cara lo que pienso.

—¡Joder, mamá! Sí, ya sé lo que han dicho los médicos. ¡No hace falta que me lo repitas otra vez! Yo también estaba ahí. Solamente, ¿puedes fingir, aunque tan solo sea durante el resto del día que, hay una remota esperanza de que la abuela se vaya a recuperar? Sé que no eres la persona más positiva del mundo —continúo con sarcasmo, dando vueltas alrededor de la mesa y con los nervios descontrolados—. Pero ¡joder! ¡Miénteme por un momento! Dime que todo va a salir bien, ¡aunque sea mentira!

— Lo siento, cariño... —comienza a lamentarse, tapándose la cara con las manos.

Sé que está llorando y que no quiere que la vea, por eso trata de taparse. Quiere ser la roca, el muro que continúa sustentando a esta familia en la que cada vez, quedamos menos. Una a la que encima, yo pensaba abandonar en menos de dos semanas.

Definitivamente, no puedo más. Creo que después de todo esto, ya está bien por el día, así

que me voy a mi cuarto sin decir nada más. Ni siquiera se me pasa por la cabeza nuestra conversación pendiente acerca del anillo que tuvimos que interrumpir justo cuando llegó el médico. En estos momentos, la cabeza solo me da para ponerme el pijama y resguardarme entre las sábanas.

Tardo muchísimo en dormirme, si es que llego a hacerlo en algún momento de la noche. No lo tengo claro. ¿Se puede considerar que uno está dormido cuando consigue poner la mente en blanco?

No sé a qué fase del sueño debí llegar, pero, desde luego, a una no muy profunda, ya que las ojeras con las que me levanto son terroríficas. Me duele la cabeza y no me apetece en absoluto levantarme de la cama. Sé que cuando lo haga, mi madre me va a obligar a tomar un desayuno forzado y después de vuelta al hospital, a ver a la abuela. Ay, abuela...

De golpe, vuelve a mi mente el anillo, las cartas, los álbumes que me llevé de la casa del pueblo, la conversación pendiente con mi madre... Me tomo un ibuprofeno potente y me levanto casi de un salto para sacarlo todo del armario.

Oigo la voz de mi madre en el interior de la cabeza regañándome por haberme tomado una pastilla con el estómago vacío, pero ahora mismo, me da igual. Pongo en mute a la María responsable y rebusco entre el montón de cartas que encontramos en la casa del pueblo hace días.

Con todo lo que ha sucedido, ni siquiera he tenido tiempo para decidir si quiero seguir husmeando entre las cartas de la abuela o por el contrario, mantener su privacidad, pero ahora que la necesito tanto a mi lado y soy consciente de que puede que no vuelva a escuchar su voz nunca más, abro uno de los sobres al azar y comienzo a leer.

En ese mismo momento, alguien llama a la puerta de mi habitación. Mi madre, tan oportunista como siempre. Podría esconder todas las cartas debajo de las sábanas y no se daría ni cuenta, pero no quiero seguir ocultando las cosas.

—Pasa, mamá.

No me voy a esconder. Si tiene algún problema con que viole la intimidad de la abuela durante, probablemente, sus últimos días de vida, que me lo diga.

—Buenos días, María. Acabo de llamar al trabajo para informar de que no voy a ir y... ¿Y todos esos papeles? ¿Son las cartas que encontrasteis en el pueblo? —No tardó ni cinco segundos en fijarse.

Antes de que los médicos nos recomendasen volver a casa a descansar, le confesé todo. El viaje a la casa del pueblo a escondidas en mitad de la noche, el encuentro con el okupa, las cartas que encontramos debajo del suelo, el anillo y hasta la descabellada teoría de mi amigo Julio acerca de la joya, pero, para mi sorpresa, no se enfadó. Simplemente, me dijo que ya hablaríamos de todo eso más tarde porque, evidentemente, ese no era el momento.

—¿Te importa que las leamos juntas?

—Eh... No, claro —respondo, perpleja.

—Pero mejor en el salón, ¿no? Vamos, he preparado café. Imagino que tú tampoco habrás podido dormir mucho esta noche.

Llenas de curiosidad y con café en mano, acabamos leyendo a una velocidad vertiginosa todas las cartas, una por una, año por año y en tan solo cuarenta y cinco minutos.

Por casi una hora, nos olvidamos de todo lo demás. Nos trasladamos mentalmente a hace unos sesenta años y nos sumergimos en dos historias de amor cuya protagonista, cuesta creer que se trate de la Carmen que ambas conocemos.

—Qué rabia no tener las respuestas a estas cartas para comprender cómo se sentía la abuela leyendo todo esto... ¿Qué les contestaría? ¿A quién querría más de los dos? ¿Tú crees que estaría enamorada de ambos?

—No lo sé... Todo esto es muy confuso —Empieza a analizar mi madre—. Obviamente, por lo que dicen las cartas, Vicente era su novio. Al menos durante una época... Pero Alejandro me

descoloca. Mira aquí, por ejemplo...

“Mientras tanto, yo seguiré esperando sus palabras como agua de mayo, sin perder la esperanza de obtener su cariño algún día.”

—¿Crees que la abuela le rechazó? —pregunto, intrigada.

—O que al menos decidió no contestarle a sus cartas. En ninguna de ellas responde a ninguna pregunta. Es como si este tal Alejandro se dedicase a enviarle cartas durante un año entero, tan solo para expresarle lo que sentía.

—O tratar de camelarla... Yo no tengo muy claro que estuviese enamorado. Todo esto que dice me parece hasta vomitivo. Por favor, ¿quién habla así de pedante?

—Eran otros tiempos, hija... —me explica mi madre, no pudiendo evitar soltar una pequeña sonrisa—. Tú padre también me escribía cartas de amor cuando éramos jóvenes, ¿sabes?

—¿En serio? No tenía ni idea.

—Sí, pero no te emociones. Por mucho que las busques, no las vas a encontrar.

Las dos nos reímos por la ocurrencia. No iba mal desencaminada. Dada mi curiosidad por naturaleza, en otra ocasión, no habría podido evitar ir a buscarlas inmediatamente.

Vuelvo a ojear por encima todas las cartas que hemos acabado desplegando por todo el sofá. Qué bonito sería seguir mandándose cartas hoy en día. Definitivamente, la magia está perdida entre tanto WhatsApp y tanta falta de palabras bonitas. Presto atención a una de las cartas de Vicente y la comparo con otra de Alejandro.

—¿Te has dado cuenta de lo diferentes que son las cartas de Vicente y Alejandro? Además, me cuesta muchísimo entender la letra de Vicente.

—Claro. Como comentan ellos mismos en sus cartas, mientras Vicente trabajaba en un taller, Alejandro estudiaba en una Universidad de París. Seguramente, la La Sorbonne si me apuras... —continúa analizando—. Bastante que supiese leer el pobre Vicente con la escasa educación que

había en aquella época.

—Uno pobre y otro rico... ¿Por qué no se quedó con el rico?

—¡Menuda pregunta!

—A ver, que no quiero decir que tenía que haberse quedado con Alejandro por su dinero —trato de explicarme—. Simplemente, me parece curioso. Aunque claro, en realidad no acabó quedándose con ninguno de los dos, sino con el abuelo. Estoy perdidísima. Después de todo este enredo de cartas, no tengo ni idea de cómo pudo encajar un tercer hombre en su vida. ¿Qué crees que pasó después?

—¿Después de qué?

—Después de todas estas cartas. Esta de Alejandro es la última que conserva. Y mira lo que dice al final.

Ansío con fuerza el momento en el que nuestras miradas se vuelvan a encontrar y pueda decirle en persona todo lo que sigo sintiendo por usted.

—¡Qué pasó cuando se encontraron! Por Dios, ¡esto es peor que una telenovela turca! —exclamo.

—¿Te gustaría preguntárselo tú misma?

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro! Después de todo este descubrimiento, yo también necesito saberlo, pero depende de cómo se encuentre... Y de manera delicada, ¿vale, María? Puedes preguntale cómo conoció al abuelo y luego ya vamos viendo... Pero venga, vámonos a prepararnos para ir al hospital que ya es tarde. Qué raro... Debería de haberme llamado ya algún médico para informarme de si está ingresada ya en planta. Bueno, da igual. Vamos yendo igualmente.

Antes de levantarnos del sofá y de volver a la cruda actualidad, abrazo a mi madre tomándola por sorpresa.

—Gracias, mamá...

No responde nada. Intuyo que debe de estar soltando alguna que otra lagrimilla y no quiere que note que se ha emocionado. Ella es así, tratando ser dura hasta en mitad de un abrazo, pero la quiero igual. A pesar de todos sus defectos, sé que todo lo que hace lo hace pensando en mí.

El timbre de casa nos saca repentinamente de nuestra burbuja y me ofrezco voluntaria para ir a ver quién es, aunque tengo mis sospechas.

—Lo siento, baby... —se disculpa Julio nada más abrirle la puerta y verme son los ojos vidriosos—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? Soy un gilipollas por haberte hablado así el otro día, pero no te pongas así...

Le abrazo muy muy fuerte y comienzo a llorar. Le necesito. En el menor tiempo posible, acabo contándole todo lo que ha pasado en las últimas horas que llevamos sin tener una verdadera conversación. Una vez más, me vuelve a pedir disculpas y yo insisto en que no pasa nada, que ya está. Lloro, él también llora, lloramos los dos juntos y trato de contarle muy resumidamente de qué tratan todas esas cartas que encontramos.

—¡Qué fuerte, María! Tienes que dejarme leer esas cartas en cuanto puedas. ¿Y el anillo? ¿Comprobaste lo que te dije?

—¿El qué? ¿Ese truco del aliento?

—No es ningún truco, es una prueba científica.

—Eh... Pues la verdad que no. Nos hemos liado con las cartas y la verdad es que ni he vuelto a sacar el anillo de la funda. Un momento, voy a cambiarme rápido a mi cuarto, lo cojo y nos acompañas al hospital. A lo mejor podemos pasar por alguna joyería de camino para que nos digan cuánto vale de verdad.

—¡Buena idea!

—Pero hija, ¿todavía estás así? —me pregunta mi madre al entrar de nuevo al salón con el

bolso en mano y ya lista para irnos.

Voy corriendo a mi cuarto para cambiarme. No tardo ni cinco minutos en ponerme lo primero que pillo, cepillarme un poco el remolino que llevo en la cabeza y coger el anillo. De hecho, decido sacarlo de la funda para comprobar que sigue intacto y por qué no, me lo pruebo. Es tan bonito...

Cuando paso de nuevo por el salón para enseñarle el anillo a mi madre e informar a los dos que ya estoy lista para irnos, me encuentro con una escena desconcertante: Mi madre y Julio dándose un abrazo y llorando, muy disgustados.

—María... —Se dirige mi madre hacia mí con los brazos abiertos—. Han llamado del hospital. La abuela ha sufrido varias paradas a lo largo de la noche. Ha...

—¡No! No digas nada más. ¡No se te ocurra decir ni una palabra más! —grito con todas mis fuerzas.

Me marchó. Como alma que lleva el diablo, salgo corriendo de allí a toda velocidad y sin ningún rumbo.

Esperanza

He empezado a correr sin pensar, guiada por un impulso o, más bien, una necesidad. Tan solo tengo claro que no estoy preparada para esto. Todavía no.

Como es lógico, me quedo sin aire enseguida. No estoy acostumbrada a correr, así que me paro. El flato tampoco es que sea muy útil en medio de una huida. Continúo caminando lo más deprisa que puedo, dando vueltas por diferentes callejuelas hasta llegar a mi parque preferido. No pensaba pasar por aquí, pero ahora que estoy justo en la entrada, tengo claro a dónde ir.

Es martes por la mañana, así que todavía no hay ningún niño en los columpios, solo algún que otro adulto paseando por alrededor y una pareja de ancianos dando de comer a los patos del lago.

Cuando era pequeña, solía venir mucho aquí a tirarles trocitos de pan, pero, sobre todo, para jugar en los columpios. Voy directa al que de niña era mi rincón favorito: la pirámide. Me da un poco de miedo, pero apenas dudo. Me ato bien los cordones de las zapatillas y empiezo a trepar por las cuerdas hasta llegar arriba del todo.

Como si de un barco pirata se tratase, me acomodo en el punto más alto, lista para observar el abordaje, tal como hacía casi todos los viernes al salir del colegio.

¡Ay que ver la de tardes enteras que me pasé subiendo y bajando por estas cuerdas, buscando la manera de llegar arriba del todo, casi siempre bajo la preocupada mirada de mi abuela!

—María, ¡no se te ocurra romperte la crisma que a ver qué le digo yo luego a tu madre! —me solía gritar desde abajo.

—¡Tranquila! ¡Ya casi lo tengo!

Y al final, lo conseguí. Tras varios intentos y llevarme algún que otro arañazo en las rodillas, lo logré. No era muy difícil encontrar la manera, tan solo tuve que atreverme a seguir subiendo sin mirar abajo. Una vez arriba, el miedo desaparecía. Entonces, el reto era querer bajar de ahí en

algún momento.

Ahora, sin moros en la costa ni nadie a mi alrededor que me juzgue por haber invadido una zona infantil a mis 22 años, trato de desahogarme como puedo. Lloro y lloro sin parar, liberando todas las lágrimas que retenía en mi interior, hasta que ya no me salen más.

Dicen que llorar es curativo y que después de echar todo a fuera, uno se siente mejor, pero, la verdad, yo sigo sintiendo el mismo dolor. El mismo que sentí cuando me contaron que nunca más iba a volver a ver a mi padre porque había tenido un accidente de coche. La misma mierda, otra vez.

No sé cuánto tiempo llevo aquí arriba, pero enseguida me doy cuenta de que no he escogido precisamente el mejor sitio para enconderme. ¿Ese es Julio? ¿El que viene corriendo y sofocándose desde la entrada del parque? Sí, efectivamente.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —le pregunto nada más acercarse.

—Porque te conozco desde que eres una enana, María —responde fatigado. Él tampoco suele hacer mucho ejercicio.

—Pues me debes conocer mejor que yo a mí misma porque ni siquiera sabía que iba a venir a este parque... Simplemente, he acabado aquí.

—Bueno, lo más importante ¿estás bien, cielo? Nos has dejado muy preocupados.

—No —respondo de manera sincera—. Pero no te preocupes, ya no me quedan más fuerzas para seguir llorando.

—¿Y puedes bajar un momento para que hablemos como dos personas normales? Te has ido así tan de repente que, ni siquiera has dejado a tu madre explicarte nada de nada.

—Es que no quiero oírlo, Julio. ¿No te das cuenta? En cuanto lo oiga, será real.

—María García, ¿puedes hacer el favor de bajar aquí abajo para que pueda explicarte bien que tu abuela no ha muerto?

—¿Cómo? —Aquello me desconcierta por completo—. No me mientas, Julio. Te lo suplico.

—María, por favor, ¡qué no te miento! Baja de una puñetera vez para que pueda explicártelo. Subiría yo mismo, pero sabes que tengo pánico a las alturas.

—Mira que, si me estás diciendo todo esto solo para que baje, no te lo voy a perdonar nunca.

Bajo inmediatamente, no sin tener serias dificultades para no tropezarme en el intento. Ahora lo recuerdo, subir siempre es más fácil que bajar.

—Ya estoy. Ahora, cuéntamelo todo.

—Creo que debería ser tu madre la que...

—¡Julio!

—¡Está bien! Tu abuela sufrió varias paradas cardíacas durante la noche. Tuvieron que inducirla un coma por razones médicas que tu madre no llegó a explicarme, pero que intuyo que tendría que ver con evitar que siguiese entrando en paro para que no tuviese daños cerebrales permanentes o algo así. La verdad, no tengo ni idea. Como salí corriendo a buscarte no me ha dado tiempo a buscar en Google ni a preguntar...

Interrumpo su explicación dándole el abrazo más sincero del mundo. No es alegría lo que siento, puesto que soy consciente de la gravedad del asunto, sino esperanza. Esperanza por que al menos, pueda tenerla conmigo un ratito más.

—Perdón. Como os vi llorando, ahí abrazados... pensé que... —No soy capaz de terminar ninguna de las frases.

—Pensaste lo que cualquiera hubiese pensado en tu lugar. Aunque, sinceramente, salir corriendo de manera dramática, como si te fueses a arrojar a la vía de un tren, no es la reacción número uno que cualquiera hubiese tenido. ¿Tú sabes lo que me ha costado llegar tan rápido hasta aquí? —me regaña, aunque en el fondo, sé que lo hace para tratar de quitarle hierro al asunto—. Pero no te quiero mentir. La situación está muy mal...

—Ya... me lo imagino, pero no está muerta. No está muerta. No está muerta —repito una y otra vez abrazando a mi amigo.

—Ya te explicará tu madre todo en detalle cuando lleguemos al hospital, pero, aunque su corazón no aguante mucho más, es posible que podáis tener un momento para despediros de ella.

La oportunidad de decir adiós... Un privilegio que no tuve la última vez y que, desde luego, pienso aprovechar. ¿Qué cojones estoy haciendo en este parque, lamentándome como un alma en pena, en vez de estar donde de verdad tengo que estar? En el hospital, al lado de mi familia.

Cojo aire, inspiro profundamente y expiro durante unos segundos para tranquilizarme y coger fuerzas para enfrentarme a lo que sea que esté por venir. Acabo de dejarme arrastrar por el miedo y al pánico, pero no voy a dejar que vuelva a pasarme. A partir de ahora, voy a ser fuerte.

Según me cuenta Julio, mi madre ya se ha ido al hospital en coche, así que decidimos coger un Uber nosotros dos.

—Muchas gracias, Julio, de verdad... —le agradezco una vez ya dentro del coche y camino del hospital.

—Anda, tonta. ¿Gracias por qué?

—Pues por venir a mi rescate, como siempre. Eres mi príncipe azul —le digo, dándole un sonoro beso en la mejilla—. Qué lástima que seas maricón... Sabes que si fueses hetero me casaría contigo, ¿no?

—No te preocupes, baby. Ya conocerás a otro príncipe de otro color en Australia que te dará el polvo que tanto necesitas —me responde guiñándome un ojo.

El conductor, que no puede evitar poner la oreja en nuestra conversación, suelta un pequeño carraspeo para hacerse notar. Tampoco es que se haya puesto rojo, pero parece un poco incómodo. Julio y yo nos miramos y nos reímos. Sienta bien sonreír, aun sin dejar de sentir dolor por dentro.

—¡Pero si llevas el anillo! —me grita de repente, cogiéndome la mano.

—¡Ostras! ¡Es verdad! Se me había olvidado por completo. Me lo he puesto antes al cambiarme de ropa para enseñárselo a mi madre, pero como al entrar en el salón me encontré con vosotros dos ahí llorando, se me pasó por completo.

—Pues menos mal que no se te ha caído en la arena del parque mientras trepabas como Mowgli.

—Pues, sí. Menos mal... —respondo con alivio mientras trato de quitármelo—. Aunque creo que hubiese sido imposible que se me cayese. Se ha atascado.

—A ver, déjame a mí...

Ni con toda su fuerza ni toda mi maña, somos capaces de quitarme el anillo incrustado en el dedo anular de mi mano izquierda.

—Jodida... Lo tienes bien pegado —protesta Julio, sin rendirse todavía.

—Probad con agua y jabón cuando lleguéis, es lo mejor. Cuando me he tenido que quitar el anillo de casado alguna vez, ¡el jabón nunca falla! —interviene el conductor.

—Eh... Gracias. Lo intentaré.

—¡Podemos probar con lubricante! Seguro que así sí que sale. Tengo en casa uno de fresa, luego te lo acerco.

No sé si reírme o regañarle. ¿Cómo es posible que siempre me saque una sonrisa ante cualquier circunstancia?

Estamos a punto de llegar al hospital, así que llamo por teléfono a mi madre para preguntarle a qué planta y habitación han llevado a la abuela. Me dice que me espera en la entrada para entrar juntas. Los médicos van a intentar despertarla enseguida.

Ya le veo desde lejos, ahí sentada en la escalera de la entrada con esa mirada preocupada de las tuyas... Presiento que me va a caer una buena nada más llegar, pero resulta que estoy

completamente equivocada. Simplemente, se levanta y me abraza.

—Vamos, nos están esperando.

Antes de entrar en la habitación en la que está ingresada la abuela, cojo aire y cuento hasta tres. Al pasar, su imagen me eriza la piel y me golpea el pecho, pero no me puedo permitir perder los nervios otra vez. Con la máxima tranquilidad que me es posible, acerco una silla al lado de su cama y arropo su fría mano entre las mías.

—¿Se va a despertar? —pregunto en voz alta, sin dirigir la pregunta nadie en concreto. Sé que nadie tiene todavía la respuesta.

—Vamos a esperar a ver qué dicen los médicos cuando vengan... —responde mi madre.

—¿Estás bien, María? —me pregunta Julio.

Yo le devuelvo una sonrisa afirmativa. Por supuesto que no estoy bien, pero lo intento.

Enseguida aparecen los médicos en la habitación y empiezan a explicarnos la situación en términos médicos confusos. A los cinco minutos, dejo de prestar atención y vuelvo a centrarme en mi abuela. Toda mi atención recae en ella, tan pálida y bella al mismo tiempo. Me gustaría preguntarle tantas cosas...

¿Fuiste feliz? ¿Amabas realmente al abuelo? ¿Por qué salieron mal las cosas con Vicente? ¿Qué es lo que sentías por Alejandro? Tantas preguntas sin respuesta que, sin embargo, suenan de lo más insignificantes en estos momentos.

No importa nada de lo que ocurriese hace sesenta años. ¿Qué más da ahora? Lo más importante de todo es que pasase lo que pasase, siguió adelante, construyó una familia e hizo que nunca nos faltase de nada a mi madre y a mí.

Salgo de mis pensamientos al notar el silencio de la sala y darme cuenta de que los médicos ya se han ido y me dirijo entonces a mi madre. Quiero contarle todo lo que está pasando por mi cabeza en estos momentos y pedirla que no lllore más, pero de repente, un pequeño movimiento

me alerta. ¿Acaba de mover su mano? No abre los ojos, pero de alguna manera, sé que está despierta.

—¡Julio, avisa a un médico!

—¿Qué ocurre? —me pregunta agitado.

—¡Se ha movido! Creo que se está despertando.

—María... yo no veo que...

—¡Que vayas a por un médico! —le ordeno otra vez.

Dudoso, me obedece y sale de la habitación mientras mi madre se acerca corriendo al otro lado de la cama en la que está acostada la abuela.

—¿Estás segura, María?

Pero no hace falta que llegue a responder porque entonces, mi abuela abre poco a poco los ojos, tratando a su vez de decir algo.

—María... estás aquí —logra decir, en un tono casi de susurro.

—Sí, abuela. Estoy aquí y no me voy a ir a ningún lado.

Cambios

Mi móvil me recuerda que faltan cuatro días para que salga mi avión. Un vuelo que por supuesto, no voy a coger.

Las cosas han cambiado. Con mi abuela sin fuerzas, aún recuperándose en el hospital, jamás me plantearía la posibilidad de irme en estos momentos. Ella me ha cuidado durante toda mi vida y ahora es el momento de devolverle todo ese cariño y apoyo sin el cual, habría estado completamente perdida.

Por otro lado, mi madre ha tenido que incorporarse de nuevo al trabajo y a pesar de que vuelve todas las tardes al hospital, siento la responsabilidad de ser yo quien se quede con mi abuela la mayor parte del tiempo.

Casi siempre está dormida y cuando no lo está, apenas tiene fuerzas para hablar, pero da igual. Sé que, aunque esté durmiendo, puede sentir que sigo aquí, a su lado.

No la pienso dejar sola nunca. No podría soportar la idea de que, al abrir los ojos, se encontrase sin nadie a su alrededor.

—Pero María, si casi ninguna noche está despierta... ¿Por qué no vuelves a casa a descansar y regresas a la mañana siguiente? No se va a enterar... —trató de convencerme mi madre hace dos noches.

Pero no. No pienso dejarla sola por la sencilla razón de que, si fuese yo la que estuviese en su lugar, odiaría quedarme sola. Me aterroría abrir los ojos y darme cuenta de que estoy en una sala extraña sin nadie a mi alrededor.

—No tengas miedo abuela, no me voy a ir a ningún lado —la tranquilizo mientras vuelve a cerrar los ojos otra vez y a caer en un profundo sueño.

El estómago me ruge, por lo que intuyo que debe haber pasado ya la hora de comer hace tiempo. Echo un vistazo a la pantalla del móvil y efectivamente, son ya las cinco de la tarde.

Aprovecho que acaba de llegar una enfermera a la habitación para salir rápido a la cafetería y comprar un sándwich. Mi madre debe estar al llegar, pero me temo que mis tripas no aguantan más. Apenas he comido un par de galletas en todo el día.

Después de comprarme un sándwich de atún, paso por el baño de camino a la habitación. Nada más entrar, no puedo evitar mirarme en el espejo. ¿Se puede tener peor pinta? Lo dudo. Casi no me reconozco.

Tengo el pelo grasiento, recogido en una coleta para tratar de camuflar que necesita un lavado urgente, pero ya. La ausencia total de maquillaje no es que tampoco ayude a disimular mis enormes ojeras. Parezco un mapache. Con razón, Julio parecía tan preocupado ayer al pasarse por aquí. Doy pena.

La única buena noticia es que creo que he adelgazado en los últimos días, aunque hasta eso parece preocupar a mi madre. El mundo al revés. Ante otras circunstancias, estaría orgullosa de mí por haber perdido tanto peso en cuestión de días.

—María, hoy me quedo yo con la abuela esta noche —me dice nada más llegar a la habitación.

—Pero... —Trato de replicar.

—No hay peros. Es viernes, mañana no tengo que madrugar y tu necesitas urgentemente un buen baño, descansar y comer como es debido. He comprado comida en la tienda de precocinados de al lado de mi trabajo, así que solo tienes que coger el plato que quieras y calentarlo.

—Está bien... —Termino aceptando. La verdad, hasta yo me doy pena a mí misma—. Por cierto, ¿sabes algo de cuándo va a llegar el resto de la familia?

Los dos hermanos mayores de mi abuela ya fallecieron hace tiempo. Rosa hace unos cinco años y Pedro recientemente, hace unos meses, pero todavía tiene a otros dos hermanos que viven en el pueblo y multitud de sobrinos que habían prometido venir a visitarla este fin de semana. A

pesar de verse en contadas ocasiones al año, todos la quieren un montón y la tienen muchísimo cariño.

—Sí. Mis tíos vienen mañana y los primos han dicho que se irán pasando a lo largo del finde cuando puedan, ya que la mayoría vive en Madrid.

—Le va a hacer muy feliz ver a sus hermanos.

—Sí, seguro —coincide conmigo—. Por cierto, ¿ha vuelto a insistir en contarnos la dichosa historia?

—Sí... Cada vez que abre los ojos, insiste en lo mismo, pero enseguida cae rendida otra vez.

—Ay qué ver ¡qué cabezota es! Tiene que coger fuerzas.

Desde que despertó, en el poco tiempo que aguanta despierta, no hace más que insistir en que tiene algo que contarnos. Yo la sigo respondiendo que ya nos lo contará cuando estemos en casa y se encuentre bien, pero ella sigue insistiendo. Sé, perfectamente, a quién ha salido mi madre en su cabezonería.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —respondo.

—¿Has pensado ya que vas a hacer? Te recuerdo que tienes un billete de avión a Sídney para dentro de cuatro días.

—Mamá, ya te lo he dicho muchas veces. No pienso ir.

—Ya lo sé, pero ¿no te has planteado la posibilidad de atrasar el viaje?

—No. Como diría la abuela, todo pasa por alguna razón. Está claro que no debo ir.

—Hija... no pienses así, tan negativa... Eres muy joven, ¡todavía tienes mucho por vivir!

—Por favor, ¡no insistas! Desde que pronuncié la palabra Australia, todo ha ido mal. No pienso ir.

Me sorprende el giro de 180 grados que ha dado la situación. Mi madre insistiendo en que

aproveche el momento y me vaya a Australia y yo repitiendo que quiero quedarme en Madrid. Semanas atrás, jamás me hubiese imaginado que esto pasaría, pero tampoco tengo ninguna duda de la decisión que he tomado. Es lo que hay.

—Bueno hija, vete ya a casa. No te preocupes más —reitera mi madre, casi empujándome para salir de la habitación—. Toma, las llaves del coche. Lo he aparcado por donde siempre. Descansa.

—Vale, mamá. Pero llámame si pasa cualquier cosa. Dejaré el móvil con sonido.

—Y tú no te olvides de comer como Dios manda. No sé cómo puedes seguir alimentándote a base de esos tristes sándwiches durante más de dos días seguidos.

Al llegar a casa y volver a encontrarme completamente sola, casi me dan ganas de a llamar a Julio y pedirle que venga a hacerme compañía, pero no lo hago. En el fondo, sé que me vendrá bien estar un ratito a solas para cuidar un poco de mí misma.

Lo primero de todo, me preparo un baño calentito, pongo un poquito de música de relajación y por qué no, me sirvo una copa de vino blanco. El momento de meterme en la bañera y cubrirme de agua calentita todo el cuerpo, casi supera el placer de un orgasmo.

Sumerjo la cabeza para despejarme del todo. ¡Qué gusto! Estiro el brazo para alcanzar mi copa de vino y doy un trago largo. En estos momentos, no creo que haya nada más maravilloso que esto.

De repente, me despierto sobresaltada por una pesadilla y completamente desorientada. Tardo un par de segundos en darme cuenta de que sigo en la bañera. ¿Cuánto tiempo me he quedado dormida? Espero que no haya sido mucho, pero el agua helada me hace sospechar que se me ha vuelto a pasar la hora de cenar.

Salgo de la bañera, me arropo rápidamente con la primera toalla que me encuentro y alcanzo mi móvil que está a punto de quedarse sin batería. La una de la mañana. Con razón mis tripas vuelven a rugir. Menos mal que tengo comida lista para meter en el microondas.

Me seco la cabeza con el secador para evitar un posible resfriado, pero no del todo. Soy una persona con poca paciencia y menos aun cuando mi estómago me pide urgentemente algo de comer.

Abro la nevera y acabo escogiendo unos macarrones a la boloñesa. Lo sé, una opción hiper calórica para comer a la una de la madrugada, pero me da igual. No me puedo resistir.

Cuando termino de cenar, voy directa a la cama y pese a haber estado durmiendo hace unos minutos, no tardo casi nada en caer rendida entre los brazos de Morfeo. Eso sí, esta vez no me he olvidado de poner la alarma del móvil para despertarme a una hora decente.

Suena la alarma del móvil y estoy prácticamente segura de que he dormido del tirón. Voy al baño con la esperanza de que al mirarme en el espejo mis terroríficas ojeras hayan desaparecido, pero nada, ahí siguen. Paso a paso, al menos hoy tengo el pelo limpio.

Ya que hoy se pasarán varios familiares por el hospital, decido vestirme algo mejor que los últimos días. Menos mal que todavía me queda algo de ropa limpia que puedo conjuntar de alguna manera. Una camiseta negra y unos simples vaqueros me sacarán del apuro. Tampoco me voy a volver loca y a arreglarme especialmente. No tengo ganas.

Al echarme un poco de mi colonia preferida, me percató del anillo sobre la mesilla de mi cuarto que hace unos días se me quedó atascado en el dedo. Finalmente, pude sacarlo gracias al lubricante que me prestó Julio. Él sigue insistiendo en que deberíamos llevarlo a una joyería o a una casa de empeños para tasarlo. Yo, la verdad, es que tampoco tengo ganas de andar investigando sobre su procedencia. Bastante que hice la prueba del aliento que me dijo, pero no sucedió lo que, supuestamente, tenía que suceder.

He estado a punto de prestarle el anillo para que continúe él su investigación y compruebe su teoría inverosímil, pero se niega a ir sin mí. Dice tener miedo de que le atraquen en algún momento y se lo roben. Si supiera cómo en vez de hacerle caso y esconderlo, lo estoy dejando a simple vista en mi mesilla...

Entre tanta distracción, casi se me olvida desayunar. Para evitar posibles regañinas de mi madre, me preparo un café rapidito y me acabo zampando dos cruasanes rellenos de chocolate sobre la marcha. Supuestamente, no debo comer más de un elemento al día del “cajón de las tentaciones”, pero es lo que hay. Cuando toda esta mala racha pase, seguramente todo esto tenga un efecto rebote, al igual que me ha pasado en mis anteriores dietas fallidas, pero bueno, eso ya será problema de la María del futuro. La María del presente trata de sobrevivir otro día más y necesita bollos.

Llego al hospital con un café y otro bollo para mi madre y mentalmente preparada para un día más entre médicos y enfermeros. Sin embargo, no estoy preparada para encontrarme la siguiente escena ante mis ojos nada más entrar en la habitación: Mi abuela y mi madre riendo juntas en medio de una amigable conversación.

¡Ay que joderse! Me paso toda la semana aquí anclada a su lado como una estatua y para un momento que me voy a casa a descansar, ella recupera el ánimo enseguida. Aun así, sé que no debo ser egoísta y que lo importante es que está mejor. De hecho, parece estar muchísima mejor.

—¡María! ¡Ya has llegado! Ven aquí cariño, dale un abrazo a tu abuela.

—¿Esto es para mí? —me pregunta mi madre refiriéndose al desayuno que traigo—. Gracias, cielo.

Al abrazar a mi abuela, no puedo evitar que se me escape alguna lagrimita. Llevo muchos días deseando poder hablar con ella y verla así, tan contenta como de normal es ella.

—¿Ya te encuentras mejor?

—Sí, cariño. Muchas gracias por cuidar de mí todos estos días. No te creas que no me he dado cuenta de que no te has apartado de mi lado en ningún momento. Mírate, que guapa estás...

—Pues claro que he estado aquí, abuela. Me alegro mucho de que ya estés mejor. ¿De qué os reíais cuando he llegado? —pregunto, con un poco de envidia por haberme perdido el momento.

—¡Ah! Me estaba acordando de cuando di a luz a tu madre en un hospital como este y cómo

dio por culo para salir al mundo.

—¡Mamá! —Se escandaliza mi madre al oírla hablar así. No es propio de ella utilizar ese tipo de lenguaje.

—Hija, ya es hora de que me refiera a las cosas como son. Y tú eras un bebé precioso, pero ¡casi me matas! Y lo que me costó sacarte por el co...

—¡Mamá, por Dios!

No puedo evitar reír a carcajadas, a las que acaban uniéndose las dos.

—Bueno, ya que estáis las dos aquí y por fin, me veo con fuerzas para no quedarme dormida enseguida, necesito contaros una cosa.

—¿El qué? —pregunto con curiosidad—. ¿Seguro que te encuentras bien del todo?

—No —responde mi madre en su lugar—. Los médicos han dicho que, aunque parezca encontrarse bien, no debe hacer esfuerzos. Mamá, tienes que seguir descansando.

—¡Y eso hago! ¿O es que me ves levándome de la cama para hacer una maratón? ¡Tranquila! No voy a ir a ningún lado.

—Qué cabezona eres...

Sonrío. Me dan ganas de añadir que las dos son igual de cabezonas, pero decido ahorrarme el comentario. Prefiero escuchar con atención lo que la abuela ha tratado de contarnos desde que llegó al hospital.

—Bueno, ¿ya habéis terminado de leer todas mis cartas?

—¿Cómo?

—Sí, sí... María, no pongas esa cara de sorprendida. Sé que habéis encontrado mis cartas.

—Pero... ¿cómo...?

—Pues, hombre, vi que llevabas mi anillo uno de los días que me encontraba medio ida. Sería realmente extraño que hubieseis encontrado el anillo, pero no las cartas que escondí en el mismo

lugar.

Un silencio incómodo se apropia de la conversación durante unos segundos. Mi madre y yo nos miramos sin saber muy bien qué decir.

—¡Pero no os quedéis calladas como si hubieseis visto un fantasma! —Se ríe.

—Lo siento, abuela. La verdad es que no sé qué decir... Las encontré yo un día que fui a la casa del pueblo.

—¿Y las habéis leído ya?

—Eh... un poco.

—¿Cómo que un poco? Las habéis leído, ¿sí o no? Dudo mucho que las dejaseis a medias.

—Sí, mamá. Las hemos leído —confiesa mi madre.

—Lo siento... —me disculpo, una vez más, bastante avergonzada por haber invadido su intimidad.

—No pasa nada, cielo. No tienes por qué disculparte. Las escondí porque me daba miedo que alguna de vosotras volviese a encontrárselas por casualidad y descubrieseis esa época de mi vida de la que nunca no os he hablado. Hija, casi me da algo cuando tú las encontraste hace ya años... Pero, por otro lado, tampoco he querido deshacerme nunca de ellas.

—No tienes por qué darnos explicaciones, mamá.

—Te equivocas. Ahora sí que debo daros explicaciones. No debí callarme durante años todo aquello. No tenéis ni idea de lo que pasó después, ¿verdad? Después de la última carta que recibí.

—No. Y tampoco entendemos muy bien por qué tenías escondido ese anillo. —apunto.

—Naturalmente que no os lo podéis imaginar. Pues bien, lo primero que tenéis que saber... —comienza a relatarnos mientras mi madre y yo nos ponemos cómodas a su lado—. ...es que nunca sentí lo mismo por Alejandro que por Vicente, pero llegué a quererlos a ambos. Es difícil de explicar... Alejandro era el sobrino de los señores para los que trabajaba. Su interés por mí estaba

totalmente fuera de lugar, así que no respondí a ninguna de sus cartas.

—¡Lo sabía! —exclamo sin poder evitarlo. Sabía por la manera en la que estaban escritas las cartas de Alejandro que la abuela no había respondido a ninguna de ellas.

Mi madre me mira con cara de reproche por ser tan expresiva, pero mi abuela me vuelve a sonreír.

—Entonces... —Me atrevo a volver a intervenir, a pesar de la mirada de advertencia de mi madre—. ¿Por qué guardaste unas cartas de alguien que no te interesaba?

—Yo no he dicho que no me interesase o que no sintiese nada por él. He dicho que nunca sentí lo mismo por él que por Vicente.

Mi madre y yo nos volvemos a mirar sin entender nada.

—Veréis... Yo estaba profundamente enamorada de mi primer novio, Vicente. Él fue mi primer gran amor. Era amable conmigo, caballeroso, educado, detallista... Me trataba mejor de lo que jamás me había tratado nadie. Además, era muy inquieto y siempre trataba de sorprenderme y llevarme a sitios nuevos. De hecho, me recuerda mucho a ti, María. Los dos sois muy parecidos, tan aventureros y llenos de vida...

Una especie de mariposas me recorren todo el cuerpo. Se me hace raro escuchar a mi abuela hablar de otro hombre que no fuese el abuelo, pero, sobre todo, oírla hablar con tanto cariño. Con tan solo prestar atención a su mirada mientras habla, se nota todo lo que significaron aquellos tiempos para ella, a pesar de haber pasado ya más de sesenta años desde aquello.

—Con Alejandro... era diferente —continúa—. Siempre conseguía hacerme temblar de pies a cabeza con tan solo una mirada o una línea de alguna de sus cartas, y no precisamente de miedo, no... Sabía que estaba mal, pero no pude evitar sentirme atraída por él desde el primer momento en el que cruzó las puertas de aquella casa para la que yo trabajaba.

—Mamá, no hace falta que nos cuentes todo esto. Tienes derecho a guardar tus recuerdos y tu privacidad.

Estoy de acuerdo con mi madre, pero a la vez, no puedo evitar querer saberlo todo- Me muero de curiosidad. Si Julio estuviese aquí, haría un montón de preguntas. Lo que me recuerda a que quedé en llamarle para hablar en un rato. Tendré que tomar notas mentales de toda esta conversación o no me perdonará olvidarme de algún detalle cuando se lo cuente.

—No lo entiendes... ¡Sí que tengo que contároslo! Porque, aunque os hayáis podido hacer una idea de la relación que tuve con Vicente o de lo insistente que era Alejandro, incluso desde otro país, no sabéis lo que pasó después. En algún momento, voy a morirme, sea ahora o dentro de unos años, así que prefiero que os enteréis de todo por mí. Ahora mismo.

Tentaciones

Villa Blanca (Cuenca) – 1958

—¡Carmen, Carmen! —gritó mi hermana pequeña desde lejos, corriendo a toda velocidad hacia mí. Si no hubiese sido por la enorme sonrisa que llevaba, hubiese pensado que acababa de pasar algo malo.

—Pero ¿se puede saber qué ocurre, Sofía? —le pregunté en cuanto llegó a mi lado.

—Es que... Es que, ha llegado... —trató de responder, jadeando.

—Anda, pasa para adentro a tomar un vaso de agua. ¡Cómo se te ocurre llegar a casa así, corriendo con este calor, criatura! Mira que, si te llegas a tropezar y estropear el vestido...

—¿Y qué más da? ¡Si ya que me queda pequeño! —respondió justo después de beberse el vaso de agua de un trago.

Tenía toda la razón. Me costaba creer lo rápido que la pequeñaja de la familia había crecido en los últimos años, pero a la vista estaba que la ropa cada vez le quedaba más pequeña y que dentro de poco, dejaría de ser una niña. Me hubiese gustado poder parar el tiempo para que dejase de crecer tan rápido y siguiese disfrutando un poquito más de su libertad.

—Bueno, ¿me cuentas ya qué es lo que pasa? —le pregunté, impaciente.

—¡Ha llegado esta carta para ti! ¡Y creo que es de Vicente! —gritó entusiasmada.

—Chssss —le mandé callar— ¿Y hacía falta pregonarlo a pleno pulmón para que se enterase todo el pueblo?

—¡Es que no me he podido aguantar! Además, ¡me muero de ganas de conocerle! Va a venir pronto al pueblo, ¿verdad? O quizás... ¡Podemos ir nosotros a conocerle a Madrid! ¡Por favor, di que sí!

—Sí, claro, ¡para que me lo espantéis! De eso nada, ya lo conoceréis cuando tenga que ser. Y

el primero tiene que ser Pedro, ya lo sabes. Todavía tiene que aprobar lo nuestro...

—¿Qué injusto! ¡Si soy yo la hermana a la que más quieres!

No pude evitar reírme. Nunca me hubiera atrevido a confesarlo en voz alta, pero Sofía tenía razón, como siempre. ¿Cómo era posible que la más pequeñaja de la familia hubiese salido la más lista?

Desde que me había marchado a vivir a Madrid, me había ido distanciando poco a poco, de casi toda mi familia. Solía enviar cartas al pueblo de vez en cuando para saber cómo se encontraban todos, pero mi madre contestaba siempre con frases muy cortas y casi a desgana (y eso si se tomaba la molestia de responder). Solía poner como excusa la cantidad de trabajo que tenía y que, no podía estar perdiendo el tiempo, respondiendo cartas.

Mi hermano mayor, Pedro, seguía más a lo suyo que prestando atención a la familia. Nada que fuese una sorpresa. Durante los últimos años, cada vez parecía preocuparse menos por el trabajo en la granja y por ayudar a la familia. Además, supuestamente, nuestra madre le había pedido hacía ya tiempo que fuese a Madrid a conocer a Vicente. Sin embargo, siempre ponía alguna que otra excusa para no venir. Lo raro era que a esas alturas y con lo guapo y buen mozo que era, siguiese soltero y dedicando su tiempo libre a saber a qué.

El pequeño Miguel había empezado a trabajar hacía poco con él, pero todos sabíamos que Pedro no le prestaba mucha atención, por lo que Miguel acababa escapándose de las tareas la mayor parte del tiempo. Incluso, habían escuchado rumores sobre que, Pedro andaba hablando con más de una muchacha a la vez, pero era imposible saber si eso era verdad o, simplemente, habladurías de la gente.

En cuanto a mi hermana Rosa, cada vez la veía menos. Al ritmo que me invitaba a su casa a ver a mi sobrina, la pequeña Raquel se iba a acabar olvidando de mí entre vista y visita.

—¿Qué dice la carta? —me preguntó mi hermana Sofía, tratando de ojearla, subida a una silla.

—¡Serás cotilla! Nada que te interese.

—¿Te ha pedido ya que te cases con él? —volvió a preguntar, emocionada.

—¡Qué pesada eres! ¿Cómo va a hacer eso por carta? Además, primero tiene que hacer la mili el año que viene. Luego, si él me lo propone y Pedro y nuestra madre están de acuerdo...

—¿Le dirás que sí? ¿Te casarás con él? —insistió, subiendo su voz hasta casi gritar de emoción.

—Pues, ¡claro! Es mi novio.

—¿Y le quieres?

—¡Por Dios, Sofía! Mira qué estás insistente hoy...

—¿Estáis enamorados?

—Pues, claro.

—¿Y cómo sabes que estás enamorada?

—Pues... No sé. Esas cosas se saben. Él es muy bueno conmigo, ¿sabes? Nada que ver con cómo era padre con madre... —se me escapa añadir en voz baja.

—¿Nuestro padre era malo con madre?

A veces olvido que mi hermana era a penas un bebé cuando él murió. Yo, por el contrario, recuerdo muy bien el mal humor con el que a veces volvía a casa y los golpes y lágrimas que le causaba a nuestra madre cuando no estaba contento.

—Sí, era un buen hombre... —miento—. Pero Vicente es diferente. No hace más que escribirme cartas desde que he venido al pueblo.

—¡Qué listo que es!

—Tú también podrías escribirme cartas cuando esté en Madrid si le dedicases más tiempo a practicar. De hecho, no sé qué estamos haciendo aquí cacareando en vez de aprovechar el tiempo.

—Ya, pero... Madre dice que es una tontería... Y cada vez me manda más tareas para ayudar en casa.

—Ya... —Aquello no me tomó por sorpresa.

Bien sabía yo que a madre le parecía una auténtica tontería que yo hubiera aprendido a leer y a escribir, siendo lo que era, una sirvienta, pero yo esperaba que mi hermana, tan lista como era, alcanzase un futuro mejor que el mío.

—Pero dime una cosa. Si no aprendes bien a leer, ¿cómo te vas a enterar de todo lo que me pase en Madrid? Incluido, cuando me propongan matrimonio...

—¡Aaaaaaaah! ¿Me escribirás a mí la primera para contármelo todo?

—¡Claro, tonta! Pero a cambio, tendrás que aprender bien a leer y a escribir, ¿no crees?

No hizo falta añadir nada más para que Sofía fuese corriendo a por el libro que le había regalado por su cumpleaños. Sin embargo, no tuvimos mucho tiempo para practicar la lectura. Enseguida el día se nos echó encima y nuestra madre estuvo de vuelta de hacer sus recados, lista para coordinarnos para la cena. Hoy cenaríamos todos juntos, ya que, al día siguiente por la mañana, volvía de nuevo a Madrid.

Cada vez que volvía a despedirme de mi familia después de una visita, se me rompía el corazón. De alguna manera, aunque ya no siguiese viviendo allí, sentía que ese seguía siendo mi verdadero hogar.

—¿Qué estará haciendo Pedro que tarda tanto en volver a casa? Ya debería de estar por aquí... —pregunté en voz alta a la hora de la cena.

—Miguel, ¿sabes dónde se ha metido tu hermano? Pensaba que volvíais juntos del campo —le preguntó mi madre, también extrañada.

—Me dijo que tenía que ir arreglar una cosa al cobertizo.

—¿A estas horas? Este chico...

—Voy a echar un vistazo a ver si sigue ahí, madre —propuse.

—Vale, hija, pero no tardes mucho. Ya está empezando a anochecer.

El cobertizo al que se refería Miguel no estaba muy lejos de casa, pero, aun así, caminé a paso ligero para no tardar. Nuestro pueblo era bastante seguro y nunca pasaba nada malo, pero no me gustaba la idea de quedarme a oscuras por ahí.

Al estar llegando al cobertizo, antes de entrar, escuché unos sonidos extraños. Era como si que Pedro estuviese gritando de dolor, así que asustada por que hubiese tenido un accidente o alguien le estuviese haciendo daño, cogí una pala que había al lado de la puerta y me preparé para entrar de golpe y sin avisar.

Tardaron unos segundos en darse cuenta de mi presencia, pero los suficientes para que yo tuviese tiempo para comprender qué estaba pasando. Completamente como Dios le trajo al mundo, mi hermano gemía, moviéndose bruscamente sobre mi amiga Pili, quien tan solo llevaba puesto una falda remangada hasta la cintura.

Aquella escena me desconcertó por completo. Tanto que, me quedé inmóvil unos segundos, contemplando como mi propio hermano trataba a mi amiga como si de una yegua se tratase. Fue el sonido de mi pala cayéndose al suelo por mi sorpresa, lo que provocó que ambos se girasen y me viesen.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamé, dándoles la espalda

—Carmen, ¡vete de aquí! —gritó mi hermano, bastante enfadado.

—Oh, Carmen... Por favor, ¡no cuentes nada! —Oí a Pili suplicar a mi espalda.

—Os espero fuera. Nos están esperando en casa —respondí, saliendo de ahí cuanto antes.

Mi hermano no tardó mucho en encontrarse conmigo fuera, ya totalmente vestido.

—Vámonos —me ordenó en tono serio.

—¿No esperamos a ...?

—No va a salir contigo aquí. Se muere de vergüenza.

—¡No me extraña! ¿Y a ti no te da vergüenza? Deberíais estar ahora mismo los dos arrepentidos por lo que acabáis de hacer...

—¡Cállate! Tú no has visto nada, ¿entiendes? —me gritó entonces, agarrándome de los hombros y agitándome con violencia. Nunca me había tratado así —Si quieres que dé el visto bueno a tu noviecito, más vale que mantengas la boca cerrada.

—No pensaba contar nada... —respondí asustada.

—Mejor —zanjó la conversación.

Cuando llegamos a casa, fue imposible que mi madre no se diese cuenta de que algo raro había pasado.

—¿Y esa cara, Carmen? Parece que has visto un fantasma —comentó mientras cenábamos.

—No es nada. Solo que no me encuentro muy bien.

—¡Espero que no te pongas mala justo antes de viajar!

—No se preocupe, madre. He decidido acompañarla yo mismo esta vez a Madrid para conocer por fin a Vicente.

Traté de ocultar la sorpresa en mi rostro y seguí comiendo mi plato de sopa sin levantar la mirada.

—¿Así, de repente? Pero... Bueno, no pasa nada. Nos apañaremos por unos días sin ti —respondió mi madre, también sorprendida, pero sin cuestionar nada— ¿Dónde te quedarás?

—En casa de mi amigo José. Vive por el barrio de la prima Carla, así que no te preocupes —contestó Pedro inmediatamente.

Su rápida respuesta me hizo dudar sobre si realmente, ya tenía pensado acompañarme o sobre si estaba improvisando. Finalmente, Pedro iba a conocer a Vicente, lo cual era algo bueno que yo llevaba mucho tiempo deseando, pero en aquel momento, seguía desconcertada y asustada por lo

que acababa de pasar.

Por otro lado, tenía un montón de dudas en la cabeza. ¿Desde cuándo Pedro iba por ahí revolcándose con mi amiga? Todos sabíamos lo que se decía por el pueblo, pero nunca imaginé que mi hermano llegase a... Pensaba que, simplemente, le gustaba ser simpático con las chicas y desde luego, eso era más que suficiente para producir habladurías. ¿Y cómo era posible que mi amiga Pili hubiese llegado hasta ese punto? Con lo sensata que era ella... No lo entendía. No conseguía entender nada y, sin embargo, era consciente de que yo misma había estado a punto de terminar en una situación así en más de una ocasión.

Ahora que tenía más que claro lo fácil que era caer en la tentación, tenía que casarme con Vicente cuanto antes. Una vez casada, ya no habría nada más que temer. Al menos, esa era la idea que yo tenía del matrimonio. Una vez casada, nada malo podría pasarme.

Cuando llegamos a Madrid, tras soportar un silencioso e incómodo viaje, mi hermano y yo nos separamos. Él se fue a pasar la noche a casa de su amigo y yo a la mía. Quedamos en vernos al día siguiente con Vicente. El pobre hombre no tenía ni idea de que iba a aparecer en la cafetería que habíamos quedado, acompañada de mi hermano, pero esperaba que no se enfadase conmigo por no avisarle. Obviamente, no tuve tiempo de avisarle del cambio de planes.

También le rogué a Dios que Pedro no pagase su enfado con él. Aunque parecía que en el viaje se había calmado un poco, no me atreví a volver a sacar el tema en ningún

momento. Total, que hiciese con su vida lo que le diese la gana, pero eso sí, que no estropease la mía. Nunca me había enfrentado a él ni a, prácticamente, nadie en toda mi vida, pero si por alguna razón se pusiese en contra de lo mío con Vicente, esta vez respondería.

Lo tenía clarísimo. No iba a dejar que volviese a amenazarme ni a asustarme. Siempre había obedecido a mi familia, respetando a mi hermano mayor y a mi madre, pero ya no era ninguna niña y deseaba tomar mis propias decisiones.

Yo no decidí ir a trabajar a Madrid, ni dejar de ir al colegio, ni trabajar de criada para esa

casa. Durante toda mi vida, había seguido las órdenes de los demás, pero ya estaba harta. Puede que no tuviese grandes sueños como Vicente, pero ya empezaba a estar cansada de seguir siendo la niña buena de siempre, haciendo siempre lo que los demás querían que hiciese.

En aquel momento, de camino a la calle San Bernardo, con mi maleta en mano, me sentí muy segura de mí misma. Me sentí fuerte, decidida y con las ideas muy claras. Sin embargo, en cuanto entré por la puerta de casa, anunciando en voz alta mi llegada, mi seguridad se desvaneció.

En medio del pasillo, estaba de pie, bien erguido e impecable, ni más ni menos que el señorito Alejandro. Mi mente colapsó nada más verle. Creo que hasta se me olvidó el habla. ¿Qué hacía de vuelta tan? Se supone que no debía estar de vuelta hasta acabar la Universidad.

—Buenas noches, Carmen. ¿Cómo está?

—Buenas noches, Alejandro. No sabía que había vuelto —conseguí responder, con la voz entrecortada.

—Ya ve, decidí adelantar mi llegada hace unos días. He hecho un pequeño parón en mis estudios.

Fue una lástima que usted no estuviese aquí cuando llegué. La he echado de menos estos días por aquí. Esta casa no es la misma sin usted y yo... tampoco.

Roja de la vergüenza, no supe qué responder. Opté por ignorar su comentario y cambié de tema rápidamente.

—¿Y los señores? —pregunté, poniéndome cada vez más nerviosa.

—En el teatro. Supongo que no tardarán en volver. Manuela está en la cocina y Merche creo que también está con ella ayudándola en alguna tarea. Se alegrará de verla. No ha hecho más que quejarse, últimamente, de todo el trabajo que tiene ella sola desde que usted se fue.

—En ese caso, pasaré a saludarlas y después, me iré a mi habitación a deshacer la maleta. Le ruego que les informe a los señores cuando lleguen de que ya estoy de vuelta, en caso de que no

oiga el timbre.

—Mmm... ¿No quiere entrar al comedor a charlar un rato? Creo que tenemos una conversación pendiente.

—Se equivoca. Usted y yo no tenemos nada de qué hablar —respondí, poniéndome firme.

—¿Es que no ha leído mis cartas? No he recibido ni una sola respuesta en todo este tiempo...

—Sí, pero... —No se me daba nada bien mentir, así que decidí admitir al menos, que las había leído— Repito, no hay nada de qué hablar. Además, estoy muy cansada del viaje y me gustaría descansar un poco antes de que lleguen sus tíos.

Sin añadir nada más, me dirigí a la cocina. Pensé que Alejandro insistiría todavía más en hablar conmigo, pero no fue así. Le eché una última mirada antes de abrir la puerta y me sorprendió su cara. Parecía triste, decepcionado, derrotado... No parecía el mismo Alejandro chulo, seguro y desvergonzado al que estaba acostumbrada. Verle así me afectó bastante. ¿Dónde estaba la Carmen segura y decidida que entraba por la puerta de casa hacía un momento?

Una hora después, pude oír perfectamente desde mi cuarto cómo los señores llegaron a casa y se pusieron a charlar un rato con Alejandro. Podría haber salido a saludar, pero preferí seguir escondida en mi guarida. El problema que tenía es que me moría de hambre, así que esperé a que todo el mundo se fuese a dormir y a que la casa estuviese en silencio para salir a por algo que picar. Lo que no pensé es que el señorito Alejandro me estaría esperando en la cocina en absoluto silencio.

—¡Virgen Santa! —grité, asustada.

Me había estado esperando todo el tiempo sentado en un taburete de la cocina y a oscuras. ¿Qué clase de persona hacía algo así? Menos mal que esta vez, llevaba mi bata puesta.

—Perdón. La he vuelto a asustar —se disculpó con una sonrisa pícara.

—Sospecho que era eso lo que quería —respondí.

Me puse a buscar algo de comida de la despensa velozmente. Cuanto antes saliese de allí,

mejor.

— Para nada, pero esperarla aquí era la única manera que tenía de intentar hablar con usted otra vez. Tarde o temprano, tendría que salir a cenar algo. Seguro que no ha comido nada desde que salió de Madrid.

—Ya le he dicho que no hay nada de qué hablar.

—Tal vez usted no tenga nada que decir, pero yo sí. ¿Podría, aunque sea, escucharme?

—No —respondí convencida.

De ninguna manera iba a dejar que encima de darme un susto de muerte, se saliese con la suya.

—¿De qué tiene miedo? —me preguntó entonces, empezando a molestarse por mi cabezonería.

—¿Qué dice? No tengo miedo —respondí con un trozo de queso y jamón en la mano, lista para salir corriendo.

—Ya lo creo que tiene... Y mucho.

—Está usted realmente insistente. Por favor, déjese de tonterías y déjeme pasar. Solo faltaba que despertásemos a sus tíos y ya tenemos la fiesta montada.

—¿Tiene miedo de mí? —me preguntó acercándose y bloqueándome la salida— Jamás le haría daño. Nunca la forzaría algo que usted no quisiese, pero ese es el problema, ¿no? Que realmente quiere. Se siente atraída hacia mí tanto como yo hacia usted.

—Pero ¡qué estupideces está diciendo! Por favor, apártese —respondí bastante nerviosa.

Mi corazón latía cada vez más fuerte. Me estaba empezado a poner realmente nerviosa. Sentía mariposas por todo el cuerpo y la verdad, unas ganas tremendas de dejarme llevar, pero no iba a suceder. No podía suceder. Cuando se acercó aún más a mí y acarició con sus dedos mis brazos, creo que hasta dejé de respirar.

—Dígame que no siente nada y la dejo pasar.

—No siento nada —respondí, con la voz quebrada.

—Ahora, dígamelo con un poquito más de convicción. Como si fuese verdad —dijo sonriendo, divertido.

Sin darme cuenta, estaba cayendo poco a poco en su juego y estaba perdiendo. Tragué saliva y volví a responder lo mismo. Esta vez, con la voz un poquito más firme.

—No siento nada.

—¿Y por qué no la creo? —me preguntó al oído.

Casi estuve a punto de perder. Casi estuve a punto de echar todo mi futuro a la basura, caer en sus brazos y perderme en sus labios. Hubiese sucedido, de no haber sido por lo que dijo después.

—¿Por qué es así? ¿Por qué no acepta de una vez que se muere por estar conmigo? Los dos lo sabemos, no pasa nada.

—Jamás me dejaría llevar con usted. Sería el pecado más grande que pudiese cometer —respondí, tratando en realidad, de convencerme a mí misma.

De repente, se empezó a reír.

—¿Así que es eso? ¿Le preocupa que Dios la pueda castigar por cometer un pecado? Debí imaginarlo.

—Por supuesto que me preocupa. Yo no soy ninguna fulana. Vaya a buscarse una a otra parte si es eso lo que busca.

—Así que... Quiere llegar virgen al matrimonio, ¿no? En realidad, no me sorprende. En este país seguís igual que siempre, pero le voy a decir una cosa, Carmen que, probablemente la escandalice. No hay ningún hombre que llegue virgen al matrimonio. Ni siquiera su queridísimo novio.

—¿Y usted qué sabe? Ni siquiera le conoce.

Me estaba empezando a enfadar, pero no pude evitar pensar en mi hermano. Estaba claro que él había dejado su virginidad hacía tiempo. ¿Serían realmente todos los hombres iguales? ¿Y las mujeres unas pardillas que nos dejábamos engañar? Alejandro contestó a las preguntas que tenía en mi cabeza.

—¿No se da cuenta, Carmen, de lo injusto que esa norma para las mujeres? Se espera siempre lleguéis vírgenes al matrimonio, sin haber roto un plato en vuestra vida y sin saber qué os espera al llegar a vuestra noche de bodas.

—Es cómo debe ser.

—¿Quién lo dice?

—Pues todo el mundo. La Biblia, por ejemplo.

Aquello le provocó risa de nuevo.

—¿Y cuántos hombres hacen caso de ello? Se lo digo yo, casi ninguno. ¿Y sabe por qué? Porque no hay nada malo en hacerlo.

—Alejandro, sé lo que está intentando, pero conmigo no va a conseguir nada.

—Créame, me estoy dando cuenta. Le han lavado tanto el cerebro con ser una mujer buena, casta y pura que, es incapaz de dejarse llevar por sus instintos y hacer lo que de verdad desea. Dígame una cosa, ¿por qué no se hizo monja? Creo que le pega más que ser criada.

Alejandro estaba molesto, yo estaba enfadada y aquello acababa de pasar ya todas las groserías que estaba dispuesta a aguantar. Finalmente, exploté.

—¡Es usted un maleducado! Se las da de moderno y de abierto, pero es usted igual que todos los demás. Juzga a las mujeres sin saber absolutamente nada de ellas. Seguro que pensó que una paleta de pueblo como yo caería rápidamente a sus pies con un par de cartas y palabras bonitas. Soy una paleta de pueblo, tiene razón. De hecho, tiene razón hasta con lo de monja. Probablemente, hubiese acabado de monja si no fuese porque tuve que ponerme a trabajar demasiado pronto para ayudar a mi familia. Tuve que aprender a trabajar para personas como

usted, sin tener la oportunidad de decidir nada, pero ¿sabe lo que sí puedo decidir? Decirle no a alguien como usted. Está muy equivocado con que le rechazo por miedo a caer en el infierno. Es cierto, le tengo mucho respeto a Dios, pero ¿sabe a quién también le tengo respeto? A mí misma. ¡Jamás me dejaría tocar por alguien como usted!

Dije todo eso sin pensar, pero no podía ser más verdad. Eso sí, me dejé en el tintero el hecho de que, en realidad, Alejandro sí me atraía. Una parte de mí, sí que quería besarle, abrazarle y acabar en la encimera de la cocina como animales en celo. Sin embargo, son nuestras decisiones las que nos definen, no nuestros deseos más primitivos. Lo aprendí en aquel momento.

Planes

Al día siguiente, el encuentro entre mi hermano Pedro y Vicente fue bastante bien. Ambos fueron del todo educados el uno con el otro y hasta creo que se cayeron bien.

Hubo un momento en el que me pidieron dejarles solos por unos minutos. Me preocupé un poco, pero cuando volví del cuarto de baño, los dos se estaban dando la mano y sonriendo. ¿Qué demonios estaba pasando?

Ninguno comentó nada cuando volví, pero yo tenía mis sospechas. Después de despedirnos de mi hermano, Vicente me propuso que quedáramos a solas en su casa esa misma noche. Mis sospechas crecieron aún más.

—Carmen, hay una cosa que quiero preguntarte desde hace tiempo... —comenzó diciéndome nada más llegar a su casa y sentarnos en el sofá. Estaba claro que no iba a estar andándose con rodeos.

—Dime. Me tienes preocupada con tanto misterio —Aunque a esas alturas, yo ya tenía clarísimo qué era lo que me iba a decir.

—Está bien. No me voy a andar con rodeos ni tonterías. Tengo la pregunta muy clara desde hace mucho tiempo, pero por fin puedo hacértela como Dios manda. Ahora que tu hermano me ha dado su aprobación, ¿quieres casarte conmigo? —me preguntó mirándome con ojos de corderito y cogiéndome de las manos.

—¡Por fin! ¡Claro que quiero casarme contigo! —respondí nada más escuchar su pregunta, lanzándome sobre él.

—¡No sabes lo feliz que me haces! ¡Te quiero tanto, Carmen! —me contestó, dándome un fuerte beso en los labios— Ya te lo dije en la verbena en la que bailamos juntos por primera vez. Siempre supe que me casaría contigo.

—Bueno, bueno... No te vayas a pensar que ahora que vamos a casarnos, todo va a ser como

tú quieras a partir de ahora...

—Ah... ¿No va a ser así? ¿No me jurarás lealtad y me obedecerás hasta que la muerte nos separe? —se burló de mí, mientras me hacía cosquillas.

—¡Ni hablar! ¿Y tú me obedecerás a mí? —le pregunté, siguiéndole el juego y tratando de devolverle las cosquillas.

—¡Por supuesto! Soy todo tuyo —me respondió, cogiéndome en brazos y llenándome de besos mientras me daba vueltas por los aires.

—Vicente, ¡suéltame! ¿Qué estás haciendo? ¿Estás loco? —traté protestar para que me bajase al suelo, sin dejar de reír—. Como venga alguno de tus compañeros y nos vea así...

Siguiendo con el juego, me dejó caer en el sofá y se colocó encima de mí para seguir haciéndome cosquillas hasta que de repente paró y se quedó mirándome a los ojos, muy de cerca.

—Tranquila, no va a venir nadie esta noche. Les amenacé para que no se les ocurriese pasarse por aquí hasta mañana.

—¿Y eso por qué? ¿Solo para pedirme matrimonio?

—¿Te parece poco? —me preguntó, riéndose.

—Idiota... —reí yo también— Me refería a si quizás... Era por alguna otra cosa...

Nos quedamos unos segundos en silencio, mirándonos a los ojos. Él encima de mí y yo acostaba boca arriba sobre el sofá. Uno frente a otro. Me di cuenta de que nunca habíamos estado tan cerca, tan juntos, tan en silencio...

Los segundos siguieron pasando y a penas nos movimos ni dijimos nada. El tiempo parecía haberse parado de repente y ninguno de los dos tenía prisa por salir de aquel trance. Sorprendentemente, fui yo la que dio el primer paso.

Levanté el brazo derecho lentamente y le acaricié la mejilla. Tenía la piel bastante suave, a pesar de que ya le estaba empezando a salir barba. Después, acaricié sus labios con mis dedos y

cuando él fue a abrir su boca para decir algo, le callé con un beso.

No sabía muy bien qué me estaba pasando. Le deseaba. Mucho más que a Alejandro y mucho más que las otras veces que me había quedado a solas con él. Me sentía como las protagonistas de las novelas románticas que tanto me habían fascinado, pero que nunca había llegado a comprender. Por todas esas razones, por esa vez, me dejé llevar.

—Eres tan bonita... —me dijo Vicente, empezando a moverse él también poco a poco, con sus manos sobre mi rostro y su cuerpo cada vez más pegado al mío.

Me besó. Me besó los labios, el cuello, el hombro, las manos... Y cuando ya no había más piel que besar, se separó de mí para poder quitarme la ropa.

Esa vez, no me resistí. Yo también le ayudé a quitarse la ropa, yo también le besé en todos los lugares que pude. Esa vez, me sentía bien. Me dejé llevar porque estaba feliz, porque nos íbamos a casar. Vicente iba a ser mi marido y yo su mujer y, a fin de cuentas, aquello iba a acabar pasando tarde o temprano. ¿Qué más daba si nos adelantábamos?

Le quería y él me quería a mí. Juntos formaríamos una familia y me daba igual todo lo demás.

Lo que vino después, me dolió un poco, pero fue bonito. Cuando acabó y me dejó reposando sobre su pecho, oyendo su respiración mientras él se fumaba un cigarrillo, me sentí muy feliz. Ya no era una niña, me sentía una mujer y si por mí fuese, me habría dejado llevar una y otra vez sin descanso.

—¿En qué piensas? —le pregunté cuando se terminó el cigarro.

—En lo que me gustaría volver a hacer esto todos los días de mi vida —respondió, sonriéndome.

—Pues, hagámoslo —contesté, a lo que él me respondió riéndose.

—Ay, Carmen...

—¿Por qué te ríes? Te lo digo en serio. Ya que no nos hemos aguantado ni hemos esperado a estar casados, ¿qué más da?

—No podemos, cielo.

—¿Por qué no?

—¿Y si te dejo embarazada? Tu familia me mataría si te dejo preñada antes de llevarte al altar. Tú tienes que llegar a tu boda vestida de blanco, como te mereces.

Me tomé un momento para pensar sobre ello. Hasta entonces, lo único que me había frenado era el hecho de no estar casada, pero nunca había pensado en esa consecuencia.

—No es tan fácil quedarse embarazada —respondí.

En realidad, no tenía mucha idea, pero había oído a mi prima una y otra vez, quejarse de lo difícil que estaba siendo para ella quedarse en cinta. Así que, en mi más absoluta ignorancia, supuse que, para quedarse embarazada, había que hacer algo mucho más difícil que lo que acabábamos de hacer. No podía ser que solo con eso la gente tuviese hijos porque si no, ¿no estarían todas las casas del país llenas constantemente de críos?

Vicente se volvió a reír, como si lo que acababa de decir fuese una tontería.

—Por si acaso, prefiero no arriesgarme. Podemos casarnos rápido y después, seré todo tuyo, Carmen —me dijo, dándome un beso en la frente.

Lo de casarnos rápido me parecía bien, pero por mucho que quisiéramos, era muy difícil que pudiésemos casarnos pronto. Teníamos que buscar una casa para vivir juntos, juntar a nuestras familias para que se conociesen, pensar en dónde celebrar la boda, organizarla... ¿Y el dinero? ¿De dónde lo íbamos a sacar? Además, probablemente, tendría que dejar mi trabajo. No me parecía bien continuar trabajando tantas horas en la casa de los señores después de casarme.

Mientras Vicente me acompañaba aquella misma noche a casa, me puse un poco triste al pensar en todo aquello. Me hubiese gustado haberme quedado a dormir con él en su cama, disfrutando de la sensación de estar prometida y completamente enamorada de él mientras hacíamos el amor una y otra vez, pero no pudo ser.

Él, caballeroso como siempre, me acompañó a casa, me dio un casto beso en la frente y me

deseó buenas noches. Como si nada más hubiese pasado entre nosotros. Menos mal que todos estaban durmiendo cuando llegué. Estaba segura de que doña Rosario tendría un montón de preguntas al día siguiente. Además, seguramente, estaba molesta por lo tarde que había llegado a casa tan tarde y sin haberla avisado. Sin embargo, ya me

daba todo un poco igual. La única persona que me importaba era Vicente y el resto del mundo había dejado de existir para mí.

Al día siguiente, le conté a todos que, por fin, estaba comprometida. Doña Rosario casi se pone a llorar de la emoción, aunque no pudo disimular su cara de disgusto al darse cuenta de que no tenía ningún anillo en el dedo.

—Bueno, ¡enhorabuena, niña! No te preocupes por el anillo, lo importante es que os queráis —me dijo Don Emilio.

La verdad es que ni había pensado en eso. Para mí no significaba nada no tener anillo. Estaba segura de que mis padres tampoco habían tenido anillos de compromiso, tan solo los de su boda, pero por alguna razón, a ellos parecía importarles bastante ese detalle.

—Estos jóvenes... Seguro que de la emoción de querer casarse contigo, no ha tenido ni tiempo de comprarte un anillo. ¿A que sí, Alejandro? Ay, el amor...

No quise decepcionar a Doña Rosario diciéndole que no esperaba ver aparecer mágicamente un anillo de plata u oro en mi dedo. Bastante teníamos ya con tener que pagar una boda y una casa, como para estar pensando en anillos.

Alejandro no dijo mucho. Me dio la enhorabuena educadamente y enseguida, desapareció por la puerta. Supuestamente, había quedado con unos amigos. Si aquello fue una excusa o era verdad, me daba realmente igual. Él ya no tenía ningún efecto sobre mí.

Lo siguiente que hice, ese mismo día, fue mandar una carta a mi hermana Sofía para contarle la gran noticia, tal y como había prometido que haría. Mi hermano Pedro regresó al cabo de unos días al pueblo y se encargó de pregonarlo. En cuestión de tan solo una semana, todos nuestros

familiares y amigos ya lo sabían.

Por supuesto, a mi prima Carla se lo conté en persona al siguiente domingo. La muy boba se puso a llorar de la emoción, pero cuando nos pudimos sentar en un banco y secarnos los ojos, me enteré de que no solo lloraba por mí. Ella también tenía una gran noticia que contar ¡Estaba embarazada!

¡No podía creérmelo! Después de tantos años de angustia, por fin, iba a tener el bebé que tanto quería y yo no podía estar más feliz por ella.

—¿Y tu marido qué dice? ¡Estará dando saltos de alegría!

—Jesús está en las nubes, por supuesto. Y como es normal, espera que sea un niño.

—¡Pues a mí me encantaría que fuese niña! Ya me estoy imaginando a una pequeña Carla rubita, correteando alegremente por aquí.

—Bueno... Yo con que esté sana, la verdad, me da igual si es niño o niña —dijo, poniéndose más seria.

Aquella noticia me dio qué pensar. ¿Y si Vicente tenía razón? ¿Podía haberme quedado embarazada? Por supuesto, me guardé mis miedos para mí misma. Carla se habría escandalizado y me hubiese regañado por haberme atrevido a hacer algo así, pero lo hecho, hecho estaba y la verdad, no me arrepentía para nada. Al menos, no en aquel momento.

Sorpresas

Durante las semanas siguientes, solo podía pensar en mi boda. Ya me podía ver a mí misma caminando hacia el altar de la iglesia de mi pueblo vestida de blanco y del brazo de mi hermano Pedro. Empecé a soñar también con una vida de cuento en la que Vicente y yo vivíamos en una casita llena de flores en el campo y con un montón de hijos. Yo soñaba con tener tres como mínimo, además de una pequeña granja con animales como la de mis padres. Claro que, eso dependería de dónde fuéramos a vivir.

Mi prima Carla también estaba emocionada con los planes de mi boda y me propuso hacerme ella misma mi vestido. Aunque no trabajaba de costurera, Carla cosía la mar de bien. Ella misma se hacía a veces su ropa, así que confiaba totalmente en ella para mi vestido. No acabaría siendo nada lujoso ni con muchos adornos, pero estaba segura de que sería precioso. ¡Yo ya estaba emocionadísima tan solo con ir de blanco! No necesitaba mucho más.

Vicente parecía estar igual que yo de contento, pero cuando se trataba de hacer planes o tomar decisiones de futuro, parecía no tomárselo demasiado en serio.

—¿No es estupendo que nos vayamos a casar dentro de poco, Carmen? Si por mí fuese, ¡nos casaríamos mañana mismo!

—¡Qué cosas dices, Vicente! Es maravilloso, sí, pero necesitamos decidir antes algunas cosas...

—¡Todo eso no importa, Carmen! Ya iremos viendo.

“Ya iremos viendo”, era, últimamente, su respuesta para casi todo.

—¿Dónde vamos a vivir?

—Ya iremos viendo.

—¿Cuántos hijos quieres tener?

—Ya iremos viendo.

—¿A cuánta gente podemos invitar a la boda?

—Ya iremos viendo.

Aquello me ponía de los nervios. Sobre todo, porque todavía ni siquiera habíamos empezado a buscar casa, pero Vicente era así: despreocupado por las cosas serias y disfrutón del día a día.

Me encantaba que él fuera así de espontáneo y entusiasta con la vida. Seguramente, lo que más me enamoró de él fue que él fuese así, pero me asustaba que no empezásemos a tomar decisiones serias sobre nuestro futuro. Hasta mi madre había tenido que empezar a tomar decisiones por nosotros. En cuanto se enteró de nuestro compromiso, fue en seguida a hablar con el párroco del pueblo sobre las posibles fechas para nuestra boda. Si Vicente no empezaba a tomarse un poco más en serio las cosas, tendría que hablar seriamente con él.

Una mañana, me encontraba volviendo del mercado con las bolsas de la compra llenas, cuando Vicente me sorprendió en mitad del camino para darme una buena noticia.

—Carmen, ¡qué bien que te encuentro!

—No grites, loco, que nos va a mirar la gente. ¿Qué ocurre? —pregunté intrigada.

No era raro que Vicente me sorprendiese en plena calle para darme una sorpresa, pero la sonrisa de oreja a oreja que llevaba aquel día ocultaba algo importante.

—Ahora no te lo puedo contar. ¡Te recojo esta noche para brindar por nuestro futuro! Sé que has estado un poco preocupada porque todavía no sabemos dónde vamos a vivir cuando nos casemos y todas esas cosas... ¡Pero ya tengo la solución! Te lo cuento toda esta noche.

Jamás me hubiese imaginado la sorpresa que me tenía guardada. Sabía que era un loco que solía tomar decisiones impulsivas y que tenía grandes sueños, pero de verdad que, jamás me podía haber imaginado que sus impulsos le llevasen tan lejos.

—¡Me voy a Australia! —Dijo así, sin más. Me quedé perpleja—. Bueno, ¡nos vamos! No te había contado nada hasta ahora porque no era seguro, pero ya está confirmado.

De repente, me empezó a contar una historia sobre cómo un tal Ramón, un funcionario que

era cliente del taller, le comentó un día, que estaban buscando jóvenes para mandar a trabajar a Australia. A la mayoría los estaban seleccionado del norte del país, sobre todo del País Vasco, pero de alguna manera y a través del tal Ramón, Vicente había acabado colándose en la lista de candidatos. Lo más increíble era que había acabado pasando todas las pruebas y entrevistas entre miles de jóvenes, algo realmente difícil. Seguramente, la recomendación personal de Ramón había tenido mucho que ver.

—¡Es increíble! ¿No te parece emocionante? Los primeros españoles que han mandado llegaron en agosto. Seguro que, dentro de poco, vamos los siguientes —continué explicándome.

Cuanta más información me daba acerca de la “oportunidad de nuestras vidas”, menos entendía. Resulta que ni siquiera íbamos a ir juntos. Debido a la escasez de alojamiento, los trabajadores debían viajar antes que sus familias para establecerse primero, en alguna de las pequeñas colonias españolas que ya había. Las familias iríamos

después, una vez los trabajadores estuviesen asentados. Razón por la cual teníamos que casarnos cuanto antes para constar como matrimonio.

Todo me parecía una auténtica locura. Cuando pude salir un poco de mi asombro, rompí mi silencio para expresar lo que más me molestaba de todo aquello.

—¿Por qué no me has contado antes nada de esto?

—Porque no tenía ni idea de que fuesen a cogerme. ¡No sabes la suerte que tenemos! Solo querían campesinos vascos. Si no llega a ser por el afecto que me tiene Don Ramón, ¡todo esto hubiese sido imposible! Me ayudó a inscribirme y a pasar todos los trámites. ¡Tenemos que invitarle a una buena comida un día!

—Todo eso me da igual. Tenías que habérmelo contado. Da igual que luego no te hubiesen cogido. Me hubiese gustado saberlo —respondí muy seria. Creo que nunca le había hablado tan seria.

Estaba consiguiendo controlar el enfado que sentía. Quería gritarle por no haberme contado

nada en ningún momento, pero de momento, me estaba conteniendo.

—Sabía que no lo entenderías. Bueno, ya lo entenderás. Sé que no te esperabas algo así, pero cariño, esta es la gran oportunidad de nuestras vidas. ¡Tienes que confiar en mí! —insistió—. Te mereces mucho más de lo que yo puedo darte aquí. En este país, si has nacido pobre, pobre te mueres. A nadie le interesa que eso deje de ser así.

—¿Y cómo sabes que ahí es diferente? ¿Cómo sabes que no llegarás y estarás trabajando igualmente doce horas diarias de sol a sol como jornalero por cuatro perras?

—Carmen... Sé que es difícil imaginarse algo diferente, pero ¡tienes que confiar en mí! —insistió otra vez.

—¿Sabes si quiera dónde está Australia? —le pregunté, empezando a perder la paciencia.

—Muy lejos —respondió frotándose la cabeza, sintiéndose incómodo. No tenía ni idea.

—¿Sabes decir tan siquiera algo en inglés o en el idioma que sea que se hable allí para poder comunicarte?

—Puedo aprender. Además, viviremos con familias como nosotros. No necesitamos hablar inglés.

—¿Y eso cómo lo sabes? ¿De verdad piensas que ir a un país a tomar por saco en el que hablan otro idioma es tan sencillo? ¿Qué todo va a ser coser y cantar?

—¡Por supuesto que no! —replicó, poniéndose de pie, bastante nervioso—. Sé que tendré que trabajar duro. ¡Cómo he hecho siempre! Sé perfectamente lo que es trabajar en el campo. ¡No hice otra cosa antes de llegar a Madrid! Pero me han asegurado que después de pasar unos años ahí, todo es mucho más fácil. Podemos ahorrar y montar nuestro propio negocio. ¿No te gustaría?

—Pero, cielo... —Intenté rebajar un poco la tensión—. No podemos fiarnos de todo lo que te hayan dicho. No sabemos nada de cómo es trabajar ni vivir en otro país. Por muchas historias que nos cuenten del dinero que se gana fuera o de las libertades que tienen, no sabemos nada. ¡Ni

siquiera entenderás los documentos que tendrás que firmar!

—Así que es eso, ¿te crees más lista que yo por saber leer? ¿Crees que soy un cateto de pueblo que no sabe de nada?

—¿Qué? ¡Por Dios, no! —Me sentía fatal por haber dicho eso último. No quería decir eso para nada, sino solamente, hacerle ver que todo eso era una auténtica locura.

—Entonces, ¿por qué me dices todo eso? ¿Por qué no estás feliz y orgullosa de mí por lo que acabo de conseguir? —empezó a gritar.

—Es, simplemente, que...

—¡Qué tienes miedo! ¡La sola idea de volver a mudarte te aterra! Es eso, ¿no?

—En parte, sí, pero...

—¡Ya no tienes 13 años, Carmen! Ya no eres una niña pequeña, inocente y asustada que acaba de salir de su pueblo. ¡Estamos juntos en esto! Pienso protegerte, cuidarte y hacerte feliz hasta el resto de mis días. Te quiero. Eres la mujer de mi vida y quiero que pasemos el resto de nuestra vida juntos. Que tengamos seis hijos, gallinas, perros, caballos... ¡todo lo que tú quieras! Pero tienes que confiar en mí. Nunca dejaría que te pasase nada malo. Solo quiero hacerte feliz y darte todo lo que te mereces.

Vicente tenía razón. Lo que sentía, en el fondo, no era más que miedo. Miedo por tener que volver a irme a un sitio que no conocía, por no saber a dónde estaríamos yendo en realidad... Ojalá hubiese podido confiar en él ciegamente, ¡pero no podía! Además, yo no necesitaba irme del país para ser feliz. No necesitaba esa gran vida que me prometía. Yo era una chica muy simple y a la que le gustaba llevar una vida sencilla. No estaba hecha para grandes aventuras.

Cerré los ojos, cogí aire, le miré de nuevo a los ojos y le sonreí.

—Cariño... Yo también te quiero muchísimo y sé que solo quieres lo mejor para mí, pero lo mejor para mí está aquí, contigo. Sabes que yo no soy de esa clase de personas

que sueña con grandes cosas. No necesitamos mucho para ser felices. Podemos vivir en un

pequeño piso de las afueras de Madrid, como mi prima Carla o volvernos a un pueblo y trabajar de otra cosa. No hace falta irnos tan lejos para ser felices.

—Quizás tú no lo necesites, pero yo sí —dijo muy serio, dándome la espalda—. Decide lo que quieras. Si ya no quieres casarte conmigo, lo entenderé, pero que sepas que yo pienso coger el siguiente barco que vaya a Australia. Tú haz lo que quieras.

Me quedé muda de nuevo. Me levanté del sofá y traté de cogerle de la mano de nuevo o hacer que dejase de darme la espalda, pero no me dejó. Comencé a llorar. No pude evitarlo. No podía entender lo que acababa de pasar. ¡No era justo! Le quería, él me quería a mí, ¿por qué estaba pasando todo eso?

No sabía qué más decir, así que decidí volverme a mi casa. En el momento en el que cogí mis cosas y me dirigí a la puerta, se giró para mirarme de reojo. Él también estaba llorando.

—Espera, Carmen. Te acompaño a casa —me dijo, apartándose las lágrimas y tratando de hacer como si nada hubiese pasado.

—No te preocupes, no hace falta.

—No seas tonta. Es peligroso que vuelvas a casa tú sola a estas horas.

—He dicho que no hace falta que me acompañes. Por favor, ¡no lo hagas más difícil! —grité, sin poder controlar mis nervios.

No sé ni por qué le grité. No habría pasado nada porque dejase que me acompañase, pero estaba en un estado en el que no podía controlarme.

—¿Sabes qué? Retiro lo dicho. Eres una pueblerina que le tiene miedo a todo, pero tan cabezota que no te dejas ayudar. Vete como te dé la gana.

—Sí, será eso... Soy una pueblerina de mierda —dije antes de cerrar la puerta tras mi espalda y marcharme.

Oscuridad

Siempre me arrepentiré de la manera en que salí de su casa aquella noche, pero a veces, no hay nada que podamos hacer para enmendar nuestros errores. Simplemente, uno acaba aprendiendo a vivir con ellos.

Me fui de su casa llorando. Herida y tocada, sin tener ni idea de qué hora era ni adónde me estaban llevando mis pasos. Estaba dolida porque Vicente no me entendía. ¡Nos íbamos a casar! Todo era perfecto y ahora de repente, ¡todo acababa de irse al traste! No podía asimilarlo. Todo aquello era más de lo que podía soportar y es por ello por lo que en vez de girar a la derecha en una de las calles, giré a la izquierda sin darme cuenta.

Continué todo recto como pollo sin cabeza y cuando me quise dar cuenta, ya estaba totalmente perdida. ¿Dónde narices estaba? Me regañé a mí misma por lo tonta que estaba siendo. Tenía que perderme, justamente, en el peor momento posible y a las tantas de la noche, cómo no.

Traté de deshacer mis pasos y volver a la calle de Vicente, todavía sin poder dejar de llorar. Si conseguía llegar hasta allí, encontrar el camino a casa sería mucho más fácil, pero por mucho que intentaba ubicarme, cada vez estaba más perdida.

Me empecé a asustar de verdad cuando me di cuenta de que alguien me estaba siguiendo. Pensé que quizás, eran imaginaciones mías, pero no. Sin dejar de andar a toda prisa, me giré disimuladamente para ver de quién eran los pasos que oía detrás de mí.

—Guapa, ¿te has perdido? —me dijo al girarme, una voz grave.

Parecía un hombre de unos 30 años, vestido con un mono de trabajo, pero tampoco podía distinguir mucho más en la oscuridad.

No respondí. Me sequé las lágrimas con la manga y me concentré en salir de allí. Seguí acelerando mi paso lo máximo posible con la mirada fija. Quizás, ese hubiese sido el momento

perfecto para salir corriendo o empezar a gritar, pidiendo ayuda. O quizás, tampoco hubiese servido de nada.

Me pareció que ya estaba llegando a una de las calles principales, pero volví a cometer otro error garrafal. Cuando me di cuenta de que en realidad había acabado metiéndome en un callejón sin salida, ya era demasiado tarde.

Me di la vuelta para echar a correr, pero me encontré de frente con él, bloqueándome la única salida.

—¿Me deja pasar, por favor? —intenté pedirle de manera amable, tratando de ocultar lo asustada que estaba.

—¿A dónde vas, guapa? Lo mismo te puedo ayudar.

Aquel hombre al que ni siquiera me atrevía a mirar a la cara, apestaba a alcohol y tabaco. Es prácticamente una de las pocas cosas que recuerdo. Ni siquiera sabría decir si era rubio, moreno o con el pelo gris.

—No, gracias.

—Qué bonita eres... ¿Cuántos años tienes?

—Por favor... Déjeme irme —insistí, pero fue inútil.

No tardó nada en abalanzarse sobre mí y en empujarme contra la pared. Al principio, traté de resistirme y gritar para pedir ayuda, pero no había nadie alrededor a esas horas. Era inútil. Aun así, seguí tratando de resistirme.

—¡Cállate, puta! —me gritó, dándome una bofetada.

Después, me tapó la boca con una mano para evitar que siguiese gritando y con la otra, me sobó los pechos por debajo de la blusa. Cuando se cansó de ellos, pasó a meterme mano por debajo de la falda y acabó rompiéndome las medias a la fuerza. Me giró de manera violenta contra la pared, se bajó los pantalones y trató de violarme de espaldas. Yo seguí resistiéndome como pude, pero al final, no pude evitar que hiciese lo que le dio la gana conmigo. Acabé

dejándole. Llegué a un punto en el que ya solo quería que aquello acabase cuanto antes.

Cuando terminó conmigo, ya saciado, me empujó fuertemente contra un rincón y al caer al suelo, me di en la cabeza. Estoy casi segura de que perdí la consciencia, aunque quizás, simplemente, tardé un buen rato en reaccionar. No lo recuerdo muy bien. De lo que sí me acuerdo, es de las ganas que tuve de repente de volver a mi pueblo. Deseaba poder aparecer mágicamente en mi cama y que mi madre estuviese allí a mi lado para arroparme. Quería volver a ser una niña en brazos de mi madre y sentir que nada malo podía pasarme.

No tengo ni idea de cómo conseguí llegar al portal. Dicen que cuando acabas de experimentar un trauma, a veces el cerebro no es capaz de procesarlo. La mente decide bloquearlo y aparecen espacios en blanco en nuestra memoria. No sé si fue por eso o por el golpe en la cabeza, pero solo recuerdo una única cosa clara al entrar por la puerta de casa. A él.

—¡Carmen!

Y después, me desmayé.

Lo siguiente que recuerdo fueron los ojos preocupados del señorito Alejandro, mirándome de cerca mientras juraría que me estaba acariciando mi rostro dolorido con mucho cuidado.

—¡Doctor! Creo que se está despertando —gritó.

—A ver, déjeme ver... Carmen, ¿me escucha? ¿Cuántos dedos ve? —me preguntó, poniéndose frente a mí.

—Cuatro —conseguí pronunciar, con mucho esfuerzo.

—¿Está bien, doctor? —insistió Alejandro.

—Déjeme espacio, por favor. Lo mejor será que salga del cuarto un momento mientras que examino a la joven y le hago unas preguntas.

Alejandro pareció estar de acuerdo con las palabras del doctor y fue a retirarse, pero en cuanto fue a cerrar la puerta del cuarto, entré en pánico.

—¡No!

—Joven... ¿se encuentra bien? —me preguntó el doctor, acercándose aún más a mí para examinarme.

—¡No se acerque! ¡Aléjese de mí!

—¿Qué ocurre? —preguntó Alejandro, volviendo a entrar en la habitación, alarmado por mi listado de pánico.

—Tranquila, tranquila... —trató de tranquilizarme el doctor—. Por favor, pásame mi maletín si es tan amable, señorito.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Alejandro.

—Le administraré un calmante.

—¡No! ¡No se acerque a mí! —continúe gritando, cada vez más nerviosa.

—Haga el favor de sujetarla —pidió el médico.

—¡No!

—Pero ¿qué es todo este alboroto? —preguntó Doña Rosario, entrando en mi cuarto.

En cuanto me miró a la cara y se dio cuenta de la situación, supo enseguida lo que había que hacer. Se acercó a mi cama, me sostuvo y me abrazó, tratando de calmarme de manera maternal.

—Hagan el favor de salir todos del cuarto, por favor —pidió Doña Rosario, mientras continuaba abrazándome.

—Pero señora... Debería inspeccionar antes a la joven.

—No hace falta. Le llamaremos cuando sea necesario. Muchas gracias —insistió ella.

El doctor acabó yéndose, murmurando algo en voz baja y malhumorado mientras Alejandro le seguía, preocupado y sin rechistar. Cuando por fin salieron todos, empecé a sentirme un poco más tranquila.

—Chsss... Ya está. Tranquila, nada malo te puede pasar ya. Estoy contigo —siguió

consolándome la señora.

Cerré los ojos y me dejé mecer.

—¿Te encuentras mejor? ¿Quieres algo de comer? —Negué con la cabeza—. ¿Quieres que te deje descansar? Tranquila, descansa todo lo que necesites.

Cuando se alejó hacia la puerta, pude ver con los ojos entreabiertos cómo se le escapaba una lágrima. No había tenido tiempo de contarle a nadie lo que me había pasado, pero no hacía falta. Ella ya lo sabía.

Al cabo de horas o quizás, días, su voz me despertó.

—Carmen, despierta. Tienes que comer algo —me dijo al sentarse en mi cama, acercándose una bandeja de comida.

Volví a cerrar los ojos ignorando su pregunta. No tenía hambre.

—Por favor, aunque sea, tómame un par de cucharadas. Te he traído una sopa riquísima que Manuela ha hecho sólo para ti. No le irás a hacer el feo de ni siquiera probarla, ¿verdad?

Tampoco respondí esa vez, pero hice el esfuerzo de recostarme un poco.

—Eso es. Así me gusta.

Doña Rosario empezó a darme de comer poco a poco, hasta que me terminé la sopa. Supe por la forma en la que me miraba y lo hinchados que sentía los labios y mi ojo derecho que, debía tener una pinta horrible.

—Voy a ventilar un poco la habitación, ¿vale? Y quizás dentro de un rato, puedo preparar la bañera. ¿Te apetecería darte un baño? —me preguntó mientras abría mi ventana.

Tampoco respondí esa vez. Me limité a volver a colocarme en la cama y a taparme casi por completo. Cerré los ojos de nuevo. Solo me apetecía dormir. Dormir y no despertar.

—Descansa hija, descansa... Ya vendré en otro momento.

Lo siguiente que me despertaron fueron unos cuchicheos que venían del pasillo.

—Deberíamos llamar al doctor de nuevo ¿Y si le pasa algo grave? —Era la voz del señorito, discutiendo, aparentemente, con su tía.

—No creo que eso sea lo mejor, Alejandro. Ya viste como se puso la última vez, pero mañana mismo llamo a una enfermera para que, al menos, le ayude a asearse y le cure esa herida tan fea que tiene en la cabeza.

—Y a saber cómo tiene el resto del cuerpo. Maldito desgraciado... No entiendo por qué no llamamos a la policía en el mismo momento en el que se desmayó al llegar a la puerta. ¡Por el amor de Dios! Ese miserable se merece morir a palos.

—No insistas otra vez. Ya lo hemos hablado. Desgraciadamente, cuanto menos gente se entere de esto, mejor.

—¡Pero ella no ha hecho nada malo!

—Alejandro, ¿me vas a dar lecciones tú a mí de los derechos que tiene una mujer en España? ¿Qué crees que apuntaría la policía en su cuaderno cuando la preguntasen sobre qué hacía a esas horas volviendo a casa? ¿Qué crees que dirían las malas lenguas del barrio si más gente se enterase de su desgracia? La pobre ya tiene demasiado. De puertas a fuera, seguiremos diciendo que está enferma y con fiebres muy altas.

—¿Y no hacemos nada? ¡Me niego a quedarme de brazos cruzados!

—Estar junto a ella. Ayudarle a recuperarse del trauma por el que está pasando. Es muy joven. Lo superará. No te preocupes.

Pero yo no tenía fuerzas para superarlo. Ni siquiera la señora, con su buen corazón, podía entenderlo. Yo lo único que quería era dejarme morir. Las heridas que tenía por todo el cuerpo no eran nada comparado con lo que sentía por dentro.

Ni siquiera pensaba ya en Vicente. Seguro que con todo lo ocurrido, ya sí que no quería volver a saber nada de mí, pero mejor así. Los dos queríamos cosas distintas en la vida. Él necesitaba vivir aventuras, viajar y llegar a conseguir todo aquello con lo que soñaba.

Pensé que jamás sería capaz de volver a pisar una acera. Antes de que alguien me intentase obligarme a levantarme, era capaz de quitarme la vida. Me daba igual lo poco cristiano que fuese aquel acto y adónde iría mi alma entonces. Total, estaba claro que ya iba a ir directa al infierno.

Cuando llegó la enfermera, me obligaron a volver a comer, pero lo peor fue tener que quitarme la ropa y aguantar sus miradas de lástima. Mientras la enfermera me lavaba las heridas y aplicaba ungüentos, la señora me sujetaba la mano, tratando de no soltar ninguna lágrima enfrente de mí. Esa misma noche, la oí sollozar desde su habitación.

Durante los días siguientes, me negué a seguir comiendo. En mi mente, era mejor dejarme morir cuanto antes y dejar se sufrir. No quería seguir siendo una molestia o que me mirasen con lástima, pero, sobre todo, lo hacía por mí. Ya no tenía ganas de vivir. No tenía ningún sentido seguir estando viva.

—Carmen, tienes que comer —insistió Doña Rosario. Yo seguí haciendo como que no la oía—. Si no comes, voy a tener que ingresarte en un hospital.

No me importaba. Que hiciese lo que quisiese. Tampoco pensaba probar bocado allí. De hecho, puede que hasta estuviese más tranquila en un hospital, lejos de todo el mundo.

Al día siguiente, Alejandro se acercó a hablar conmigo seriamente.

—Carmen, sé que no quiere hablar, pero necesito saber una cosa muy importante. Ahora mismo, su prometido se encuentra en la puerta de casa y quiere le deje pasar. Tiene que decirme si fue él quien le hizo... Si él... ya sabe. ¿Fue él?

—Él ya no es mi prometido —respondí.

Su semblante cambió de repente.

—¿Fue él? —insistió. Yo me giré completamente para evitar su mirada. No quería volver a recordar la última discusión que tuve con Vicente—. Carmen, por favor... Necesito oír un sí antes de ir a la puerta y hacer algo de lo que luego pueda arrepentirme.

Se acercó a mi cama y puso su mano sobre mi hombro para intentar que me diese la vuelta y

sin querer, di un respingo. Mi cuerpo comenzó a temblar involuntariamente por el contacto de su mano sobre mí y volví a llorar.

—Joder... Lo siento. Carmen, por favor... No llore. Perdóneme.

Pude sentir cómo se moría por acercarse a abrazarme y consolarme, pero en vez de eso, se tragó sus impulsos y se alejó de mi cama para darme el espacio que necesitaba. Antes de que saliese del todo de la habitación, volví a hablar.

—No fue él.

No volví a hablar del tema con nadie. Tampoco es que alguien más se atreviese a volver preguntarme. A Vicente le dijeron lo mismo que al resto que preguntaba por mí, que estaba muy enferma y con fiebre y que no podía ver a nadie. Con el tiempo, supongo que Vicente comprendió que no quería volver a verle.

La siguiente persona que vino a visitarme fue mi prima Carla. Ella llegó a entrar hasta la puerta de mi habitación. Pude oírla quejarse cuando le negaron la entrada a mi cuarto.

—Lo siento, pero no puede entrar. El doctor ha dicho que su enfermedad es muy contagiosa y no debe ver a nadie —oí mentir a Doña Rosario.

—Déjeme solo abrir la puerta y verla desde aquí. Estoy preocupada. Toda su familia está preocupada por ella.

—No se preocupe. Ya he escrito una carta a su madre y a su hermana explicándoles la situación y lo entienden perfectamente. Lo primero es su salud y dejarla descansar.

—Solo será un minuto. Por favor, déjeme verla.

—Lo siento, no insista. Alejandro, por favor, acompañe a la señorita a la salida.

En ese momento sentí el impulso de salir de la cama y de consolar a mi prima. Decirle que no se preocupase por mí, que, seguro que aquellas preocupaciones no eran buenas para su bebé, pero mi cuerpo no reaccionó. Seguí oculta bajo las sábanas sin poder moverme. Entonces, pensé, seriamente, en suicidarme.

Era la primera vez que me lo planteaba de verdad. Hasta tracé un plan. La próxima vez que volviese la enfermera, cogería sin que se diese cuenta algún instrumento médico

y cuando se fuese, me cortaría las muñecas. Había leído en algún libro que eso podía matarte. Así dejaría de sufrir y dejaría de ser una preocupación para el resto.

Encuentros

Por suerte o por desgracia, no llegué a tener la oportunidad de robarle ningún instrumento a la enfermera que habían contratado para cuidarme. Doña Rosario me vigilaba todo el tiempo mientras estaba con ella. Además, empezaba a sentirme demasiado débil como para escaparme y cometer una locura por mi cuenta. Sin embargo, seguía negándome a comer.

—Está deprimida —oí decir a la enfermera un día, mientras fingía estar dormida—. Ya se lo he dicho muchas veces. Lo mejor es que la internen en un centro especializado. Sus heridas ya están cicatrizando bien, y poco puedo seguir haciendo yo si la muchacha se niega a comer.

¿Estaban hablando de llevarme a un loquero? Pensé que la señora protestaría y pondría el grito en el cielo, pero no dijo nada. ¿Estaría pensándoselo de verdad? No sé qué habría sido de mí si no hubiese sido por el señorito Alejandro. De no ser por él, seguramente, hubiese acabado consumiéndome en una cama, ya fuese la mía o la de un hospital psiquiátrico.

A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos, me encontré una sorpresa en la mesilla junto a mi cama. Alguien me había dejado un bombón de chocolate. Reconocí el envoltorio al instante. Se trataba del mismo bombón que había probado en un taxi la noche que salí con Alejandro.

Por más que intenté apartar los ojos del bombón, no podía evitar mirarlo y salivar. Todavía recordaba lo bueno que estaba ese chocolate. No tuve ninguna duda de que había sido él quien lo había colocado estratégicamente al lado de mi cama para que picase el anzuelo. ¿Debía resistirme? ¡Qué demonios! Necesitaba comerme ese bombón, pero ya.

Lo desenvolví con mucho cuidado, como si de un tesoro se tratase. Le di un delicado bocado y en seguida, volví a sentirme como si tocase el cielo otra vez. Recuerdo que la primera vez, pensé que un dulce como ese era capaz de resucitar a un muerto. Nunca había estado tan en lo cierto.

A la hora de la comida, para sorpresa de todos, comí un par de cucharadas del puré sin

quejarme. Como recompensa, al día siguiente, había dos bombones en mi mesilla. No pude evitar sonreír por primera vez desde que me encerré en mi cuarto. Pensé que, quizás, ya era hora de salir de ahí, pero cuando traté de levantarme por mí misma de la cama, me di cuenta de que no tenía fuerzas. Rodee mi cuerpo con mis brazos esqueléticos. Estaba extremadamente delgada y todavía tenía marcas moradas por todo el cuerpo. Volví a recordar por qué estaba ahí y me metí de nuevo bajo las sábanas.

Al día siguiente, no había bombones en mi mesilla, sino un clavel de color rojo. Aquel detalle volvió a hacerme sonreír de forma inmediata y sin necesidad de bombones de chocolate. Cuando me recosté y me quité las legañas con las mangas, me di cuenta de que alguien había dejado también, una caja entera de bombones sobre mi cómoda. Escuché sorprendida mi propia risa.

Poco a poco, fui animándome a comer un poquito más y fui sintiendo cómo iba recuperando las fuerzas. Aquello pareció quitarle un peso de encima a Doña Rosario, que acabó prescindiendo de la enfermera debido a mi mejoría.

El señorito Alejandro no volvió a entrar en mi cuarto por miedo de que volviese a alterar mis nervios, pero yo sabía sin ninguna duda, que era él quien no paraba de sorprenderme cada día con algún detalle. Lo último que me encontré antes de salir por fin de mi cuarto, fue la novela de *Mujercitas*. Acabó siendo mi novela preferida.

A la mañana siguiente de pasarme casi toda la noche envuelta en una apasionada lectura, decidí que ya era hora de recuperar mi lugar en la casa. Me vestí sin ayuda, me puse mi delantal, cogí el plumero empecé a limpiar las estanterías del salón que estaban más llenas de polvo. Merche y Manuela se alegraron de verme en pie de nuevo. Sobre todo, Merche, que estaba cansada de seguir haciendo ella sola todas las tareas de la casa.

Cuando Doña Rosario apareció por el salón esa mañana, camino a la cocina para pedir el desayuno, casi se cae de un susto al verme subida a una banqueta con el plumero en mano.

—¡Válgame, Dios! ¿Se puede saber qué haces subida ahí arriba?

—Buenos días, señora. ¿Es que me prefiere metida en la cama? —pregunté con una sonrisa.

—¡Por supuesto que no! Pero tampoco quiero que te rompas la crisma cayéndote de esa banqueta ahora que ya estás recuperándote.

Me bajé inmediatamente, pero sin dejar de limpiar las estanterías que estaban a mi alcance.

—Estoy bien, se lo prometo. No puedo seguir más tiempo abusando de su amabilidad. Le prometo que trabajaré muy duro de ahora en adelante para compensar todo este tiempo que he perdido.

—¡De eso nada! No hace falta que compenses nada. ¡Faltaría más! Desde que llegaste a esta casa, te has ido convirtiendo, poco a poco, tanto para Emilio como para mí, en la

hija que nunca tuvimos. Lo sabes, ¿no? Te queremos como si fueses nuestra hija y nos preocupamos por ti. Hasta Alejandro ha estado preocupadísimo por ti —Las lágrimas se le escaparon resbalando por sus mejillas, emocionándome a mí también.

—Todo esto... —Traté de explicarme lo mejor que pude—. Es demasiado. Les agradezco de todo corazón todo esto, pero yo ya tengo una familia y no me parece bien seguir aprovechándome de la suya.

La señora se secó las lágrimas y puso los ojos en blanco. Después, se acercó y me abrazó.

—Lo entiendo, pero da igual lo que digas. En esta casa ya has pasado a formar parte de la familia quieras o no quieras. Y si lo que te preocupa es perder tu puesto, puedes estar tranquila. Seguirás trabajando para nosotros si es eso lo que desees, aunque siempre estaremos aquí para ayudarte. Pase lo que pase.

Aquellas palabras me volvieron a emocionar. Sentía que no me merecía todo ese cariño.

—Si quieres seguir limpiando ahora mismo, no voy a impedírtelo, pero hazme el favor de tomártelo con calma. Todavía estás muy débil. ¿De acuerdo?

—Vale —respondí, sonriendo. Eso haría.

Don Emilio también se alegró de verme en pie esa mañana, aunque nada que ver con la alegría de Alejandro. Creo que estuvo a punto de acercarse a abrazarme de la emoción cuando me vio, pero pareció pensárselo mejor y siguió manteniendo las distancias. Supongo que temía que volviese a asustarme con tan solo rozarme.

Agradecí que nadie me hiciese ninguna pregunta incómoda acerca de lo que me había pasado. Tampoco me preguntaron por qué no quería volver a ver a Vicente ni a nadie de mi familia. Quería escribir a mi madre y a mis hermanos para contarles que ya estaba bien, pero todavía no estaba preparada. ¿Cómo iba a explicarles todo lo que había pasado? No quería tener que mentir a mi madre. Fue la siguiente visita de mi prima Carla lo que me obligó a dar la cara.

—¡Por el amor de Dios, Carmen! —exclamó mi prima nada más verme—. ¡Estás en los huesos!

—Hola, Carla. Perdóname por no haberte podido ver la última vez que viniste. He estado indispuesta.

—Ya veo, ya. No te preocupes, cielo. Ya me dijeron que estabas muy enferma. ¿Crees que puedes escaparte un rato para irnos a dar una vuelta y a ponernos al día? Tienes pinta de necesitar que dé el aire.

Eché un pequeño vistazo a la calle. Todavía no estaba preparada para salir.

—Mejor vamos a hablar a mi habitación. Todavía estoy muy cansada y tengo muchas cosas que hacer. No puedo entretenerme mucho.

—¿No te estarán obligando a volver a trabajar demasiado pronto? —me preguntó nada más sentarnos en un lado de la cama—. No tienes muy buen aspecto...

—No te preocupes. Estoy perfectamente —mentí con una sonrisa forzada. Nunca solía mentir, pero no quería que nadie siguiese preocupándose por mí.

De repente, me fijé en el estupendo aspecto de Carla.

—¡Ala, Carla! ¡Cómo se te nota ya la tripita!

—¿A qué sí? Creo que va a ser niño. No sé por qué, pero lo presiento.

Estaba guapísima. Se la veía más feliz y orgullosa que nunca.

—Por cierto, ¡voy a tener que volver a cogerte las medidas para tu vestido de novia! Tengo que quitarte tela por todos lados, por lo que veo... ¿Tenéis ya una fecha?

Era inevitable que saliese el tema tarde o temprano.

—Ya... Pues es que... Todavía no lo sabemos.

Nunca se me ha dado bien mentir.

—Pero... ¿Va todo bien? ¿Habéis discutido o algo?

Era el momento de contar toda la verdad, pero ¿cómo? No sabía ni por dónde empezar. Me bloqueé y empecé a llorar, sin saber qué decir.

—Ay, Carmen... No llores, cielo. Venga, que seguro que no será para tanto —Trató de calmarme.

Alguien llamó, entonces, a la puerta de mi cuarto. Me limpié las lágrimas con el delantal lo más rápido posible y me levanté a abrir. Era Alejandro.

—Perdonad que os moleste, pero mi tía precisa de la ayuda urgente de Carmen en la biblioteca.

—No se preocupe, yo ya me voy. Ya seguiremos hablando otro día, prima. Cuídate mucho — Se despidió Carla, dándome un cariñoso beso en la mejilla.

La acompañé a la puerta y quedamos en vernos muy pronto. Acto seguido, me dirigí a la biblioteca, aunque sabía perfectamente que la señora no estaba allí. Ni siquiera estaba en casa aquel día, sino en una cafetería en la que había quedado con sus amigas.

Llamé a la puerta antes de entrar, sin esperar respuesta para pasar. Como imaginaba, ahí estaba el señorito, cómodamente sentado en un sillón.

No dijo nada al verme entrar. Simplemente, sonrió desde el sillón.

—¿Ha estado espiándome? —le pregunté directamente.

Había entrado en la sala con la idea de darle las gracias educadamente, pero no pude aguantarme. Él me miró perplejo.

—Los siento. No quería incomodarla. Es solo que estaba en el pasillo y no pude evitar oírla llorar. Solo quería ayudarla.

—No pudiste evitarlo, claro... —Estaba un poco enfadada por la intrusión, pero tampoco quería ser una desagradecida con todo lo que él había hecho por mí—. Gracias, pero no hacía falta. No tiene que estar rescatándome todo el tiempo.

—Quiero ayudarla.

—No tiene por qué ayudarme.

—Lo sé, pero quiero hacerlo —insistió.

No valía la pena seguir discutiendo. ¿Por qué me costaba tanto aceptar su ayuda? Acabé rindiéndome.

—Muchas gracias por todo —dije antes de salir de la biblioteca.

—Es un placer... —le oí decir a mi espalda al marcharme.

Pasaron las semanas y cada vez me sentía con más energía. Todavía seguía sin atreverme a salir mucho a la calle, solo en compañía, pero al menos, iba avanzando poco a poco. Volví a sonreír más a menudo, pero no como antes. Ya no era la misma Carmen que todos conocían.

No di muchas explicaciones acerca de por qué se había cancelado mi boda, ni siquiera a mi prima. Cada vez que trataba de sacar el tema de nuevo, yo lo esquivaba o, simplemente, decía que no quería volver a hablar nunca más de Vicente. Sin embargo, me fue imposible evitar el tema eternamente.

Un día, mientras paseaba por la ciudad con Carla, nos encontramos de frente con él y con su amigo Juan.

—Carmen, ¿ese que va por ahí no es Vicente? —señaló mi prima, apuntándole con el dedo.

Pensé en hacer como que no les habíamos visto, en meterme en cualquier tienda de repente o, simplemente, salir corriendo en dirección contraria, pero no pude llegar a hacer nada de eso.

Me quedé en embobada, mirándole fijamente y parada en mitad de la acera. Estaba en estado de shock. No podía reaccionar. Quería llorar y reír al mismo tiempo. Abrazarle y pegarle. Quererle y odiarle.

¿Por qué no había insistido en volver a verme? ¿Por qué no había estado a mi lado cuando más le había necesitado? ¿Por qué no me echaba de menos tanto como yo a él? ¿Por qué se había rendido a la primera de cambio? Tenía tantas preguntas que quería hacerle y a la vez, tanto miedo de hablar con él...

Ahora que le tenía de frente e iba acercándose hacia mí con su amigo al lado, solo tenía claro una cosa: Seguía completamente enamorada de él.

—Hola, Carla. Hola, Carmen —nos saludó Vicente primero.

—Hola, Vicente —respondió mi prima—. ¿Cómo estás?

—Bueno... Bien, ahí vamos ¿Y vosotras?

—Bien. Muy bien, gracias —volvió a responder Carla.

Enseguida se produjo un silencio incómodo entre los cuatro. Quería hablar, pero no me salían las palabras.

—Bueno... Yo voy a ver una cosa a esa tienda que ahí enfrente. Ahora vengo —dijo Carla.

—Yo creo que también voy a aprovechar a ir al estanco a por tabaco —se excusó Juan también.

No pude evitar que nos dejaran a solas. Quería matar a Carla por eso, pero a la vez, quizás era la última oportunidad que tenía de poder hablar con él y explicarle todo.

—¿Te parece que vayamos a ese banco de allí para hablar? —me preguntó.

Acepté con la cabeza. Estaba muy nerviosa y seguían sin salirme las palabras.

—Me dijeron que estabas enferma cuando fui a verte. ¿Estás mejor?

Volví a afirmar con la cabeza.

—Puedes hablar, ¿eh? No muerdo.

Cogí aire.

—Ya estoy mejor, gracias.

—Me alegro.

Volvimos otra vez al silencio. Así no íbamos a ir a ningún lado. Entendí que tenía que ser fuerte y sacar las fuerzas de donde fuese necesario. Sin embargo, volvió a ser él quien rompió el silencio.

—Fui a verte porque me sentía mal por cómo acabamos esa noche.

—¿Y por qué no volviste? —me atreví a preguntarle.

—Está claro. Pensé que no querías volver a verme.

—Eso no es así. Sí que quería. Te he echado muchísimo de menos —admití.

—Entonces, ¿por qué no viniste tú a verme después?

—Estaba enferma, ya lo sabes.

—Después de eso —aclaró.

Pensé en contarle la verdad en ese momento. Merecía saberla, pero no era nada fácil para mí. De hecho, hasta el momento, no había sido capaz de contarle a nadie lo que realmente me había pasado aquella noche.

—Es complicado... —respondí, bajando la vista al suelo. No pude evitar empezar a llorar.

En ese momento, creo que se dio cuenta de que estaba sufriendo.

—Eh, eh... Tranquila. Puedes confiar en mí y contarme lo que sea. Lo sabes, ¿no? Te quiero

—me respondió mirándome a los ojos.

Justo cuando estaba a punto de abrirme con él y de explicarle todo, justo cuando vi la luz y pensé que estábamos a tiempo de solucionarlo todo y de hacer borrón y cuenta nueva, me pasó su brazo por la cintura y de repente, todo se fue al garete.

No pude evitarlo. Como acto reflejo, aparté su brazo rápidamente de mí y le empujé.

—¡Perdón! No es lo que piensas. Yo... Lo siento —me disculpé al instante al ver su cara de desconcierto.

¿Por qué no le dije que yo también le quería? ¿Por qué no le abracé inmediatamente? Lo estaba fastidiando todo cada vez más.

—No pasa nada. Está claro entonces que no quieres saber nada más de mí —dijo, levantándose del banco.

—¡No! No es eso. Por favor, no te vayas —traté de detenerle, aunque sin ser capaz tan siquiera de agarrarle del brazo.

—Tengo ya el billete para Australia, ¿sabes? Me voy dentro de poco en barco a Brisbane y después, me llevarán a una colonia de españoles. Voy a vivir cerca del mar. Tengo ganas. Quizás, esto es lo mejor para los dos.

Me quedé callada, tratando de asimilarlo. Cuando estaba encerrada en mi habitación, yo también pensé que era mejor que él siguiese su vida, pero en el fondo de mi corazón, era una niña egoísta que seguía queriéndolo. No quería que se fuese.

—Adiós, Carmen. Espero que te vaya todo muy bien.

No fui capaz de evitar que se fuese.

Culpa

Pasaron los días, cambiamos de estación y la vida seguía su curso. Fue un duro golpe encontrarme con Vicente y enterarme de que se iba a Australia finalmente, aunque lo que más me dolía era el hecho de que, a pesar de todo, seguía queriéndolo.

Me sentía culpable por todo lo que había pasado en los últimos meses y el giro que había dado mi vida, pero al menos, ya no quería morirme. Era un avance. Tardaría muchos años en darme cuenta de que, en realidad, nada de lo que acabó pasando fue por mi culpa. Ni la ruptura, ni la violación, ni todo lo que estaba a punto de ocurrir a continuación.

El señorito Alejandro, por su parte, seguía establecido en Madrid en casa de sus tíos. Según sus planes iniciales, debería haber regresado a París hacía tiempo, pero seguía sin moverse. Sospechaba que algo tendría que ver conmigo, pero tampoco había cambiado nada entre nosotros en los últimos meses. Se estaba comportando como un auténtico caballero. Nada que ver con los primeros días cuando nos conocimos.

Sus tíos, obviamente, estaban preocupados por la situación. Parecía que ya no tenía prisa por volver a Francia y terminar sus estudios. Sus vacaciones estaban durando demasiado y pude escucharle discutir con su familia sobre su vuelta a la Universidad en varias ocasiones.

—Tienes que volver, Alejandro. Tus padres están preocupados por ti y por tus estudios. ¿No irás a tirarlo todo por la borda ahora que no te queda nada? —oí que le recriminaba Don Emilio una noche.

—Por supuesto que no, tío. Voy a volver.

—¿Cuándo?

—Cuando sea el momento —respondió el señorito, suspirando.

—Te lo voy a dejar bien clarito para que te entre en la cabeza. Ni tu tía ni yo vamos a seguir manteniendo a un holgazán en nuestra casa. O vuelves a la Universidad a terminar tus estudios o

te pones a trabajar.

Ese fue el ultimátum que le dieron y por mucho que a mí me entristeciese que acabase volviéndose a ir, sabía que era lo mejor para él.

Al día siguiente, descubrí una nota en el suelo de mi cuarto al despertarme. Alguien la había pasado por el hueco de mi puerta.

“Reúnase conmigo esta noche en la biblioteca. Cuando todos estén durmiendo”

No estaba firmada, pero no hacía falta. Reconocería esa letra sobre cualquier papel. Había recibido muchas cartas suyas la última vez que estuvo en Francia. Me sentía un poco mal por no haber respondido nunca a ninguna de ellas, pero en aquel momento, no hubiese sido lo correcto. Ahora, sin embargo, ya no tenía novio y la situación era muy distinta.

No salí de mi cuarto hasta que estuve completamente segura de que los señores dormían. No sabía que pretendía el señorito Alejandro con tanto misterio, pero mejor ser discretos.

Después de la discusión que había escuchado con su tío, estaba intrigadísima sobre qué querría decirme. ¿Habría tomado ya una decisión? ¿Iba a despedirse de mí? Estaba tan nerviosa que incluso me arreglé un poco en el espejo de mi cuarto antes de encontrarme con él. Cuando vi que ya no había moros por la costa y tenía el camino libre, salí de mi cuarto echándome un último vistazo en el espejo y pellizcándome las mejillas. Allá que iba.

—Buenas noches, Carmen. Me alegra que haya decidido hacer caso a mi nota —me saludó sonriendo, nada más entré en la biblioteca—. Siéntese, por favor.

Me aseguré de cerrar bien la puerta para que no despertar a nadie.

—Buenas noches, Alejandro. La verdad es que es estoy bastante intrigada.

—Lo imaginaba —respondió con una sonrisa pícaro—. ¿Quiere algo de tomar?

Estuvo a punto de decir que no, pero luego pensé en que una copilla no me iría mal para

relajar mis nervios. Total, ya habíamos superado con creces el límite de lo que era correcto entre nosotros.

—Sí, por favor. Póngame lo que sea que esté tomando usted.

Me arrepentí en cuanto di el primer trago. Aquello estaba demasiado fuerte para mí, pero al tercer trago ya me iba resultando menos amargo.

—Verá... No es tarea sencilla decirle todo esto, pero debo intentarlo. Creo que, de todas formas, ya es bastante obvio —empezó a explicarme sin parar de dar vueltas por la sala con su wiski en mano—. Creo que ya sabe que mis tíos insisten en que vuelva a Francia a terminar de una vez mis estudios. La otra opción es que me ponga a trabajar si quiero seguir aquí, pero sería una estupidez por mi parte abandonar la Universidad justo ahora que me queda tan poco.

—Sí. Lo sé —respondí dando otro trago a mi bebida.

Pensé que aquello se trataba definitivamente de una despedida y me empezaron a entrar ganas de llorar. Sentía que me estaba abandonando todo el mundo. Primero Vicente y ahora él.

—Bien, pues le he estado dando bastantes vueltas a la idea de qué quiero hacer con mi futuro. Sinceramente, no me veo aquí por mucho más tiempo. No quiero confundirle innecesariamente con temas políticos, pero digamos que, no estoy muy de acuerdo con ciertas cosas que están sucediendo en España en estos momentos. Por ello, resulta bastante coherente que mi futuro esté en Francia.

—Lo entiendo —dije casi al borde de las lágrimas.

—Sin embargo, me he dado cuenta de que tampoco veo mi vida lejos de usted.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida.

—Como escucha. Por eso mismo me preguntaba si... ¡Qué demonios! Se lo diré directamente. Carmen, ¿quiere casarse conmigo?

Si pensaba que la vida ya no podía sorprenderme más, estaba totalmente equivocada. Acto seguido, se arrodilló ante mí y sacó un precioso anillo con una brillante piedra azul en el centro.

Casi me desmayé de la sorpresa.

—Yo... No sé qué decir, señorito. No me esperaba nada de esto.

—Dígame que sí, Carmen. Prometo hacerla muy feliz. No le faltará de nada nunca más.

—Pero es que, yo... ¿Cómo me voy a casar con usted? ¿Se da cuenta de lo que dice? ¿Qué diría su familia? ¡Y encima a Francia!

—Me da igual lo que opinen los demás. Estoy enamorado de usted y quiero que se venga conmigo.

—Pero... ¿Por qué yo? Podría tener a cualquier joven que quisiese. Yo solo soy una simple criada, señorito. No tengo nada que ofrecerle.

—Se infravalora tanto... Ojalá viese lo mismo que veo yo cada vez que la miro. Belleza, valentía, honradez... ¿Y qué que haya trabajado como criada hasta ahora? ¿Dónde está el problema? ¡Al contrario! Le estoy ofreciendo una vida mucho mejor que la que tiene ahora mismo.

Me quedé pensativa mirando el impresionante anillo. Si decía que sí, mi vida estaría resuelta. No más preocupaciones por el dinero, no más cofias... Se solucionarían muchos de mis problemas y dejaría de tener que limpiar para otros. Tendría la posibilidad de llevar una nueva vida.

La oferta era muy tentadora, pero, por otra parte, ¿podría llegar a amarle yo también algún día? Estaba muy confundida. Todavía seguía queriendo a Vicente y todo lo de aquella noche seguía estando aún muy reciente.

—Sé que, quizás, es demasiado pronto para usted. No olvide que sé por todo lo que ha pasado últimamente. He sido testigo de su miedo y de su tristeza y de cómo estuvo a punto de dejarse morir. Por eso mismo, pienso que también será bueno para usted salir de aquí —me dijo, acercándose a mí y cogiéndome de las manos.

Por primera vez en mucho tiempo, no salté ni me asusté con el roce de las manos de un

hombre. Aquello me confundió aún más.

—Alejandro... Ahora mismo, estoy muy confundida. No puedo darle una respuesta justo ahora —le dije, devolviéndole el anillo.

—Lo entiendo. No pasa nada. Solamente, prométame que lo pensaré. Quédese el anillo mientras tanto. Es una joya familiar que lleva pasando de generación en generación mucho tiempo y ya no me imagino a ninguna otra mujer con él que no sea usted con él —me explicó, poniéndome el anillo. Sorprendentemente, era de mi talla—. Dentro de un par de días vuelvo a París, pero cuando termine mis exámenes finales, regresaré a por usted. Espero que, para entonces, su respuesta sea un sí.

Estuve a punto de decirle que no se fuese, que me casaría con él inmediatamente. Su mirada me decía que todo lo que había dicho era verdad. Me quería y, puede que al final, yo también le quisiese. Si no, ¿por qué demonios tenía tantas ganas de besarle en ese preciso momento? No pude aguantar más la corta distancia que nos separaba. Le solté sus manos, me agarré a su cuello y le besé.

Creo que fue la primera vez que la que le pilló por sorpresa fui yo a él, pero no tardó en dejarse llevar él también. De hecho, se dejó llevar demasiado. Cuando deslizó sus manos más debajo de mis caderas mientras me besaba, di un respingo y me aparté rápidamente.

—¡Perdón! Soy idiota. Me he dejado llevar demasiado. No volveré a pasar —Se disculpó.

—No pasa nada.

Alejandro lo entendía. Me había asustado y apartado cuando sus manos habían ido más allá de lo que me esperaba, pero no se había molestado. Lo entendía.

Nos despedimos aquella noche sin llegar más allá de ese beso. Confundidos, sonrojados y sin saber lo que nos depararía la vida en los próximos meses.

Cuando se acabó marchando, no me sentí tan triste como esperaba. Sabía que volvería a por mí como me había prometido. La cosa era si yo también quería irme con él.

Pasaron los días y mi cabeza iba de un lado para otro. Había días que habría decidido casarme con él sin pensarlo, pero otros en los que me parecía una auténtica locura. Además, me aterraba la idea de irme a Francia casi tanto como Australia.

Teniendo la cabeza como la tenía, fue inevitable que la señora no se diese cuenta de que algo me rondaba la mente todo el tiempo mientras trabajaba o durante nuestros pequeños ratitos de lectura diarios en los que leíamos juntas en la biblioteca.

—Carmen, ¿te encuentras bien? —acabó preguntándome directamente.

—Sí, señora. ¿Por qué lo pregunta?

—Te veo muy rara últimamente.

—Bueno... A decir verdad, no me encuentro muy bien desde hace unos días.

Aquello no tenía nada que ver con lo que realmente me pasaba por la cabeza, pero era verdad y me servía perfectamente de excusa. Además, estaba más cansada de lo habitual y había vomitado un par de veces.

—Pero muchacha, ¿por qué no me has dicho nada? Y yo que pensaba que ya estabas totalmente recuperada. Hasta me había fijado en que habías cogido más peso. Ahora mismo llamo al doctor para que venga a verte.

—Señora, no hace falta. De verdad que estoy bien.

—Bueno, ya veremos a ver qué dice el doctor.

Siempre recordaré las palabras exactas del doctor.

—Enhorabuena. Está usted embarazada.

La bronca que me echó Doña Rosario más enterarse, también fue para recordar.

—Pero hija, ¡no lo entiendo!, ¿cómo no te has dado cuenta antes? ¿No te diste cuenta de que te dejó de venir el periodo?

—Nunca he tenido el periodo regular, pero es que... No puede ser... Todo esto no puede ser

verdad —Me lamentaba, llorando enfrente de la señora.

—Bueno, ya está bien. Así no ganamos nada. Y cuanto antes lo aceptes, mejor. Además, no es culpa tuya. ¿Te ha dicho el doctor de cuánto estás?

—¿A qué se refiere con que de cuánto estoy?

Es importante recalcar que, en aquella época, no sabía casi nada acerca del tema.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Doña Rosario mientras daba vueltas por la habitación, nerviosa y tratando de encenderse su tercer cigarro en solo media hora—. Esto es culpa mía y de la maldita sociedad en la que vivimos. Ellos bien que saben dónde meterla mientras nosotras vivimos en la total ignorancia. ¡Hasta que nos hacen el primer bombo, claro!

Yo no entendía nada de lo que decía, pero no podía parara de llorar.

—A ver, criatura. Sécate las lágrimas y dime, ¿has tenido relaciones con algún hombre? Además de cuando... Ya sabes.

—No la entiendo, señora.

Sabía por dónde iba, pero no exactamente. Además, me daba bastante vergüenza admitirlo.

—Seré clara. ¿Has dejado que te abran de piernas alguna vez, además de la vez en la que te violaron? —me preguntó, usando la palabra ‘violación’ por primera vez.

—Sí... Una vez, con Vicente, pero fue solo una vez. ¡Se lo juro! Además, fue justo después de prometernos. Nos íbamos a casar...

Su recuerdo provocó que volviese a ponerme a llorar otra vez.

—Ay, hija... Una vez es más que suficiente. Entonces, eso fue... Poco tiempo antes de que el malnacido ese te violase, ¿no? Siento ser tan dura y directa, pero es importante.

—Sí —respondí sollozando.

—¿Y no has vuelto a dejar que eso pase ninguna otra vez? Ni si quiera con... ¿mi sobrino? — siguió preguntándome, haciéndome que me sonrojase— No te sorprendas tanto por la pregunta.

Tengo ojos en la frente. Sé cómo os miráis desde hace tiempo.

—¡No, señora! Le juro por lo que más quiero en este mundo que entre el señorito Alejandro y yo no ha pasado nada de eso.

—Está bien. Estate tranquila, te creo. Aun así, me temo que es imposible saber si el hijo que esperas es de Vicente o de ese malnacido. Lo siento.

—¿Y qué voy a hacer, señora? No puedo hacer esto yo sola. No puedo...

—Tranquila, no estás sola. Déjame pensar, déjame pensar...

La primera solución que me dijo que podíamos intentar era visitar a una mujer a través de unos contactos, para que me provocase un aborto antes de que la criatura creciese aún más, algo a lo que enseguida me negué rotundamente. Esa no era una solución para mí, sino un pecado aún mayor que los que ya había cometido.

Lo siguiente y a lo que no me pude negar, fue ir en busca de Vicente. Si había tan solo una pequeña posibilidad de que él fuese el padre, era lo correcto. Fuimos primero al taller en el que él trabajaba para intentar dar con él. Doña Rosario me aconsejó que, por el momento, no le dijese nada acerca de que el hijo podía no ser suyo.

—Pero señora, ¿cómo voy a hacer algo así? ¿Quiere que le engañe y le diga que estoy segura de que es su hijo?

—Sí, si quieres que tu hijo tenga un padre. ¿A quién se lo vas a encasquetar si no? Además, si es un buen hombre, aceptará criarlo, aunque no fuese hijo suyo.

Pensé en Alejandro. ¿Él sería capaz de seguir queriendo casarse conmigo a pesar de todo? Tenía mis dudas. Si la señora supiese que guardaba escondido en mi cuarto el anillo de compromiso de su familia... ¿Qué hubiese pensado de que le encasquetase el niño a su sobrino en vez de a Vicente? Seguramente, no lo hubiese permitido, aunque, quién sabe. Uno nunca sabía cómo esa mujer podía reaccionar ante cualquier cosa.

Ahí estábamos las dos. Entrando en un taller de coches apresuradamente, rezando por que

Vicente no se hubiese marchado todavía a la otra parte del mundo.

—Buenas tardes. ¿Se encuentra aquí Vicente? —preguntó Doña Rosario al primer trabajador que vio nada más entrar.

—Buenas tardes, señora. ¿Vicente? Ese ya no trabaja aquí. ¿Le puedo ayudar yo en algo?

—¿Cómo que ya no trabaja aquí? ¿Se ha marchado ya? —pregunté.

—Se fue hace cuatro días pa el norte. Decía que iba a coger un barco que le iba a llevar a Australia, pero vete tú a saber si era un farol. Ese chico no tenía más que pájaros en la cabeza.

—Se ha ido... No me lo puedo creer. ¡Estoy perdida! —Me lamenté, a punto de caerme al suelo del disgusto.

—No te preocupes, Carmen. Todavía nos queda una última opción.

Enredos

—Señora, yo de verdad que esto no lo veo... ¿Cómo voy a pedirles una cosa así?

—Me temo que es la última opción que te queda. Es esto o irnos a un convento.

—Ay, madre... Me va a matar por no habérselo contado antes.

—Tranquila, acabará entendiéndolo.

—¿Y si no lo hace? —Dudé.

—Lo hará.

El taxi nos dejó enfrente de su edificio. Doña Rosario le pidió al taxista que volviese a recogeros en unas dos horas aproximadamente. Por mucho que insistí en entrar sola a la casa, la señora se empeñó en subir conmigo. Creo que se sentía responsable por todo lo que me había pasado últimamente, al estar viviendo bajo su techo. Yo también me sentía mal por todas las molestias que le estaba causando.

Subí las cinco plantas, lentamente, tratando de coger valor para lo que me esperaba. La señora me seguía el paso por detrás. No eran las escaleras más bonitas de la ciudad y la humedad del edificio dificultaba la subida. Eran muy estrechas y apenas había ventilación. Nada que ver con los elegantes edificios que solía visitar la señora.

—¡Por Dios! ¿En qué piso viven?

—En el quinto. Ya queda poco.

Cuando por fin llegamos a nuestro destino, me quedé inmóvil unos segundos enfrente de la puerta.

—¡Venga, Carmen! ¿A qué esperas? Llama a la puerta de una vez.

Me temblaba todo el cuerpo. No tenía ni idea de cómo iba a ser capaz de contarlo, pero cogí aire y golpeé la puerta con mis nudillos. Tardaron bastante en abrir y tuve que insistir un par de

veces, pero finalmente, abrieron.

—Hola, Carmen. ¿Qué haces aquí? —me preguntó mi prima Carla con la puerta entreabierta y la voz temblorosa.

—Hola Carla, pues verás... Mmm... ¿podemos pasar?

—¿Ahora? No es un buen momento, lo siento. Mejor pasaros otro día —dijo, tratando de cerrar la puerta rápidamente.

Aquello era muy raro. Carla nunca se había comportado así. Metí mi brazo y mi pierna entre la puerta para evitar que la cerrase.

—Carla, ¿estás bien?

—No me encuentro muy bien. Ya hablamos otro día, de verdad. Además, tengo la casa hecha un desastre.

Fue entonces cuando en el momento en el que Carla levantó su mirada, me fijé en su cara hinchada.

—Carla, déjanos entrar ahora mismo.

—No... No puedo.

—Aparta, muchacha. Haz caso a tu prima y déjanos pasar.

Doña Rosario también se dio cuenta de que algo raro estaba pasando y acabó ayudándome a entrar por la fuerza. Cuando conseguimos pasar, mi prima se giró para darnos la espalda y empezó a llorar. Me fijé, horrorizada, en que tenía el camión lleno de sangre por la parte de abajo.

—¡Cielo santo! —exclamó Doña Rosario—. Hay que llamar a un médico.

—¡No! Estoy bien —insistió Carla, llorando y continuando de espaldas.

—Carla, por favor, date la vuelta y deja que te veamos.

Le di la mano con cariño y la guie hacia el salón. Calmándola como pude, la senté en el sillón

y le di un abrazo con muchísimo cuidado. Tenía el rostro y los brazos golpeados y el cuello enrojecido. Parecía que incluso la habían intentado ahogar.

—Chsss... Ya está. Todo irá bien. No te preocupes —Traté de tranquilizarla.

—Carmen... Creo que estoy perdiendo al bebé.

Me fijé en toda la sangre que había por el suelo y en su camisón. No sabía qué significaba tanta sangre derramada, pero estaba claro que nada bueno.

—Voy a pedir ayuda. Quizás el taxista todavía no se ha ido. Carmen, tumbala en el sofá y refréscala con agua fresca. Ahora vuelvo —Me ordenó, Doña Rosario.

—Señora, ¡no se vaya! No sé qué es lo que tengo que hacer.

Me daba pánico quedarme sola con Carla. ¿Y si no paraba de sangrar? No tenía ni idea de cuántos litros de sangre tienen las personas, pero aquello me parecía demasiado. Había perdido mucha sangre.

—No tienes que hacer nada. Solo quédate a su lado. No tardaré. Tu prima necesita a un médico con urgencia. Intentaré encontrar a quien alguien que nos lleve a un hospital.

—De acuerdo... —acepté, no muy convencida.

En cuanto la señora se marchó corriendo para buscar ayuda, me di cuenta de que Carla estaba cada vez más pálida.

—¡Eh, Carla! No te duermas. ¡No se te ocurra dormirte ahora!

—Tengo miedo, prima... —dijo con los ojos entrecerrados, tratando de mantenerse despierta.

Fui corriendo a por un paño, una jarra de agua y un vaso. Le mojé la nuca y la frente y le obligué a beber un poco. ¿Quién le habría hecho todo eso? Me costaba creer que hubiese sido su marido, pero ¿quién si no? ¿Habrían entrado en su casa a robar y la habían forzado? Me inclinaba más bien por lo primero, pero tenía que comprobarlo.

—Carla, ¿dónde está Jesús?

—Jesús... No lo sé. En el bar, supongo, como casi siempre. Le han despedido del trabajo.

—¿Ha sido él quién te ha pegado?

No hizo falta que contestase. Su cara lo dijo todo.

—¿Por qué no me has contado nada de esto antes? ¡Podía haberte ayudado! ¿Hace mucho que te pega?

—Solo cuando está enfadado o borracho. No es culpa suya, es que no sé ser una buena esposa...

—¡No se te ocurra decir esas tonterías! ¿Me oyes? Eres la persona más buena que conozco. Será cabrón... ¡Me lo tenías que haber contado!

—Tú tampoco me cuentas tus cosas. Sé que no has estado enferma. Te conozco. Te ha pasado algo, pero no me lo quieres contar... —dijo, volviendo a cerrar los ojos.

—¡Eh, Carla! No te duermas, ¡no se te ocurra dormirte!

Traté de mojarla la cara para espabilarla y evitar que se durmiese, pero fue inútil. Se quedó inconsciente.

—Carla, por favor... ¡No me hagas esto! Te necesito, por favor... ¡Despierta! —grité con todas mis fuerzas, entrando en pánico al ver que no reaccionaba—. ¡Ayuda! ¡Qué alguien me ayude! —Empecé a gritar lo más alto que podía.

Era un martes por la tarde y la mayoría de las personas del barrio no estaban en casa, sino que todavía estarían trabajando en sus respectivas fábricas o donde fuese, pero alguien tenía que oírme.

Me dirigí corriendo al pasillo y me encontré con que ya había alguien en la puerta. Jesús había vuelto de bar a casa y observaba la escena con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó. Apestaba a alcohol y apenas podía mantenerse en pie.

—¿Qué ha pasado, dices? ¿Qué ha pasado? —Estaba fuera de mí misma.

—Carla... ¿Qué te pasa? —volvió a preguntar, llorando.

Se acercó al sofá donde estaba tumbada su mujer y la empezó a acariciar su cabello oscuro, sollozando. Eso me alteró todavía más. No podía aguantar que la tocara después de lo que había hecho. Fue como si las palabras saliesen de mi boca por sí solas, sin control alguno.

—¿Qué la pasa? ¡Pasa que la has matado! ¡La has matado! Pedazo de animal... ¡A ella y a vuestro hijo! —seguí gritando—. Y yo que pensaba que la querías... Que erais un matrimonio feliz. ¡Mírala, está muerta por tu culpa!

—No, no... ¡Carla! ¡No! Yo no quería... No estaba así cuando me fui. ¡Has sido tú!

—¿Qué diantres dices? ¡Has pegado a tu mujer y se ha ido desangrando por dentro mientras tú estabas en el bar!

Jesús se levantó del suelo tambaleándose y me miró con furia. Enseguida me sentí una estúpida por haberle provocado en ese momento. Me coloqué detrás de la mesa del salón de manera inconsciente para distanciarme de él. Pensé en salir corriendo, pero no quería dejar a mi prima a solas con él. No sabía si aún seguía con vida.

—No, yo... No le di tan fuerte. Estábamos discutiendo y entonces... Me enfadé, pero yo no quería hacerla daño, fue su culpa. Y entonces me fui y ahora... Yo no he sido ¡Has sido tú! ¡Tú le has hecho esto!

Todo pasó en cuestión de segundos. Se abalanzó hacia mí como alma que lleva el diablo, le esquivé como pude y sin pensarlo, cogí la jarra de cristal que había dejado antes sobre la mesa y se la estampé en la cabeza antes de que pudiese tan siquiera rozarme. Se desplomó en el suelo en el acto.

—Pero... ¡Qué has hecho! —exclamó Doña Rosario desde la puerta. Justo acababa de volver de pedir ayuda—. ¡La policía está subiendo por las escaleras!

—Que vengan —respondí, fríamente, mirando a Jesús con desprecio—. Espero que esté muerto.

Despedidas

Madrid – Actualidad

El funeral está siendo muy duro. Pensé que sería más fácil al saber que esto iba a llegar a pasar tarde o temprano, pero me equivoqué.

Murió de la manera más dulce posible, durmiendo en su cama. Le habían dado el alta hacía unos días, no porque los médicos pensasen que fuese a mejorar, sino porque consideraron que ya no había nada más que pudiesen hacer por ella. Era cuestión de días que su corazón se rindiese y dejase de latir, así que mi madre y yo estuvimos de acuerdo en que lo mejor era llevárnosla a casa.

Estuvo recostada en su antigua habitación durante un par de días hasta que una mañana, cuando entré a darle los buenos días, no logré despertarla. Pensé que estaba preparada mentalmente para lo que venía, pero no fue así. Fue traumático.

Traté de despertarla de mil maneras, pero no respondía. Grité para que viniese mi madre a ayudarme, pero tampoco sirvió de nada. No tenía pulso y ya no había nada más que hacer. Se había ido para siempre.

—Lo siento mucho, María. Sé que es muy doloroso, pero hay que pensar en que al menos, tu abuela se fue sin sufrir —me dice alguien que ni siquiera sé quién es.

Ese “al menos se fue sin sufrir” es la frase más repetida del día que todo el mundo no para de decirme. Un consuelo inútil que utilizan algunos cuando se acercan a mi madre y a mí sin saber muy bien qué decir.

Sé que la gente suele recurrir a este tipo de frases hechas para consolar a alguien querido, pero no hay frase que pueda rebajar el dolor que uno siente al perder a alguien cercano. Me revienta tener que asentir con la cabeza y dar las gracias sin poder quejarme de lo injusto que es todo esto. No estaría bien perder la cabeza delante de tanta gente. Ya la perderé después, otra vez, cuando

me quede a solas.

Mi madre parece estar llevándolo muchísimo mejor que yo. Yo preferiría que nadie me dijese nada. De hecho, no quiero ni estar aquí. Quiero irme a mi casa, a meterme en la cama y a seguir llorando. Ella, sin embargo, saluda a todo el mundo como puede y les agradece su apoyo, incluso con una sonrisa por momentos. Supongo que por dentro debe de sentirse tan agotada como yo, pero lo disimula bastante bien, ocultando sus ojos tristes con sus negras gafas de sol.

Durante el transcurso de la misa, intento mantenerme lo más serena posible. Cuando todo acaba, no puedo evitar sentirme aliviada porque por fin, podemos alejarnos de todos e irnos a casa.

—Mamá ¿nos vamos ya? —le pregunto.

—Un momento. Quiero hablar con mi tía Sofía. No te preocupes, no tardaré mucho.

—Voy a sentarme en algún banco por ahí, entonces. No quiero seguir estando rodeada de tanta gente —respondo, suspirando.

No veo el momento de llegar a casa. Sin esperar respuesta, me alejo paseando entre las tumbas hasta que encuentro un banco un poco más alejado. Me siento y quito el modo avión del móvil. Hora de reconectar con el mundo.

Paso olímpicamente de responder a la mayoría de los mensajes de pésame que algunos amigos o familiares me han escrito al no haber podido venir al funeral. No estoy preparada para eso, ya les responderé otro día. De momento, solo me preocupo en contestar a Julio, quien me acaba de preguntar hace unos minutos, cómo estoy llevando todo esto.

Ya ha acabado todo. Estoy bien, gracias, pero muy cansada. Mañana hablamos.

Él es una de las pocas personas que me hubiese gustado que estuviesen conmigo hoy aquí, pero tenía que ir a trabajar. Al menos, estuvo conmigo cuando pasó lo peor, minutos después de que me acabase de encontrar con mi abuela fallecida en su cuarto, y perdiese la cabeza. Mañana

le daré de nuevo las gracias por todo.

A quien también debería escribir es a mi psicóloga para coger cita cuanto antes. Sé de sobra que voy a necesitar mucha ayuda para superarlo y volver a estar bien, pero no me siento preparada todavía para ello. Es la segunda vez que paso por un duelo parecido y ya conozco los pasos a seguir. Quizás encuentre fuerzas para coger cita en unos días y empezar a sanar por dentro.

Echo un vistazo a mi madre desde donde estoy. Se han acercado más personas a hablar con ella. Esto parece ir para largo. Para entretenerme, vuelvo a coger el móvil y empiezo a ver imágenes y vídeos aleatorios por las redes sociales, sin prestar mucha atención.

—Perdona, ¿puedo sentarme aquí contigo? —me pregunta una mujer desconocida de unos 55 años aproximadamente.

—Claro —respondo por educación.

Me molesta un poco que haya decidido sentarse aquí, en vez de en cualquier otro banco vacío, pero no digo nada.

—Siento mucho lo de Carmen. Era una buena mujer —me dice tras sentarse a mi lado.

—Gracias. Sí, lo era.

No tengo ganas de preguntarla ni de qué la conoce. Me da exactamente igual. No me apetece hablar, pero ella insiste en iniciar una conversación conmigo, a pesar de mi cara de pocos amigos.

— ¿Quieres uno? —me pregunta mientras se enciende un cigarro.

—No, gracias. No fumo —respondo.

¿Encima se va a poner a fumar y a echarme todo el humo encima? Odio el tabaco.

—Mejor —responde tras su primera calada. Al menos está teniendo la decencia de echar el humo para el otro lado—. Tú eres la nieta de Carmen, ¿no?

—Sí.

—Estoy segura de que era una abuela estupenda. Conmigo siempre se portó muy bien desde que tengo memoria.

—Sí, era la mejor —respondo.

¿Qué quiere ésta ahora? ¿Que me ponga aquí a llorar sobre su hombro? Estoy a punto de pedirla, directamente, que me deje en paz, pero de repente, me cuenta algo inesperado.

—Mi madre y ella eran muy amigas. Me acuerdo de algunas de las veces que venía tu abuela a visitarnos a Barcelona y siempre me traía algún que otro regalito. Siempre tan cariñosa conmigo... Creo que eran primas, aunque no estoy muy segura de si eran primas hermanas o segundas. Murió hace ya bastantes años... —Se queda unos segundos pensativa antes de continuar, como si estuviese tratando de recordarla—. Tú eres muy joven, pero quizás tu madre sí llegó a conocerla. Iba a acercarme a hablar con ella antes, pero está rodeada de gente todo el tiempo. En cambio, tú estás aquí tan solita que, he decidido acercarme. Nadie debería estar solo en momentos así.

Quiero explicarla que el estar sola o no, depende más bien de la persona. ¿Por qué debería estar rodeada de gente cuando lo que me apetece, realmente, es perder de vista a todo el mundo? Sin embargo, mi curiosidad me lleva a preguntarla otra cosa muy distinta.

— Perdonas, ¿cómo te llamas?

—Uy disculpa, cariño. ¡Ni me he presentado! Soy Marina. Encantada.

—Encantada, Marina. Y tu madre, ¿cómo se llamaba?

—Carla. ¿Te suena de algo? —me pregunta, al ver mi cara de estupor al escuchar su nombre.

No me lo puedo creer. La Carla de la que tanto nos habló mi abuela durante las últimas semanas, la mejor amiga de su juventud... ¿Se trata, realmente, de la misma Carla?

—¿Qué pasa? Parece que has visto un fantasma... ¿La conoces?

—No... no la conozco, pero... Durante estos últimos días, mi abuela estuvo contándonos historias de su juventud y mencionó mucho a una prima suya llamada Carla. ¿Puede ser que fuese tu madre?

—Puede. ¿Qué os contó exactamente?

—Déjalo... no puede ser la misma persona —rectifico.

Lo último que nos llegó a contar acerca de su prima Carla fue el momento en el que se la encontró desangrándose en su casa por culpa de las palizas de su marido. Nos describió, entre llantos y con los ojos llenos de pena, cómo la sostuvo entre sus brazos mientras esperaba ayuda y cómo arreó a su marido con una jarra de cristal en la cabeza para defenderse. Después de esa confesión, estaba tan apenada que nos pidió que la dejásemos sola un momento.

Durante los días siguientes, no volvió a sacar el tema. Tampoco volvió a continuar su historia. Era como si acabase de arrepentirse de querer contárnoslo todo. Había llegado a un recuerdo tan doloroso que, no podía continuar. Algo muy fuerte la frenaba. Además, estaba tan débil que, ni mi madre ni yo nos atrevimos a insistir entonces.

Finalmente, su historia se quedó sin final. Murió antes de terminar de contarnos qué pasó con su embarazo, con su prima Carla, con Jesús, con Alejandro o si volvió a tener noticias de Vicente. ¿Cómo superó todo eso? ¿Qué pasó después? Me hice a la idea de que ya nunca tendría las respuestas, pero ahora vuelvo a dudar. Quizás, Marina es la clave para resolver todo el misterio.

Mi sentido común me dice que no, que no puede ser. Por lo dolorosos que parecían ser sus recuerdos, supuse, desde un primer momento que, aquella noche, acabó pasando lo peor. Carla murió y perdió a su bebé. Jesús falleció también, por el golpe en la cabeza y mi abuela acabó dando a luz en un convento y dando a su hijo en adopción. Esa era la continuación más factible a todo el entuerto que había ido creando yo en mi cabeza. La más lógica, pero ¿y si no fue así como acabó todo?

—María, cariño. ¿Nos vamos ya? —me pregunta mi madre de repente, sacándome de mis musarañas y dándome un golpecito en el hombro. Ni siquiera la he visto llegar.

—¿Eh? Sí, claro —respondo, levantándome. Entonces, me percató de que Marina sigue sentada a mi lado, extrañada por mi comportamiento y terminándose su cigarrillo.

La miro y no sé muy bien qué decirle. ¿Le presento a mi madre? ¿Le empiezo a hacer preguntas? ¿Hago como si nada y me olvido de todo? ¿Me voy sin más? Su reacción se adelanta a la mía.

—Adiós, María. Un placer conocerte. Cuidaos mucho la una a la otra.

—Gracias. Hasta luego —Y me voy.

—¿Quién era esa mujer? —me pregunta mi madre cuando ya nos hemos alejado un poco. Yo todavía estoy procesando lentamente todo en mi cabeza.

—Se llama Marina. ¿Te suena de algo? —No pensaba agobiar a mi madre con mis locuras, pero tengo que decírselo—. Dice que su madre se llamaba Carla. ¿Conoces a alguna de las dos? Quizás la has visto antes en algún lado. Si no, ¿por qué ha venido al entierro si no nos conocía en persona?

Mi madre se para en seco en medio del camino y me mira fijamente. Sé qué es lo que está pensando. La mismo que me ronda a mí por la cabeza. ¿Y si...?

Ya es muy tarde, estamos muy cansadas y no es el momento, pero por si acaso... tomo una decisión repentina.

—Un momento, ahora vuelvo.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta.

—Nada, no te preocupes. Tardo un minuto.

Regreso corriendo al banco donde estaba sentada antes, bajo la atenta mirada de mi madre. Menos mal que Marina sigue allí.

—Perdona, Marina —le digo nada más acercarme—. ¿Me puedes dar tu número de teléfono?

Llegamos a casa y ya solo tengo cabeza para tirarme en la cama. No tengo ni ganas de cenar, pero por supuesto, mi madre insiste, esta vez, sin lograr convencerme de comer nada. Tengo las tripas revueltas con todo esto.

Lo peor de todo es que, a pesar de estar tan cansada y triste, no paro de darle vueltas a la imagen de Marina en mi mente. ¿Se parece a mi madre físicamente o me estoy volviendo majara definitivamente? Ay abuela, ojalá estuvieses aquí...

Logro dormirme, pero en mitad de la noche, me despierto. Voy al baño y, al pasar por delante de su habitación, me encuentro con la puerta entreabierta. Decido entrar, no sé muy bien por qué.

La abuela llevaba bastantes años sin vivir con nosotras, desde que un día nos dimos cuenta de que, con el ajetreo de nuestras vidas, estaría mejor atendida y cuidada en una residencia. Ella no puso ninguna pega. Fue buena hasta cuando, prácticamente, la echamos de su propia casa. Aun así, ya me estaba volviendo a acostumbrar a verla en ese cuarto durante estos últimos días. Ya la echo de menos ¿Cómo voy a poder seguir con mi vida sin ella?

Me tumbo en su cama y abrazo un cojín que acaba mojado por mis lágrimas. No sé ni cómo no me he deshidratado ya de tanto llorar. Observo que el cajón primero de su mesilla está entreabierto. No tengo toc ni nada por el estilo, pero no sé por qué, me inquieta que esté abierto. Me inclino para cerrarlo y descubro que hay un par de hojas dentro, escritas a bolígrafo. ¿En qué momento se puso a escribir? Estaba sin fuerzas todo el tiempo.

Tras leer tan solo la primera línea, casi me desmayo.

Para Beatriz y María:

Ahora sé que nunca voy a tener el valor de contaros cómo acabó todo. Lo siento, pero es muy duro. Llevo guardando este secreto durante tantos años que, ya es parte de mí.

Tengo la sensación de que en cuanto lo cuente, Dios me mandará al infierno. No tengo la

conciencia tranquila porque sé que os lo tenía que haber contado hace ya mucho tiempo. Muchas personas merecen saber la verdad, incluido vosotras.

Voy a ser directa y a continuar por donde lo dejé. Golpee a Luis con tanta fuerza con la jarra de cristal que, cuando llegó la policía, ya no tenía pulso. Lo maté. Sin embargo, Carla logró sobrevivir. Perdió a su bebé y a su marido ese mismo día, pero ella siguió con vida gracias a la ayuda de Doña Rosario, que consiguió las mejores atenciones médicas para ella.

Aquella noche fue una dura sacudida tanto para mi prima como para mí, pero al final logramos sobrevivir. No pasé la noche en el calabozo de milagro, gracias a las influencias de los señores, pero no creáis que fue fácil. Les estoy eternamente agradecida por todo lo que hicieron por mí.

Cuando Carla se recuperó del todo, las dos nos refugiamos en un convento hasta que nuestras plegarias o yo qué sé yo nos sanaron. Allí di a luz a una pequeña niña que di en adopción. Yo quería que Carla se quedase con ella y la criase como si fuese su hija, pero ella estaba demasiado traumatizada por entonces. No estaba lista.

Años después, Carla volvió a casarse, se mudó a Barcelona y se volvió a quedar embarazada. Casi volvió a perder a su bebé, pero esta vez, logró traer al mundo a una niña increíble a la que tuve la suerte de conocer. Los médicos le dijeron que después de ese pequeño milagro, ya no podría volver a tener más hijos, pero ella ya no necesitaba nada más para ser feliz.

No volví a saber nunca nada más ni de Vicente, ni de Alejandro. No quería ser una desagradecida, pero después de dar a mi bebé en adopción, necesitaba alejarme de todo el mundo. No podía volver a la misma casa como si nada, después de todo lo que había pasado, así que, busqué trabajo en otro lugar.

Por supuesto, acabé confesándole todo a Doña Rosario sobre Alejandro y sus intenciones de casarse conmigo. Además, intenté devolver el anillo, pero ella se negó en rotundo a aceptarlo. Me pidió que lo guardase como un regalo de parte de su familia.

Pensé en escribir a Alejandro para tratar de explicarle todo, pero nunca lo hice. Fui una cobarde por ello, como también lo fui por no intentar contactar con Vicente ni saber qué acabó siendo de él.

Pasaron los años, fui sanando y conocí a Antonio, nos enamoramos y nos casamos. El resto de la historia, ya la conocéis. Os prometo que fui muy feliz.

Quise muchísimo a mi Antonio y vosotras dos sois todo para mí. Si os cuento todo esto ahora es porque la conciencia de una vieja debe quedar tranquila antes de morir.

De lo único que me arrepiento en esta vida es de no haber sido sincera con muchas personas. Con Vicente, con Alejandro, con vosotras y con la pequeña de la que nunca llegué a saber nada más. Por favor, escuchar el consejo de una vieja: no hagáis como yo. No huyáis de las personas que queréis y, sobre todo, no lleguéis a arrepentiros de no llegar a hacer algo en esta vida que sentís que debéis hacer.

Os quiero mucho mis niñas. Carmen

Comienzos

Un año después

Lo sabía. Voy a perder el vuelo. Faltan todavía tres horas para que salga, pero ya debería estar ahí por si acaso. ¿Y si tengo algún problema con el visado? ¿Y si hay un atasco gigantesco en la carretera y no llego? Joder, ¿dónde está? Debería haber llegado ya a casa hace una hora.

—María, nos vamos sin él y punto. No podemos estar esperándole eternamente —dice mi madre con impaciencia.

—¿Y me voy sin despedirme de él?

—Pues que hubiese llegado antes.

No quiero irme sin despedirme de Julio, pero acabo cediendo y haciéndola caso. Cojo la maleta grande, la mochila y le pido a mi madre que lleve ella la pequeña. Cuando acabamos de meter todo el equipaje en el coche y estamos a punto de arrancar, llega por fin, el más tardón.

—¡Julio! Pero ¿dónde estabas? Quedamos hace una hora para ir al aeropuerto. Entra, ¡corre! —le regaño.

—¡Perdón, baby! No sabes el día que llevo. ¿Serías capaz de irte sin despedirte de mí?

—¡Y qué querías que hiciera! No voy a perder el dinero de otro vuelo a Australia. No sabes lo caros que son.

—¡Pero si todavía es pronto!

259

Casi le hago tragarse sus propias palabras. A los cinco minutos después de arrancar, nos topamos con un atascazo en la M-40.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo.

—Si es que no se puede ir en la vida siendo tan negativa, mira lo que acaba pasando —me regaña Julio a mí esta vez.

—¡Encima!

—Tranquila, María. Vamos a llegar sin problemas —trata de tranquilizarme mi madre—. No te pongas más nerviosa, recuerda los ejercicios de respiración que practicamos.

¡A la mierda los ejercicios! Esto me pasa por no haber pedido yo misma un Cabify y haberme ido sola al aeropuerto. A saber por qué se han empeñado tanto mi madre y Julio en acompañarme hasta allí. Podría haberme despedido de ellos perfectamente antes, en casa. Encima, con lo que odio las despedidas...

Creo que, en el fondo, tienen miedo de que me acabe echando para atrás en el último momento. Este último año ha sido muy difícil para mí. Mucha terapia, muchos ataques de ansiedad, varios trabajos de mierda y una decisión que no fue para nada fácil tomar, pero que tarde temprano, se tenía que tomar.

No pude montarme en el avión de hace un año, a pesar de lo que mi madre insistió. Ella quería que siguiese con mi vida tal y como tenía planeado, pero yo ya no sentía que ese fuese el momento de irme a vivir a la otra parte del mundo. Quería quedarme con ella. Las dos necesitábamos superar ese duelo juntas.

También fue difícil procesar la carta de mi abuela que encontré en su cajón. No solo para mí, sino también para mi madre. Tuvo que hacerse a la idea de que tenía una medio hermana en alguna parte del país y que, probablemente, nunca llegaría a conocerla.

El mes pasado, por su cumpleaños, le regalé un test de ADN de esos que se compran por Internet y que se han puesto tan de moda. Solo con pasar unos bastoncillos por la boca para recolectar saliva y mandar las muestras por correo a un laboratorio, te revelan información sobre tu historia familiar y tus orígenes étnicos. Pensé que así, tal vez, pudiésemos dar con ella. Sin embargo, no conseguimos ninguna coincidencia con ningún familiar cercano. Solo aparecieron

coincidencias con primos cuartos o terceros, los más cercanos.

Lo bueno es que sus resultados ya están en esa la base de datos y el día menos esperado, mi tía perdida o algún hijo suyo podría hacerse el test y saltarnos una alerta como coincidencia de ADN. Lo más probable es que nunca llegue a pasar nada de eso, pero ¡quién sabe! A Julio le gusta pensar que el misterio está aún sin resolver y que todavía queda alguna pieza más oculta en esa historia.

En cuanto al anillo, resultó no ser tan valioso como Julio esperaba. Valía bastante dinero, pero no era ningún zafiro excepcional robado hacía unos setenta años. De momento, lo guardamos en un joyero bajo llave como recuerdo de la abuela. No pensamos venderlo. A fin de cuentas, aunque nunca se lo hubiese llegado a poner, es algo que formó parte de su vida y que guarda un pedacito de su corazón.

—Mamá, no vamos a llegar... —Estoy empezando a entrar en pánico.

—Que sí, hija, que sí. No te preocupes.

—Bea, creo que te vibra el bolso aquí detrás —dice Julio desde el asiento trasero.

—¿Te importa mirar a ver quién me llama? ¿Qué si le importa?

Antes de hacer la pregunta, el muy cotilla ya tenía sus zarpas puestas sobre el bolso.

—Es Marina.

—Cógelo y dile que luego la llamo, por favor. Seguramente quiera saber si ya hemos llegado al aeropuerto.

Resulta curioso cómo tras nada más perder a la abuela, ganamos un nuevo miembro en la familia. Marina resultó que no era la hija ilegítima de la abuela, pero de alguna manera un poco extraña, decidimos contactar con ella aún así. Más bien, fue mi madre la que se lanzó a llamarla para quedar a tomar café un día. A las dos semanas, volvieron a quedar para desayunar y poco a poco, fue formando parte de nuestras vidas.

Esté donde esté mi abuela, estoy segura de que está feliz, viendo que la hija de Carla y su única hija hayan acabado encontrándose y haciéndose amigas. ¡Cómo es la vida! ¿Por qué nunca nos habló de ella o nos la presentó? Supongo que tuvo miedo de que nos contase algo relacionado con su pasado. Marina estaba más informada que nosotras acerca de la vida que llevaron Carla y mi abuela en Madrid.

—¿Y a José qué le digo? Te pregunta si puedes quedar esta noche —dice Julio tras colgar a Marina.

—¡Será posible! No recuerdo haberte dicho que contestases a mis mensajes —responde un poco molesta, pero con una sonrisita y las mejillas sonrojadas.

Marina no ha sido la única persona importante en aparecer en nuestras vidas en este último año.

—¡Te prometo que ha sido sin querer!

—Ya...

¡Ay que ver lo que ha cambiado mi madre desde que se echó novio! Hace años, se hubiese molestado en serio si alguien se hubiese atrevido a mirar sus mensajes privados, pero ahora se toma todo de una manera mucho más relajada. Además, se le ve contenta e ilusionada. Me alegro mucho por ella.

En mi vida, en cambio, no ha aparecido ningún Don Juan de momento, pero ¿quién sabe? Quizás en esta nueva aventura conozca a alguien que me despierte la ilusión a mí también.

Julio me ha advertido varias veces, que no debo enamorarme de ningún australiano macizo. El pobre me apoya en todo, pero con la condición de que vuelva a España pronto. Aunque, la verdad, ese es la menor de mis preocupaciones. Sé que puedo pasar la mejor experiencia de mi vida sin necesidad de que aparezca en ella ningún Don Juan.

Miro la hora del móvil otra vez. Falta poco para que cierren el mostrador de facturación y yo

todavía en la carretera. Sé que la paciencia no es una de mis virtudes, pero de verdad que hoy, no es el mejor día para tratar de ser más paciente.

—¡Ya llegamos! —Exclama mi madre.

—¡Por fin!

—Lo que no me da tiempo es aparcar, cariño.

—No pasa nada. Déjame a las puertas de salidas. No tardo nada.

—Yo voy contigo. ¿Cómo vas a poder moverte hasta el mostrador con tanta maleta? —me dice Julio, bajándose del coche.

—No hace falta. Mejor, acércame si puedes uno de esos carritos —le señalo—. Voy despidiéndome de mi madre mientras. ¡No hay tiempo!

Me desabrocho el cinturón y me inclino para abrazar a mi madre desde el asiento de copiloto. No hay tiempo para ponerse sentimentales. Mejor. Así tampoco hay tiempo para arrepentirse de lo que estoy a punto de hacer. Se me mueven las tripas y todo de los nervios que estoy sintiendo.

—¿Estarás bien? —me pregunta, dándome un cariñoso beso en la mejilla.

—Sí. Lo estaré.

—Ya sabes que cualquier cosa, me puedes llamar. Si necesitas dinero o yo qué sé...

—Tranquila. Te prometo que estaré bien —respondo bajándome del coche—. Te escribo cuando llegue a mi escala.

—Vale, cariño. Buen viaje. Te quiero.

—¡Adiós! Yo también te quiero.

Conseguido. Primer obstáculo superado sin ninguna lágrima de por medio. Con Julio me cuesta un poco más aguantarme. El muy tonto se pone a llorar nada más abrazarme, pero no le dejo retenerme más de cinco segundos. Tengo que salir pitando de verdad.

—Prométeme que me lo vas a contar todo. Y que haremos videollamadas cada dos por tres — me pide mientras me voy alejando con el carrito.

—¡Te lo prometo!

Quedan diez minutos para que cierren la facturación, pero yo por si acaso, voy corriendo con el carrito hasta el mostrador. Al final resulta que todavía hay un par de personas en la cola. Tengo unos minutos para coger aire antes de entregar mi pasaporte y toda la documentación. A partir de ahí, todo va pasando demasiado deprisa.

Cuando me quiero dar cuenta, estoy ya sentada en el avión observando con nerviosismo al resto de pasajeros. Ya estoy aquí. Ya no hay marcha atrás. Y de manera extraña, siento de golpe, un profundo alivio.

La azafata comienza a hacer las indicaciones en caso de emergencia y como siempre, me pongo un poco nerviosa. Para distraerme hasta que arranque el avión, continúo echando un vistazo al resto de pasajeros. La mayoría de ellos viajan en grupos. Me llama la atención una pareja que no hace más que discutir desde que han entrado. Él insiste en colocar todas las mochilas en el compartimento de arriba y ella insiste en dejarlas entre sus pies. Al final gana ella.

Habla el piloto por megafonía. Nos informa del tiempo que hará en Qatar, aunque a la mayoría de los pasajeros no nos importa. Casi todos vamos a allí para realizar una escala, incluidos la parejita que discutía nada más entrar. No he podido evitar escuchar que también van a Australia.

—Disculpa, ¿te importa si en un rato reclino mi asiento para dormir? —me pregunta de repente, el chico de delante—. No he pegado ojo en toda la noche.

¿Por qué no me he fijado antes en él al hacer mi repaso de los pasajeros? Es bastante guapo. Me doy cuenta de que es bastante guapo

—Claro. No pasa nada.

—Gracias. ¡Tengo un buen trecho hasta Sídney!

Sonrío. Ya tengo a alguien con quien hablar y entretenerme hasta llegar a mi destino. El avión despegó y me siento feliz. Estoy donde siento que debo estar. Y sé que mi abuela estaría orgullosa.

Agradecimientos

Pueblerina es un sueño. Uno de esos sueños que se tienen desde siempre y que cuando se cumplen, no puedes creer que ha llegado el momento de tacharlo de la lista y decir en voz alta: lo he conseguido. He publicado un libro.

Desde que era pequeña, siempre he dicho que quería ser periodista. ¿Por qué? Porque resultaba menos aterrador que admitir mi verdadero sueño: ser escritora.

Publicar mi primera novela ha sido un viaje emocionante, pero también de muchos miedos. Temía no ser capaz de terminar esta historia, la aceptación que pudiese tener, las opiniones de quienes me leyesen, las críticas negativas, que nadie quiera leerme... Sin embargo, tu decisión de escoger esta novela, ya sea por casualidad o porque me conoces, me demuestra que todo ha merecido la pena.

Gracias a mi familia por ser mi gran apoyo y mi constante fuente de inspiración. A mi hermana Irene, mi lectora 0, le debo una mención especial por su apoyo, por ayudarme con la portada y, sobre todo, por alentarme a dar el paso de publicar.

A mis amigos, los primeros en leerme, les estoy también profundamente agradecida. En especial a Cristina, quien devoró mi novela en dos días y me impulsó a compartir con todo el mundo que había escrito un libro.

Y por supuesto, gracias a ti. Por acompañarme en este viaje. Espero de corazón que hayas disfrutado de esta novela y que, tras esta página te quede claro solo una cosa: que con paciencia y dejando los miedos a un lado, a veces, los sueños se cumplen.

Gracias por ser parte de este sueño hecho realidad.